Julio Durán N.

HORAS CHUCARAS

HORAS CHUCARAS

© Julio Durán N., 1973
Inscripción Nº 41.038

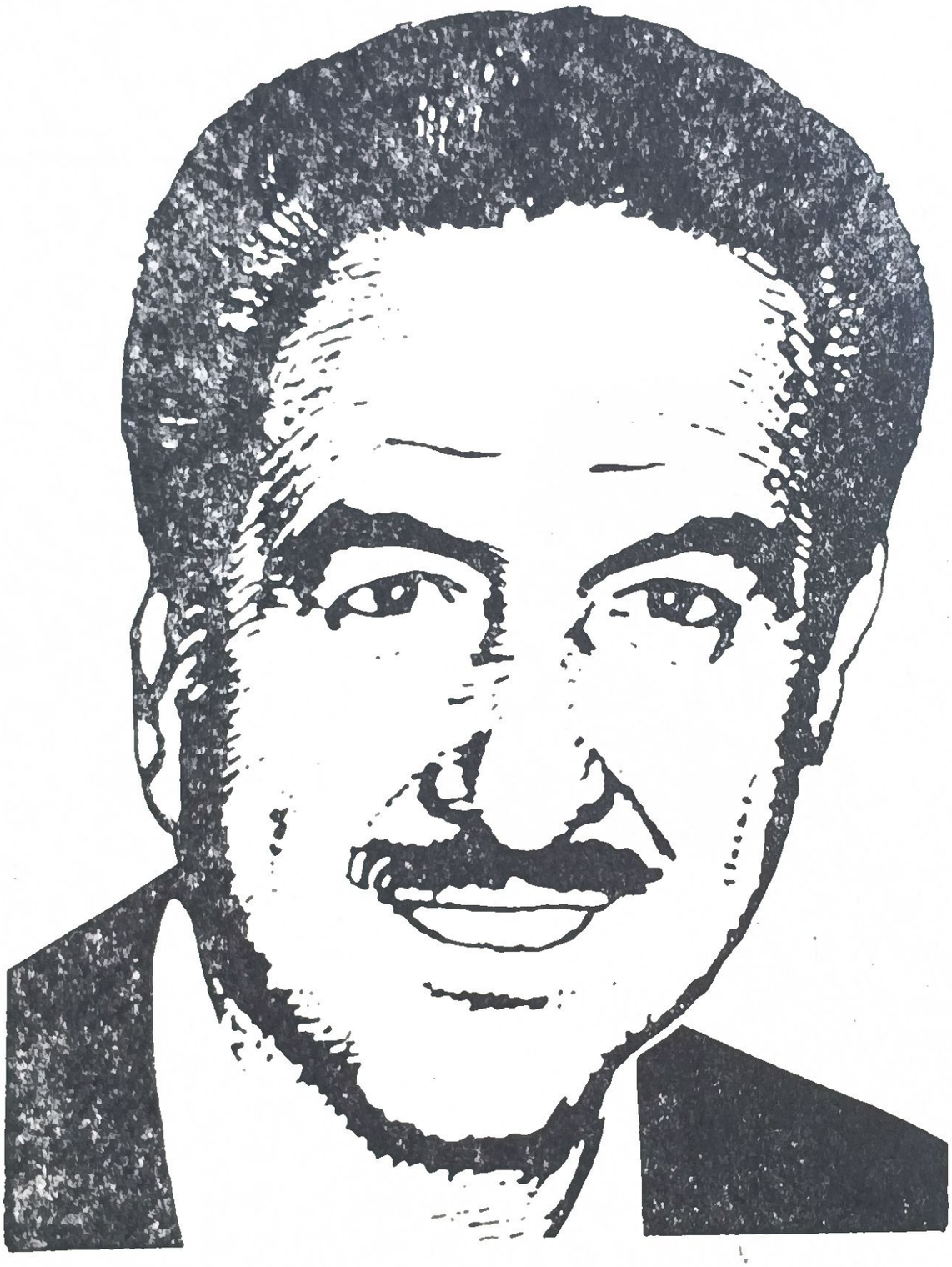
5.000 ejemplares

Impreso en los talleres de
EDITORIAL UNIVERSITARIA
San Francisco 454
Santiago-Chile

Julio Durán N.

horas chúcaras

1973



El autor

umbral

No sé cuántas veces estuve recordando algunos hechos que tuve oportunidad de vivir, hasta que resolví escribirlos. Muchos conmovieron a la opinión pública, otros pasaron desapercibidos; unos parecieron intrascendentes en el momento en que ocurrieron para estallar más tarde como una bomba de efecto retardado, otros en cambio levantaron toda una polvareda para desaparecer sin dejar rastro. Los hubo negativos y positivos. En todos ellos palpitó la infinita gama de pasiones, virtudes, vicios, bondades y defectos que conforman la compleja personalidad humana lanzada por todos los caminos, a veces justos y diáfanos y a veces tortuosos y equivocados, en busca de un destino mejor, colectivo o individual, social o económico. Todos están estrechamente ligados al acontecer nacional, a nuestra manera de ser y a todo aquello que, de una u otra manera, modeló la idiosincrasia nacional, dio forma a la actitud del chileno ante la vida, condicionó la manera de reaccionar ante los acontecimientos y nos condujo al actual estado de cosas: el desconcierto; la inversión de los valores humanos; el trizamiento y la crisis de los conceptos universales y permanentes, consustanciales al hombre como tal; al desprecio de los derechos mínimos que forman parte de la esencia misma de la vida.

Fueron, sobre todo, los hombres y las mujeres que pueblan nuestro territorio los principales actores en el permanente desfilar de acontecimientos, a veces vertiginosos y

a veces desesperantemente lentos, desarrollándose apretados entre el mar y la cordillera, en el campo feraz y desierto (la lluvia y el viento), las lluvias y los metales de las minas, el pensamiento y la ciencia, la filosofía y la política, la economía y la técnica.

En medio del remolino de los hechos tuve oportunidad de descender hasta lo más profundo del alma de muchos hombres y quedar asombrado ante la sublime generosidad y grandeza de algunos, y aterrorizado ante la miserable mezquindad, pequeñez e hipocresía de otros.

Tomé notas, hice apuntes, recorté periódicos, registré en la memoria con el ánimo encolerizado a veces y admirado otras, de vertirlo todo en un testimonio escrito. Sin embargo, o el exceso de trabajo que es una de las características de la acción parlamentaria, unido a la interminable actividad política o ese fenómeno tan común que ablanda la resolución de los hombres y los lleva, a sí mismos, a darse excusas o justificaciones, me hicieron postergarlo una y otra vez. En ese dejar y dejar pasar, impulsado algunas veces por el ánimo del perdón, otras por el olvido y, en no pocas oportunidades, por nuestra comodidad, no nos damos cuenta cómo, a través de esa tolerancia, llegamos a ser más benévolos en la calificación de una conducta incompatible con las normas de ética que regulan el funcionamiento de una colectividad, porque al no señalar ni distinguir entre el truhán y el hombre honesto estamos aceptando una igualdad que es injusta.

Hasta ahora ha sido esa disposición anímica, o exceso de trabajo, o comoquiera llamársela para justificarla, la que no nos permitió cumplir con el mandato ineludible de nuestro deber para con los hombres y mujeres de Chile, con el pueblo todo, esencialmente, con la juventud e, incluso, para con nosotros mismos.

Es indispensable exponer algunos de los hechos y acontecimientos que nos ha correspondido presenciar o vivir y analizarlos a la luz de los elementos de juicio a nuestro alcance, desnudando hasta donde es posible el alma de cada uno de los políticos, partidos, instituciones, organis-

mos, movimientos, pensadores, medios de comunicación y todo cuanto ha intervenido en ellos.

Más que un testimonio escrito, este libro es un imperioso mandato de conciencia que, en modesta dimensión, es contribuir a la búsqueda de respuestas positivas para las interrogantes que se levantan en el futuro de nuestra vida como nación libre.

No es sólo la actitud increíble y despreciable de los que adoran hoy lo que reprobaron ayer que puede ser causada por un enfoque distinto de cada instante en la acción felona de los que vivieron arrodillados ante un hombre y ante una política y que, por frío cálculo, niegan su vida de ayer y hasta a sus amigos, como mañana podrán negar hasta a sus propios hijos; es también el análisis de los hechos enfrentados con la mentalidad de un demócrata que mira perplejo cómo la fuerza totalitaria nos engaña, se burla, repite el engaño para imponer sus puntos de vista por miedo y hasta por torpeza.

Vivimos una etapa trascendental para nuestro destino, y no sólo en lo que respecta a la generación actual sino también, y muy fundamentalmente, en la cuota de responsabilidad que nos cabe en la estructura de las generaciones que nos siguen.

Las soluciones urgentes que exige esta hora es indispensable buscarlas por sobre las mistificaciones, demagogias y engaños para que no lleguemos muy tarde con nuestra respuesta.

Es verdad que en la vida política hemos tenido infinidad de oportunidades de expresar nuestras opiniones a través de la radio, la televisión y la prensa; es verdad también que los medios masivos de comunicación constituye un valor testimonial permanente del acontecer diario, de lo que se ha dicho, y aun de lo que se quiso decir. Sin embargo, no es menos efectivo que el libro tradicional se impone con mayor relieve, en una hora que han querido llamar nueva —y que no es tal—, en la etapa que se comenzó a vivir el 3 de noviembre de 1970, y en la que los gobernantes pretenden un control directo y voluntarioso de

los medios de comunicación, utilizando los inmensos recursos a su alcance, lícitos e ilícitos, silenciosos y sibilinos, para lograr su objetivo. Buscan evitar así que lleguen a conocimiento público hechos que pretenden mantener ocultos en la sombra, o esconder, tras una cortina de imágenes y discursos falaces, la falta de fundamentos legales y morales en qué apoyar resoluciones superiores injustas y atrabiliarias. Al mismo tiempo procuran imponer fórmulas y consignas que no se avienen con nuestra mentalidad, nuestro concepto de la vida y nuestra manera de ser, mediante la "concientización" masiva de los chilenos, con la misma soltura de cuerpo y seguridad en la acción con que un "cuentero" trata de venderle el "gordo", en la Estación Central, a un hombre del campo que acaba de descender del tren.

La televisión, la radio y la prensa poco a poco caen en las fauces de los "hombres nuevos" —así, con comillas— y es tal la dinámica, el cúmulo de los problemas nacionales que muchas veces los hechos, los acontecimientos y la polémica escapan a la posibilidad memorizadora del hombre normal, abrumado por los problemas diarios, que no puede de mantenerlos en el recuerdo ni en su integridad, ni en su ordenación, ni en sus fechas. Y, como ocurre siempre en los momentos críticos de la vida de un pueblo, la profunda división de los juicios o actitudes que emiten o adoptan los distintos partidos políticos, grupos o personas, no ayudan o no dejan ver el problema de fondo y muchas veces, ante tan contradictoria y múltiple gama de opiniones, uno llega a preguntarse si no se trata, acaso, de gente que vive en otro país, en otro continente o, incluso, hasta en otro planeta.

Empero, si la opinión es dispar, más dispar es todavía la reacción frente al difícil y complicado acontecer. Algunos, aterrorizados, se sumergen en la búsqueda de fórmulas que les permitan reunir los bienes que puedan salvar de la tormenta y abandonar el país hacia otra latitudes, con el ansia desesperada de hallar un alero que les dé seguridad a ellos y a sus familias. Otros se lanzan hacia lo desconocido sin más bagaje que sus manos y su capacidad de trabajo,

convencidos de que en otra parte, no importa cuál, les irá mejor. Están los que, en la fábrica, en la industria, en la mina o en el campo, siguen, sin ninguna convicción, en silencio y por temor, las órdenes y acatan un estado de cosas impuestas, apelando a veces a la violencia, por la minoría prepotente que usa y abusa del poder. Están también los fatalistas entregados a su destino, esos que nunca tuvieron nada y que aceptan ese nada con resignación. Y, más allá de los que huyen, de los indiferentes y de los que se resignan o entregan, está la inmensa mayoría, silente pero activa, aterrada a veces pero sin dejarse vencer jamás por el miedo, madura, consciente de sus derechos, de su condición y dignidad humanas. Es la gente que pulula en el taller, en la fábrica, en la escuela, en la universidad, en el campo, en el laboratorio, o recorre ansiosa los caminos del arte o de la ciencia. Constituye una mayoría inmensa que cubre la amplia gama de la actividad y el pensar humanos y que sabe o intuye que la materia, el pensamiento, las costumbres, el mundo en general y la vida toda están sometidos a un cambio perpetuo, a una transformación constante, tras la búsqueda permanente de una ubicación ideal en el universo de las cosas y del intelecto y de un destino mejor en el existir del hombre.

Esa mayoría cree en Chile. Amarra su destino al destino de la patria y busca un mañana mejor, con caídas y tropiezos, con vicios y defectos, con virtudes o aciertos, dando tumbos en medio de la tormenta o cabalgando en la cresta de las olas, pero siempre proa al futuro. Construye su propio destino. Quiere tejerlo con sus manos y su cerebro, con sus propios medios, en plena libertad, orgulloso de su chilenidad y, por encima de todo, busca hacerlo con la dignidad inherente a su condición humana.

El difícil acontecer actual y la manera de enfrentarlo, la mutación vertiginosa de los valores y conceptos, la irrupción de realidades que sólo ayer parecían imposibles, el actuar violento de grupos que buscan imponer *su* razón mediante el terror, el asalto y hasta el crimen, la simiente de vicios que se derrama sobre nuestra valiosa juventud, la

presencia de demagogos y mistificadores qus buscan la pesca milagrosa en el río revuelto de nuestro tiempo y, en general, la desorientación que golpea a nuestras puertas y hace presa en los espíritus, son algo más que buenas razones para cumplir el mandato de conciencia, tantas veces postergado, y dejar testimonio escrito de observaciones e inquietudes que les permita vivir en las páginas de un libro o folleto más horas que las que viven cuando publicadas en un diario agonizan al término del día o se van en la tarde con el último comentario radial.

Nuestros problemas no son sólo económicos y políticos, a pesar de que ellos se notan más. Son también éticos, y de responsabilidad.

El Quisco, noviembre de 1972

los valores del hombre

El cambio o mutación en la vida de un pueblo es un imperativo de la historia, consubstancial con la naturaleza de las cosas que, conservando la riqueza que toma de la historia y de las ideas, va a morir para renacer en fórmulas de los seres. Más aun, el cambio forma parte de la esencia misma del universo y, a veces a un ritmo vertiginoso y otras a una velocidad terriblemente parsimoniosa, está presente en todas las manifestaciones materiales y espirituales, no sólo de la vida de un hombre, o de una institución, o de un país, o del mundo, sino en cuanto existe y se agita en la inmensidad del espacio infinito.

Nadie ni nada puede negar, discutir u oponerse a los cambios o mutaciones que imponen la naturaleza, la ciencia, la técnica, o la creación humana. Su imperio, superior a la voluntad del hombre, arranca de las fuerzas maravillosas y a veces desconocidas que removiendo, acomodando y hasta destruyendo, mantienen el sublime y admirable equilibrio universal.

En el despertar del pensamiento occidental, Heráclito al observar el torrente constante de las mutaciones señaló que "todo lo que existe cambia y porque cambia, precisamente, no existe". Es decir, da lugar a una nueva forma y modela un eterno proceso vivo y renovado en el que el hombre, en el reducido espacio de nuestro planeta, es causa y efecto.

La curiosidad humana, en maravillosa síntesis con la imaginación creadora y acicateada por la permanente insa-

tisfacción del hombre, fue buscando, desde la noche de los tiempos, oportunidades que se tradujeran en comodidades, alimentación, convivencia, disfrute de la naturaleza y del pensamiento y, en general, un standard de vida o una herramienta mejor que llevarán bienestar tanto para sí mismo, como para su familia y su comunidad. El inconformismo, producto de su inteligencia y de su capacidad de razonar, fue el motor que lo impulsó hacia adelante, de acuerdo con esa ley que promueve cambios y mutaciones.

Si el hombre hubiese sido conformista y, por ende, aceptado la forma de vida que llevaba cuando pasó a ser *homo erectus,* todavía seguiría viviendo placenteramente bajo las caricias del sol, observando quizás sin comprender el acontecer de la lluvia que nutre los árboles y cuyos frutos, a su vez, satisfacían las necesidades naturales y elementales de su organismo; o estaría a la orilla de los ríos, o cabalgando sobre un tronco sin atreverse a fabricar una canoa, buscando ensartar peces; o, tal vez, agazapado en algún rincón de la selva esperaría el paso de una presa fácil para satisfacer su hambre, el de su hembra y el de sus crías.

Eso no es el hombre.

Observó el viento y algo le dijo en su interior que la brisa podía impulsar una vela y lo aprovechó para reemplazar al esclavo uncido al remo. Más tarde, a través de mecanismos simples, lo convirtió en una fuerza capaz de sacar a la superficie el agua escondida en las entrañas de la tierra para beber y fertilizar sus campos. Las cascadas lo atrajeron por su belleza, pero el ruido de la torrentera que se precipita entre los peñascos arrastrando piedras en su camino, lo llevó a poner ruedas, paletas, turbinas y convertir esa energía potencial en luz, en bienestar y luego esparcirla toda sobre la faz de la tierra habitada por su comunidad, mediante cables de cobre o aluminio que descubrió y arrancó al subsuelo.

Más allá de los fenómenos físicos, el hombre, al bajar de los árboles para correr por las praderas con la frente en alto, miró a su vecino y sintió la necesidad de compartir con él, de hacerlo partícipe de su actuar primero y de su

pensar después, mientras la naturaleza, generosa algunas veces, y obedeciendo también a la inexorable ley de los cambios y mutaciones, en otras oportunidades se tornaba dura e implacable descargando su violencia con pestes y cataclismos. Miró su propia conducta y no tardó en darse cuenta que el instinto heredado de la selva lo llevaba a la rapiña, al choque de intereses y a la violencia en su círculo íntimo, y a la guerra destructora con otros grupos y otras colectividades y siempre con consecuencias funestas para su familia, para su comunidad y para con él mismo. Entonces descubrió la convivencia y elaboró normas de moral y respeto recíproco, que lo llevaron a crear los organismos jurídicos, cambiantes también y en perpetua evolución, para generar el fenómeno de las instituciones y regulación de la vida en sociedad.

Como motor e impulsor el hombre fue, es y será causa permanente de cambios y mutaciones de todo tipo que, en numerosas oportunidades, alcanza dimensiones y efectos imprevistos e incluso, contrarios a los que su creador imaginó con consecuencias desconcertantes entre las que surge, a veces, la incapacidad humana de adaptarse rápidamente a un nuevo orden de cosas tanto en lo material como en lo espiritual y lo social.

El cambio o mutación, originados en la inteligencia humana o en las fuerzas de la naturaleza, por insignificantes que puedan parecer y cualesquiera sean las modificaciones introducidas rebotan inexorablemente en el hombre para condicionar su modo de vida, su actitud, sus costumbres, sus normas de convivencia, su pensamiento y, en último término, fijar las metas de su desarrollo y destino.

La revolución industrial, uno de los fenómenos más trastrocantes en la historia conocida de la humanidad, nació prácticamente con la modesta máquina de vapor de Santiago Watt, y como producto de la inquietud de un grupo de hombres que buscaba producir bienes con mayor velocidad que la que proporciona la habilidad de las manos. Sus consecuencias fueron tan trascendentales que alteraron total y absolutamente los conceptos y la existencia tradi-

cionales para influir en la alimentación, en la manera de vestir, en los medios de comunicación —con la aparición de las primeras prensas rotativas—, en la educación, en la formación profesional, en las normas de convivencia, en el pensar filosófico, político y social y en toda la polifacética complejidad que rodea, conforma y constituye la vida del hombre. El huracán fue tan violento que, en más de un siglo y medio, la humanidad todavía no logra reponerse y discute acalorada la búsqueda de sistemas o fórmulas de equidad que permitan el disfrute de los dones de la naturaleza, o de los bienes alcanzados por su inteligencia dentro de los conceptos de justicia que impone la vida en sociedad y conciliando el bienestar material con las condiciones espirituales del hombre, su capacidad ética y, sobre todo, sus dignidad.

Es tal la trascendencia de los cambios o mutaciones, provocados por el hombre o las circunstancias, o surgidos del pensar o del choque fortuito o deliberado de las concepciones anímicas o de las fuerzas naturales, que la adaptación a los medios ya existentes o la búsqueda de nuevos caminos de superación requieren de un estudio concienzudo, con la participación de todos porque es el destino de todos el que está en juego. Y el hombre, cualquiera sea su condición —obrero, artesano, campesino, técnico, profesional, industrial, escritor, pensador, católico, protestante, mahometano, blanco o moreno— tiene el derecho indiscutible e inalienable a elaborar, fraguar y construir su propio destino dentro de las normas de libertad y convivencia digna que forman parte de la esencia misma de su ser.

Los cambios son demasiado serios y decisivos en la vida de un hombre, de una comunidad o de un país para proponerlos superficialmente como panacea, o presentarlos como pólvora que ya usaron los chinos para hacerlos explotar bulliciosamente tras la meta mezquina de un dividendo electoral.

No se trata del cambio por el cambio, de la realidad mediocre por un futuro peor. Debe ser necesaria e imperiosamente una meta positiva, arrancada del estudio pro-

fundo, sereno y patriótico —o colectivo, si se prefiere el término— que, capaz de sumar fuerzas e inteligencias, condiciones y aptitudes haga que la vida en común remonte hacia alturas superiores en la búsqueda eterna de la felicidad y el bienestar para todos.

Conocidas las causas y efectos, profundos y decisivos de los cambios y las mutaciones, el problema esencial consiste en determinar cuáles, con qué finalidades y, sobre todo, cómo deben hacerse. ¿Puede alguien, lleno de pretensión, afirmar que su tesis es la buena, que la ruta por él señalada es la mejor y, en consecuencia, imponer la meta, la estrategia y el camino a seguir, sólo porque él piensa que ha descubierto la fórmula ideal? ¿Quién da poder a nadie para saltar por encima de la inquietud humana e imponer una senda que no se atreve a mostrar en toda su amplitud, porque quizás ni él mismo la conoce en su total extensión ni sabe que lo lleva al precipicio? ¿De dónde obtiene el derecho para arrogarse la facultad del pensamiento de cada cual o para apoderarse de la representación de ese pensar, sin interpretarlo? ¿Es posible que se pretenda implantar ideas o cambios, sin discutirlos con quienes van a ser víctimas o beneficiarios de ellos y aplicar la fuerza bruta o el sistema más melifluo, suave e hipócrita eliminando el diálogo o el derecho a opinar? ¿Es legítimo que minorías adiestradas impongan la tortura de la repetición majadera de sus consignas para anular sin oirlo a quien tiene concepciones distintas? ¿Es justo que se busque, a cualquier precio y por cualquier medio, la imposición del dogma a un pueblo al que no se lo deja meditar sobre su destino con la marea agobiante de la concientización, burda a veces, ingeniosamente tejida otras, pero siempre violentadora de la dignidad humana?

La respuesta a todas esas interrogantes es, decididamente, negativa.

En horas recientes, que la civilización dejó atrás y que aún perduran en algún escondido rincón de la tierra, los padres imponían a sus hijas el hombre que había de ser el compañero de sus vidas. Elegían, indudablemente, con mayor frialdad cerebral y buscaban seleccionar al más capaz,

al más apto, al de mayor fortuna y, en resumen, a aquel que, de acuerdo a sus criterios, aseguraba el porvenir y la felicidad de la niña. Jamás metiéndose en la mente o en el alma de su hija, se preguntaban cuáles eran el anhelo, el ideal o las inclinaciones que ella pudiera tener. No pensaban ni pasaba por la mente de los progenitores que, a lo mejor, la comodidad, el boato y el lujo pudieran no colmar el espíritu de la muchacha o, por último, no se detenían ni siquiera a considerar la posibilidad de un rechazo físico emanado de lo más profundo de una delicada alma femenina. Nada de eso entraba en sus consideraciones. Era la decisión de los padres, buena o mala, y buscaban imponerla por todos los medios a su alcance que iban desde el castigo violento hasta la prédica concientizadora. Y, si el bien intencionado progenitor, celoso de su autoridad, se equivocaba como muchas veces sucedió, ¿qué ocurría? Las consecuencias las pagaba la muchacha y de por vida, con un oculto y a veces bullicioso sentido de rencor.

La gente puede equivocarse al emitir juicios, y es humano que así ocurra; pero, y eso si que es inhumano, no se puede hacer recaer el peso de juicios y decisiones erróneos sobre los demás, por muy inspirado y seguro de sí mismo que se sienta quien los emite o los impone.

El camino o la senda errónea, tomados por decisión o imposición ajena, inevitablemente llevan al odio; mientras el error propio, junto con ser más fácil de enmendar, no encierra rencor hacia nadie.

En la convivencia de un pueblo es indispensable que los que forman parte de él, en su calidad y dignidad de seres humanos, busquen la ruta del desarrollo y, aun más, el de su propia felicidad en el más alto nivel de las comodidades materiales y en los estratos superiores del intelecto y de la comprensión de la vida, a través de un proceso de educación y de cultura, de capacitación y de superación, de respeto y de libertad.

¿Por qué una persona, o un grupo de personas, ha de arrogarse la infalibilidad del pensar humano?

Si cada hombre puede y tiene el derecho indiscutible

de construir su porvenir y, junto con su propio futuro, el de la sociedad en que vive de acuerdo con la más pura interpretación del concepto de autodeterminación de los pueblos, ¿por qué aceptar que minorías hábilmente organizadas pretendan imponer sus credos, o instituciones que los demás no comparten, o costumbres o sistemas que la mayoría repudia? ¿Por qué tolerar que, para esos fines atentatorios para la dignidad humana, se emplee no sólo la fuerza sino la monopolización de los medios de comunicación masiva como la prensa, la radio y la televisión para lanzar a través de ellos consignas que, repetidas y repetidas, son más peligrosas que el empleo de las metralletas? El hombre, como valor individual, es dueño de la búsqueda de su destino en el ambiente y en el clima de libertad y respeto a sus valores esenciales para que su imaginación, su inteligencia y su pensamiento encuentren las soluciones adecuadas al desafío que día a día le plantea la vida. No es el hombre un engranaje inanimado o una ruedecilla despreciable de una maquinaria estatal impositiva, como tampoco es el miembro irracional de una manada o de un rebaño que llevado y traído por un mal pastor, y un conjunto de perros pastores que le siguen, buscan y toman el camino que se les antoja y se abren hacia los pastizales previamente elegidos por ellos sin preocuparse de la calidad de la hierba que allí crece. O de las aguadas que allí existan.

El pensamiento es la esencia misma del ser humano, como bien lo señaló Renato Descartes con su famoso aforismo "pienso, luego existo". Es decir, más allá de todo lo contingente y de lo material el hombre, desposeído de su forma física, advierte su existencia a través del pensar. La capacidad de raciocinio es lo único que no se puede suprimir en el ser humano porque en el momento mismo en que ella desaparece deja de ser tal para convertirse en objeto, en ser irracional o en cosa inanimada. El hombre es y debe ser el centro de la inquietud en la búsqueda de la felicidad y la superación del individuo y, por lo mismo, de la sociedad en que vive, a través de fórmulas

en que estén presentes todos y cada uno de los factores consubstanciales con su esencia y naturaleza. Si nació libre y puede volar en alas de su imaginación e inteligencia tiene derecho a vivir en libertad, a expresar sus opiniones sin menoscabo del juicio de nadie, a contribuir con sus ideas en el desarrollo de la sociedad en que vive y mantener el diálogo permanente que arranca del concepto de convivencia.

El cambio y las mutaciones representan indudablemente, un eterno desafío para el hombre que éste debe afrontar con audacia y sin prejuicios. Es imperativo entender que las viejas estructuras van siendo carcomidas por el tiempo y que es necesario adecuarlas a las exigencias de la época en que vivimos para, junto con preservar lo mejor de ellas, proyectarlas hacia el porvenir en una síntesis y concepción nuevas en las que florezcan la experiencia positiva y la imaginación creadora. Y ello hay que comprenderlo sin reservas de ninguna especie, con amplitud de espíritu, recogiendo el pensamiento de Abraham Lincoln: "los dogmas del tranquilo pasado son inadecuados en el tormentoso presente. Los tiempos que vivimos están lleno de dificultades y es nuestro deber mostrarnos a la altura de ellos. Nos enfrentamos con nuevas circunstancias; debemos pues pensar y obrar de acuerdo con ellas e, incluso, emanciparnos de nosotros mismos" con el objeto de construir, algo más que una sociedad en común, una verdadera patria en la más amplia y positiva acepción del concepto, definido a veces, en forma estrecha y egoísta, pero que llevado a su amplitud representa preservación de valores y proyección hacia el futuro.

Patria no es sólo el territorio en el que vive un pueblo con idioma común o diferente, como no es tampoco, solamente, el planteamiento de la lucha por una independencia política o económica. Es el conjunto de tradiciones y costumbres, es el acervo cultural acumulado a través del tiempo y convertido en civilización, es la inquietud que movió a los pioneros del pasado para darnos un país independiente que, libremente, pudiera buscar su destino,

es el amor, el respeto y la veneración a esos luchadores del ayer que ofrendaron sus vidas en busca de satisfacer ese anhelo constante de eterna renovación. Patria no es sólo el himno y la bandera nacionales, cuya valía arranca del simbolismo que ellos representan. Patria es también la proyección hacia el futuro, afirmada en los valores del pasado, como lo es la búsqueda del desarrollo de los valores materiales, espirituales, científicos, técnicos y artísticos, es la convivencia en paz y justicia de los hombres y mujeres que pueblan el territorio, es el derecho del trabajador a una remuneración justa que le permita disfrutar de la cuota de felicidad que le corresponde dentro del bienestar general, es atención médica oportuna, es educar y preparar a las generaciones futuras, es el compromiso con el presente y el porvenir, es la responsabilidad del mañana, es el anhelo permanente de crear, de producir, de luchar para entregarle a los que vienen detrás de nosotros no sólo aquello que recibimos como herencia de la generación anterior sino, también, darles todo aquello que soñamos para nosotros o, en último término, las condiciones y posibilidad para que lo obtengan por sí mismos. Patria es el amor en el seno de la familia, es la imaginación que flota y se proyecta en la hora del término de la existencia de un hombre quien espera en ese instante supremo que junto con que sean los suyos quienes les cierren los ojos, retomen ellos las armas del trabajo y de la reconstrucción fecunda para continuar aternamente la renovación que exige el universo y plantea la civilización. Patria es, por último, solidaridad y espíritu humanos, comprensión y tolerancia, responsabilidad para afrontar los deberes y obligaciones que la vida impone y, como suprema expresión, libertad para elegir su propio destino.

marxismo-capitalismo

Las tesis o doctrinas en pugna en el mundo actual son: capitalismo y marxismo. Ambas nacieron y se desarrollaron como respuesta inmediata, o consecuencia mediata, de la revolución industrial que se gestó en las postrimerías del siglo XVIII y explotó en la primera mitad del XIX. Desde un punto de vista estrictamente económico, en mayor o menor grado contienen soluciones positivas para algunos aspectos de la problemática que plantea la producción y distribución de bienes. Al mismo tiempo conllevan lagunas y defectos que en no pocas oportunidades las convierten en inconvenientes y, aun más, cada una exagera sus propios vicios en tal forma que éstos, a la postre devienen en un verdadero cáncer. Dicho de otro modo y siempre en el plano de la economía, ninguna tiene toda la razón ni tampoco, por supuesto, todo el error y toda la sinrazón.

Sin embargo, ninguno de los dos sistemas en discusión pueden ser analizado y juzgado a la luz exclusiva de sus concepciones económicas sino también, y fundamentalmente, por sus consecuencias sociales, su estrategia operatoria, su incidencia en las relaciones de la vida de sociedad y, en último término por su impacto tanto en la conducta como en el destino humanos. En resumen, nacidas de una concepción socioeconómica han buscado, y buscan, convertirse en un modo de vida total al muy alto precio de anular el libre albedrío, coartar la libertad en todas o algunas de sus formas y, finalmente, convertir en letra muerta el derecho

de autodeterminación consubstancial al hombre. Bajo el pretexto o tras la búsqueda sincera de un bienestar general se termina por destruir la razón misma de existir sin alcanzar el tan ansiado y prometido mejoramiento que, en el mejor de los casos, beneficia sólo a un grupo social en detrimento de todos los demás.

Ambas doctrinas, elevadas al rango de sistemas de vida, tratan de imponerse mediante una fuerte lucha antagónica, que en muchos casos llega hasta la destrucción física y violenta de sus oponentes para terminar en la trágica burla de que al final, en muchos aspectos se influencian una a otra en el accionar económico, pero sin llegar a la solución de la problemática fundamental del hombre. Sin embargo, lo positivo sería la complementación de ambos esfuerzos económicos. Un filósofo moderno —Herbert Marcuse— sostiene: "Las posibilidades utópicas se hallan implícitas en las fuerzas técnicas y tecnológicas del capitalismo y el socialismo avanzados: la utilización racional de estas fuerzas en una escala global acabaría con la pobreza y la escasez en un futuro muy previsible". Empero, trataron de comportarse en forma excluyente la una de la otra.

El capitalismo, nacido de las teorías liberales sustentadas principalmente por Adam Smith, encontró su más fuerte apoyo y desarrollo, en los comienzos de la revolución industrial, en la libre competencia y en la ley de la oferta y la demanda; al mismo tiempo se declaró enemigo de toda intervención estatal. Sin embargo, rápidamente descubrió que la competencia libre involucraba un esfuerzo inmenso y era mucho más fácil ponerse de acuerdo o absorber a los productores similares y, en lo que se podría llamar una segunda etapa, creó los monopolios, los trusts y los carteles, cuya diferencia entre sí es tan sutil que nadie, hasta ahora, la ha explicado en forma coherente. La demanda fue intensificada por la propaganda masiva, creadora de la sociedad de consumo y de una prosperidad —en los países de alto desarrollo— que, al decir de Allan Nevins es "una prosperidad irregular, una prosperidad que provoca la inflación,

pero prosperidad, al fin y al cabo, aunque tenga que proporcionar píldoras sedantes a millones de personas".

Sin embargo, las modificaciones introducidas a la libre competencia, a través de los trusts y carteles, y a la ley de la oferta y la demanda, forzando el consumo mediante la propaganda que impuso nuevas necesidades, se tornaron insuficientes a su vez y el capitalismo recurrió, entonces, a lo que siempre dijo maldecir: intervención estatal, esencialmente en forma de proteccionismo aduanero y de leyes de excepción en que opoyarse, como única manera de mantener en constante movimiento la maquinaria productiva. En Estados Unidos, país capitalista por excelencia, los excedentes de la producción agrícola son adquiridos por el Estado por saturación del mercado interno.

La fuerza motora del capitalismo reside en que premia directamente al grupo movilizador de nuevas técnicas, de nuevos sistemas de trabajo, creador de nuevas necesidades, a los manejadores del dinero, a minorías de selección que logran empinarse con esfuerzo y capacitación por encima del nivel común y ese premio, a veces excesivo, conocido con el nombre de lucro o ganancia, se produce, en numerosas oportunidades, con detrimento de grandes grupos que también intervienen en el proceso productor, a los que, después de una larga lucha, sólo se les ha satisfecho sus necesidades, sin que tengan acceso a las etapas superiores del bienestar.

Si bien es cierto el capitalismo demostró ser un excelente productor de bienes y riqueza, en cambio, también es verdad, reveló ser sólo un mediocre distribuidor de esos mismos bienes y riqueza.

El marxismo nació como respuesta inmediata al capitalismo con una meta filosófica preestablecida: logra una realidad del ser humano en su etapa de más alta evolución y desarrollo, con una forma de convivencia colectiva casi exenta de normas que regulen el trato, las que serían reemplazadas por un espíritu amplio, fraterno y solidario que harían innecesaria incluso la existencia de los gobiernos. Ese Shangri-La o paraíso oculto en el futuro, horizonte final

del marxismo, requiere de acuerdo con su planteamiento una etapa previa que, en líneas generales, se cobija bajo el nombre de socialismo y que forma una gran familia que se nutre en las doctrinas de Carlos Marx y Federico Engels, modificadas y aumentadas por Vladimir Ilich Ulianov, conocido universalmente como Lenin.

En el período socialista, y con el objeto de preparar el terreno para la etapa posterior de amplia y paradisíaca comprensión humana, según el marxismo, es indispensable una forma de convivencia económica en la que, por contraposición al sistema capitalista, los medios de producción de bienes y servicios pasan a mano de los trabajadores representados por el Estado que administra y organiza todo el proceso productor. La ganancia o lucro, motor del capitalismo, desaparece técnicamente para ser repartida equitativa, y teóricamente, entre todos los participantes de la maquinaria productiva o destinada, fundamentalmente, a la adquisición de medios de producción que es lo que ha ocurrido en realidad en los países socialistas. Por esta última razón los trabajadores o grupos postergados, donde se implantó el sistema, obtuvieron la propiedad de los bienes de producción sólo en apariencia porque en la práctica ellos quedaron en poder del Estado que, junto con crear una nueva clase dirigente, asumió el papel de gran administrador. Se convirtió en el gran capitalista transformándose en monopolio, trust y cartel a la vez.

El proceso socialista, establecido en forma piramidal, comenzó a funcionar de arriba hacia abajo, con obligatoriedad de obediencia y con una muy remota posibilidad de consulta de abajo hacia arriba. Además, con el objeto de acelerar el proceso de producción, todo se planificó en el vértice de la pirámide y el trabajador, transformado en cumplidor de órdenes, se convirtió en funcionario estatal sin incentivos o premios especiales —lucro o ganancia— que le permitieran satisfacer con mayor amplitud su sed de bienestar. Por otra parte, también se limitó el desplazamiento físico y se anuló la posibilidad de elección de actividad para que cada cual actuara donde era más útil a

juicio del Estado, y no donde él estuviera más a gusto o se sintiera más realizado.

Sin entrar a considerar que un "Estado de bienestar" burocrático sería todavía un Estado represivo que se mantendría incluso dentro de la "segunda fase" del socialismo"[1], el sistema que, teóricamente, debía arradicar la pobreza en un lapso relativamente corto, resultó mucho más lento y menos efectivo que el capitalismo como creador de riqueza. El "establishment" o "apparat" bloqueó la iniciativa del individuo en sí y eliminó el afán de superación poderosamente incentivado por la ganancia o beneficio directo.

Si bien es cierto que en las economías socialistas se alcanzó lo que podría llamarse una distribución más equitativa, no es menos verdad que su capacidad productiva es poco eficaz carece del ritmo que impone la época actual y, por ende, el total de bienestar a repartir es muy escuálido.

En el choque casi frontal, y violento a veces, de los dos conceptos distintos de la economía y, fundamentalmente, de dos modos de vida contrapuestos, el capitalismo y el marxismo, por instinto de supervivencia, buscaron la manera de adaptarse al cambio impuesto por la dinámica actual. El capitalismo básicamente necesitó mercados donde vaciar su producción que satisfacía necesidades materiales y los creó, no sólo a través de la propaganda moderna elevada a la categoría de arte-ciencia, sino que proporcionó los medios para que la masa-hombre tuviera acceso al goce de mejores viviendas, mejor vestimenta, mejor comida, mejor transporte, mejores entretenciones y, en general, de todas las cosas que la técnica, producto de la iniciativa humana, va entregando cada vez en mayor cantidad.

La economía marxista, por su parte, advirtió también que la limitación de los bienes de consumo o de usufructo y la supresión total de la propiedad privada de los medios de producción estancaban su ritmo y, no obstante su dureza en sostener y aplicar toda eliminación de beneficio directo, comenzó a ceder en sus posiciones ortodoxas. Buscó estimu-

[1]Herbert Marcuse. *Un Ensayo sobre la Liberación*

lar la competencia individual mediante premios en honores y, esencialmente, en especies para quienes efectuasen un mayor esfuerzo productivo. En el área industrial introdujo el "stajanovismo" que, además de la distribución, llevaba aparejado un mejor salario para los autores de iniciativas de productividad o para quienes tuvieran un alto rendimiento. En el sector agrícola se entregó un pedazo de tierra para el uso y explotación privada de las granjas estatales.

Los resultados fueron mediocres en la industria y en el campo se produjo un hecho sintomático: la porción de tierra asignada al campesino se convirtió en un vergel mientras el resto de la granja se mantuvo en condiciones ineficientes de explotación.

La lentitud en el ritmo de producción, en relación con el suceder occidental, movió finalmente al estudio de la liberalización de la economía marxista, o socialista, en ensayos que se publicaron en la Unión Soviética a fines de la década del 50 y a principios de la del 60, en el pináculo de poder de Nikita Kruschev e, incluso, llegó a plantearse el positivismo de esa "aborrecible" institución del capitalismo que es la competencia.

Otros países, como Checoslovaquia, llegaron más lejos, pero por razones de orden imperialista, que no es el caso analizar en este esbozo económico, la iniciativa fue ahogada por la invasión rusa del 21 de agosto de 1968, erradicando violentamente todo intento liberalizador y de búsqueda de otros mercados y contactos financieros internacionales para imponer el sometimiento total al bloque socialista.

Sin embargo, a pesar del fallido intento checoslovaco, la Unión Soviética que mantiene su hegemonía en Europa oriental, continuó dentro de sus fronteras en la búsqueda de soluciones que resultaron ser de típico corte capitalista, como es el caso del acuerdo con la FIAT italiana y, más tarde, con la RENAULT francesa para lograr el desarrollo de una industria automotriz eficiente. El mismo tipo de gestiones, destinado a permitir el lucro o ganancia a economías capitalistas, es efectuado para atraer capitales norteameri-

canos y japoneses para la explotación de sus minerales de cobre.

La política de entendimiento económico desarrollada por el Presidente norteamericano Richard Nixon en relación con China y la Unión Soviética, en 1972 y aceptada con agrado por esos países, son quizás la mejor demostración de la necesidad de complementación económica tanto del capitalismo como del marxismo.

Sin embargo, quien ha llegado más lejos en la introducción de instituciones capitalistas en el concepto ortodoxo de economía marxista es el Secretario General del Partido Comunista Italiano, Enrico Berlinguer, quien ha reconocido el papel decisivo de la iniciativa y propiedad privadas en el proceso de producción y las acaba de incorporar al ideario comunista, en su interpretación italiana.

Es evidente que entres ambos sistemas hay una diferencia de ritmo de producción y crecimiento de riqueza como lo demuestra el hecho que la Unión Soviética en 55 años de marxismo no ha logrado obtener los niveles de vida alcanzado en 26 años —menos de la mitad del tiempo— por: Japón, Alemania Occidental, Francia, Italia y las Islas Británicas para mencionar sólo países que fueron casi totalmente destruido por la segunda guerra mundial e iniciaron la reconstrucción de su economía en condiciones industriales inferiores a las que tenía Rusia en 1917.

En 1968, después de 50 años de socialismo y antes que la FIAT instalara sus fábricas en Togliatogrand, la Unión Soviética producía menos automóviles que Estados Unidos, Alemania Federal, Japón, Francia, Italia, Gran Bretaña, Canadá, Australia y España. Lo mismo sucede con la construcción de viviendas, como lo reconocía el primer ministro Alexei Kosyguin al declarar, en 1966: "Uno de los mayores problemas sociales es el de la vivienda. El proyectado programa de construcción habitacional para 1966-1970, permitirá el mejoramiento de las condiciones de vida o la provisión de nuevos hogares para 65 millones de personas, en comparación con los 54 millones del quinquenio anterior. Sin embargo, el problema de la vivienda no quedará com-

pletamente resuelto". Otro tanto ocurre con la producción de artefactos para el hogar, en la que la Unión Soviética se encuentra a la zaga de Alemania Federal, Japón, Francia e Italia.

Hay todavía otro aspecto económico que es indispensable tomar en cuenta en este análisis de los dos sistemas y es el que dice relación con los costos y la capacidad de poner al alcance del hombre medio las comodidades y el bienestar que brindan la industria, la tecnología y la ciencia.

El capitalismo, además del ritmo acelerado impreso a su producción y a pesar de los trusts carteles o consorcios, ha logrado lanzar su producción al mercado en condiciones tales que ella pueda ser adquirida por el hombre medio y, por ende, utilizarla en forma masiva en beneficio de su comodidad y standard de vida.

La diferencia fundamental entre capitalismo y marxismo, por lo menos en las experiencias conocidas hasta ahora y siempre en un plano extrictamente económico, estriba esencialmente en los costos de producción y en las posibilidades o dificultades con que uno u otro sistema ponen a disposición del hombre los bienes y las comodidades que la ciencia y la técnica van creando para él.

En la Unión Soviética, donde la experiencia socialista tiene ya 55 años —toda una vida humana util y más de dos generaciones—, un hombre necesita 460 horas de trabajo para pagar un refrigerador, mientras que en Alemania Occidental se requieren 72, en Italia 140, en Francia 167 y en Estados Unidos, máxima expresión del capitalismo en el mundo de hoy, bastan sólo 42 horas. Un par de medias de nylon corriente para mujer, un obrero las adquiere en Italia con 42 minutos de trabajo, en Alemania Occidental con 40 en Francia con 19 y en la Unión Soviética con 3 horas y 16 minutos. La misma diferencia proporcional existe para el calzado, las prendas de vestir en general y la adquisición de artefactos para el hogar.

Sin embargo, no se pueden considerar las perspectivas de capitalismo y marxismo única y exclusivamente bajo su aspecto económico; es indispensable observarlas, también,

en sus incidencias políticas y sociales y en sus proyecciones, influencias y consecuencias sobre la persona humana y todos los aspectos de la vida condicionada por el sistema que, de una u otra manera, busca imponerse.

El capitalismo como tal, como doctrina y sistema económicos, no trató de transformar el concepto tradicional de democracia que, nacido en la antigüedad griega, fue motor y causa de la Revolución Francesa y se convirtió, o trató de convertirse, en la forma de gobierno de los pueblos organizados y civilizados, a partir de la segunda mitad del siglo XVIII. Por el contrario, buscó adaptarse a la convivencia democrática y ello involucró, también, la aceptación y respeto de los valores intrínsecos del pensamiento occidental, pulido y mejorado a través del tiempo hasta convertirse en los modernos derechos del hombre. Sin embargo, el sometimiento del capitalismo a la democracia estuvo muy lejos de ser total. Por el contrario, mediante el poder económico cada vez más fuerte trató de influir en las decisiones políticas, manejar los negocios públicos, obtener leyes que favorecieran sus intereses y posiciones, dominar el poder indirectamente tanto en las sociedades nacionales como en el plano internacional y, en resumen, tratar de imponer el mayor número posible de ventajas que permitieran su crecimiento y desarrollo sin detenerse en demasiadas consideraciones con los hombres mismo que utilizaba.

Empero, siete cosas fundamentales quedaron en pie en las naciones capitalistas-democráticas, capaces de darle un vuelco a los acontecimientos de la sociedad en que se vive: el derecho a elegir y ser elegido mediante el sufragio universal emitido en forma secreta; la libertad de opinar e informar sin censura previa; el derecho a no ser condenado sin ser oído en juicios públicos e instruido por autoridades competentes e independientes de otros poderes estatales; el derecho de trasladarse de un punto a otro del territorio nacional, o fuera de él, sin trabas o cortapisas; la libertad de elegir el trabajo que más acomode a sus capacidades, inclinaciones o conveniencias; el derecho a huelga para discutir las formas y relaciones de trabajo, salarios y beneficios

en general de igual a igual y, muchas veces, hasta con ventaja, y, por último, el respeto a la persona humana en todas sus formas.

Al buscar el sistema capitalista la conciliación y la convivencia con las formas democráticas de gobierno, al mismo tiempo que trataba de favorecer sus intereses, hizo concesiones que condujeron a "regímenes ambiguos: económicamente, oligarquías capitalistas, y políticamente, democracias cuyas leyes de evolución son necesariamente distintas de las del simple capitalismo"[2]. Y, en cada nación, la simbiosis económico-política se desarrolló de acuerdo con las modalidades y características propias del país, de sus habitantes, de su tradición, de su cultura, de sus inquietudes, de su sentido de responsabilidad, de su espíritu de trabajo y, en general, de su acervo histórico, político, social y tradicional para llegar a regímenes similares pero distintos en cada país o en cada sociedad. La democracia capitalista de Estados Unidos está muy lejos de la concepción burguesa predominante y profundamente arraigada en Francia y ambos países difieren de Alemania Occidental o de Italia, a su vez distintos entre sí, no obstante, participar juntos en el Mercado Común Europeo.

El capitalismo, al dejar abiertas las puertas de los valores occidentales y mantener y apoyar la vigencia de las formas democráticas de gobierno —por incapacidad, conveniencia o convencimiento—, estimuló las características inherentes al individuo y al individualismo e hizo posible un amplio desarrollo de la iniciativa personal que —con afanes de lucro en algunos casos y vocación en otros y, en muchas oportunidades, ambos a la vez—, empujó la revolución industrial, primero, y aceleró la revolución tecnológica, después, surgidas y desarrolladas ambas, esencialmente, como producto de la iniciativa, la inventiva y el espíritu creador del individuo que halló campo propicio para plasmar sus inquietudes. Además, permitió a cada uno el disfrute de

[2]Jean Marie Grevillot. *Las Grandes Corrientes del Pensamiento Contemporáneo.* Edic. Zig-Zag, 1955.

los beneficios de su esfuerzo, de su capacidad y de su trabajo para que fuera el artífice de su propio destino dentro de las normas, por supuesto, de los deberes y derechos que rigen la convivencia en las sociedades democráticas.

El capitalismo, sin embargo, a pesar de sus esfuerzos, no logró apoderarse de la facultad de adoptar las decisiones políticas las que, a lo sumo, fueron influidas por su poderío económico, exponiéndose además, a la crítica y a la oposición de mayorías adversas que, en numerosas ocasiones, frenaron sus ímpetus y lo obligaron a ceder en sus posiciones para colocarlo en el lugar que le correspondía. Incluso, se vio impelido a aceptar fórmulas económicas y de distribución que hacen que, en un mismo país y a sólo un siglo de distancia, las instituciones hayan cambiado de tal manera que, con la mejor buena voluntad no se las puede calificar de capitalistas de acuerdo a la acepción y definición ortodoxa del término.

El marxismo, en su esfuerzo por imponer su sistema económico, elevado por sus sostenedores al rango de filosofía de vida, buscó quemar etapas apelando a todos los medios para transformar la sociedad, más allá de los conceptos tradicionales de democracia o de convivencia y de respeto a la dignidad y a los valores consubstanciales al hombre.

Lenin, el máximo estratega del comunismo, señala que: "hay que estar preparado para todos los sacrificios, usar incluso —cuando sea necseario— todas las estratagemas de la astucia y de los métodos ilegales, estar decidido a callarse y a ocultar la verdad con el fin de poder entrar a los sindicatos, quedarse y realizar, a pesar de todo, la labor comunista", "sacar provecho a las elecciones y a la tribuna parlamentaria, con el fin de activar una acción revolucionaria", "saber aceptar todo tipo de sacrificio y sobrellevar los obstáculos más arduos, con el fin de poder realizar una propaganda y una agitación sistemática, porfiadas, perseverantes y pacientes, precisamente dentro de todas las instituciones y organizaciones, incluso en el seno de las más reaccionarias, donde se encuentran masas proletarias o semiproletarias", "asegurar un aliado numéricamente fuer-

te, aunque éste no sea sino temporal", dificultar la política de los opositores y especialmente de los aliados transitorios (socialistas burgueses) sosteniéndolos "exactamente como la cuerda sostiene al péndulo", exige "la más absoluta abnegación a las ideas comunistas, unidas al arte de aceptar las componendas prácticas, las volteretas, los zig-zag y las maniobras de conciliación y retroceso; en suma todas las maniobras necesarias para acelerar la llegada al poder y promover "en la práctica la inevitable quiebra" de las democracias, "orientándolas hacia el comunismo"[3].

Marx, por su parte, ya había dado algunas indicaciones sobre estrategia[4]:

1º Jamás debe perderse de vista la meta final, que no es reformar o mejorar la sociedad actual, sino destruirla. Por lo tanto, la utilidad de las huelgas no es llegar a una determinada reivindicación, sino ser, según la frase de Engels, una "escuela de guerra";

2º Se tratará de mantener el espíritu combativo del proletariado mediante una conciencia cada día mayor de su situación humillante:

"Debe hacerse la opresión más opresiva al inculcarles la conciencia de la opresión".

"La vergüenza debe ser más vergonzante a través de la publicidad;

3º Se tomará por meta inmediata "la constitución del proletariado en clases. Los proletariados no son fuertes sino cuando forman una masa coherente, disciplinada y consciente de su unidad. "Una centralización absoluta y la más extricta disciplina son, para el proletariado, las condiciones fundamentales de su victoria sobre la burguesía";

4º Se hará uso de la táctica. No existe receta ni "regla general" buena para todos los casos... Debe escudriñarse el propio cerebro para encontrar la solución a cada caso en particular. De pronto se podrá ser violento: podrá hacerse

[3]Lenin. *La Enfermedad Infantil del Comunismo.*

[4]Tomado de *Las Grandes Corrientes del Pensamiento Contemporáneo.* Edic. Zig-Zag, 1955.

uso del fusil, de las bombas o de las máquinas infernales. En otros casos se usará la astucia o la componenda.

Jean-Marie Grevillot, al comentar las indicaciones del marxismo-leninismo respecto a la estrategia, señala: "Estos son principios de la política comunista que no deben perderse de vista cuando se desea juzgarla. Cuando un marxista nos dice que persigue el mismo ideal de libertad y de justicia que un demócrata o un socialista francés, o bien que desea mejorar la situación actual del obrero, es porque desea engañarnos como Marx engaño a sus colaboradores al redactar los estatutos de la Internacional, o bien porque es un traidor a su doctrina".

Nunca, en ninguna parte de los textos sagrados del marxismo, se habla de la consulta popular, del respeto a la opinión ajena, del diálogo para resolver los problemas en conjunto y en armonía. El mismo Marx jamás pensó en obtener la dirección de los comunistas del siglo pasado mediante el sufragio o en elecciones. Era un iluminado de su ciencia filosófica, sociológica y política y era ésta la que lo señalaba como jefe, así como convierte en dirigente de los proletariados al partido comunista, cuyos líderes "teóricamente tienen, sobre el resto del proletariado, la ventaja de una inteligencia clara sobre las condiciones, la marcha y los fines generales del movimiento proletario"[5].

Todas las técnicas estratégicas de Marx y Lenin fueron puestas en práctica para apoderarse del poder en Rusia, en 1917, y más tarde, después de la segunda guerra mundial, empleadas en todos los países dominados por la llamada "área socialista".

De acuerdo con los postulados del marxismo-leninismo, el comunismo impuso la centralización "más absoluta" en las direcciones política y económica, primero en la Unión Soviética, una vez que se hubo posesionado del poder, y más tarde en los países que cayeron bajo su órbita.

Con el objeto de acelerar el proceso productivo que habría de conducir a la etapa en que "los hombres se acos-

[5]Marx. *Manifiesto Comunista.*

tumbrarán gradualmente a observar las reglas elementales de la vida en la sociedad, conocidas desde hace siglos y repetidas durante milenios en todas las prescripciones; sabrán observarlas sin violencia, sin constricción, sin sumisión y si ese aparato de coerción que es el Estado"[6], se impuso todo un orden preestablecido.

Sin embargo, para llegar a esa meta ideal se procedió en forma diametralmente opuesta y lo primero que se hizo fue llevar todo el poder y todas las decisiones al Estado, para que los miembros de la sociedad pospusieran sus ideas, sus anhelos y su ansia de una vida mejor en beneficio individual y familiar para propender, única y exclusivamente, al aumento de poder y de medios de "ese aparato de coerción que es el Estado". Se produjo, entonces, un fenómeno lógico: si en grupos compuestos por cien personas, por vía de ejemplo, cada una de las cien se sacrifica en beneficio de las otras noventa y nueve, al final se tendrá que las cien se han sacrificado y ninguna ha obtenido beneficios.

El poder de decisión de los trabajadores, en cuyo nombre se realizaba la revolución, fue anulado, la obediencia política se convirtió en un dogma, la libertad para trasladarse de un trabajo a otro fue eliminada, la enseñanza cambió de orientación para inculcar en los niños la nueva doctrina y hasta se les alejó de los padres porque podían tener "debilidades burguesas", y el sufragio universal, para someter a crítica la labor de los gobernantes cada cierto tiempo, desapareció. Todo, absolutamente todo, tanto en la vida familiar como en las actividades humanas en general, fue sometido a la más extricta vigilancia. La discusión desapareció y ya nadie tuvo derecho a tener iniciativas que pudieran redundar en beneficio propio y, por extensión, a la de la soicedad en que se vivía.

El proceso productivo y enriquecedor que debía acelerarse bajo la dirección del Estado poderoso se retrasó y, por curiosa coincidencia, la marcha hacia el mundo ideal predicado por Marx y los marxistas, no sólo comenzó a

[6]Lenin. *El Estado y la Revolución.*

alejarse, en relación a las democracias occidentales, sino que además impuso, y sostiene todavía, un sistema de vida inhibidor de las energías creadoras e incompatible con la naturaleza libertaria del hombre. "El socialismo, al matar el espíritu de iniciativa y de previsión individuales, detiene la marcha del progreso humano. La nación, encerrada en una red de reglamentaciones estrechas y definitivas, queda cristalizada"[7].

Sin embargo, en algunos países del área socialista, el fenómeno de estancamiento comenzó a ser advertido y, tímidamente se ha buscado liberalizar la economía, pero manteniendo la férrea disciplina política impuesta por las directivas comunistas.

Pero, ¿el capitalismo o el marxismo constituyen, acaso para las sociedades y el hombre moderno condenas de las que, de ninguna manera, podrá salvarse? La respuesta es clara y definitivamente NO, pero de ella nos ocuparemos más adelante.

[7]Louis Baudin. *El Imperio Socialista de los Incas*. Edic. Zig-Zag, 1953.

egoicidad

América Latina es un continente donde llegó de todo un poco, pero siempre tarde. Se la miraba como una tierra de aventuras, de rico folklore y apta sólo para hacer fortuna rápidamente o recorrerla en viajes de leyenda, no exentos de peligro. Lo único que se murmuraba y decía de ella, en Europa o Estados Unidos, hablaba de "ponchos", guitarras, caballos, indios, oro, sobre todo oro, Perú y Potosí se convirtieron en símbolos de riqueza y cruzar el Atlántico o descender las costas desde el norte era única y exclusivamente "para hacer la América", es decir, pasar de la pobreza a la opulencia.

Pero más allá de ese quimérico Eldorado, a fines del siglo pasado y, todavía, muy entrado el actual, eran muy escasos los europeos y los norteamericanos —aun en las clases intelectuales— que tenían una idea clara de estas vastas tierras, potencialmente, quizás si entre las más ricas del mundo. Confundían la selva brasileña con la pampa argentina, la Patagonia con la sabana venezolana, las costas del Perú con el mar Caribe. Los conocimientos geográficos, muy pocas veces pasaban de: Bueno Aires, Montevideo, Río de Janeiro, México, Lima y Valparaíso. Y las ubicaban en cualquier parte. Lo mismo ocurría con países como: Chile, Bolivia, Paraguay, Ecuador o Colombia. Los convertían en ciudades o los cambiaban de lugar de acuerdo con la fantasía de cada cual.

Mientras tanto, y a despecho de la ignorancia europea o norteamericana sobre el continente, aquí se fueron afincando costumbres, tradiciones, nacionalidades con un común denominador: tremendamente individualista que llevó a un concepto de patria chica. Los sueños bolivarianos y sanmartinianos se quedaron en el papel, destruido por las recias personalidades de los latinoamericanos, en todos los niveles. Con un concepto heredado, tal vez, de la España mora y feudal, cada uno quiso ser rey de su propio reino, ya se tratase de su propia familia, de su pueblo, de su ciudad, o del país. Lo único que escapó de esta concepción, desvirtuada muchas veces por el egoísmo, fue el continente entero. Nadie se ha sentido nunca latinoamericano, igual que los españoles, que son ante vascos, catalanes o andaluces y, después, si sobra tiempo, españoles.

Esto del individualismo, con visos egoístas, es una característica que asoma, con mayor o menor intensidad, en todos los países de América Latina y vemos, aún hoy, en Chile, como en las distintas actividades sociales, económicas, políticas, gremiales, y de todo orden, cada uno se coloca a la defensiva, marginado de todo concepto de tipo colectivo que debería ser la lógica consecuencia y el natural deseo de seres humanos que viven dentro de una comunidad: trabajar primero para que ella subsista y progrese para que, a su vez, permita a cada individualidad, no sólo la satisfacción de sus necesidades, sino el desarrollo normal de sus propias vidas y el de sus familias y, lo que es más todavía, la búsqueda de la realización de cada ser humano como tal.

No se trata de un fenómeno superficial, como podría pensarse a simple vista y, sin el ánimo de establecer culpabilidades remotas, mediatas o inmediatas esta característica individual-egoísta, se observa por igual en los aborígenes que descienden del tronco primitivo como en los que presumen de blancos puros. El mapuche —el araucano— al igual que los aimaraes, quechuas, chibchas, aztecas o pieles rojas, es individualista, receloso y autodefendido; aunque viva en comunidad, producto del otorgamiento de títulos de

merced, propiedades colectivas que van dividiéndose, o más bien repartiéndose sin dividirse como consecuencia de las leyes de herencia. No están separadas por cercos sino por lejanas estacas de referencias. Sin embargo, el vecino —unido por parentesco— no puede pasar de esa línea imaginaria, muchas veces ni siquiera a título de visita de cortesía. Muchas de las dificultades que aparecen y estallan entre ellos son el producto de ese concepto individual-egoísta que lleva a la intolerancia, de tal manera, que no se perdona que un animal traspase el cerco imaginario y, mucho menos, que se aproveche pastos o pedazos de suelo, de alguno de los comuneros, que lisa y llanamente terminan por perderse.

Además, el fenómeno está muy lejos de ser exclusivo de los aborígenes precolombinos. En la vida práctica de una nación se da, con las mismas características, en todas las capas, niveles y actividades: en la industria, en el campo, en las empresas de servicio, en política..., en todo, con excepciones muy honrosas y, por fortuna, cada vez más frecuentes.

En el campo, donde como consecuencia de la soledad las leyes naturales son más duras y más rígidas, pareciera que existe un concepto más amplio de solidaridad, lo que no ocurre. Viven separados y casi ausentes, en un trato social que llega hasta a visitarse o prestarse enseres o maquinarias de vez en cuando. Sin embargo, con ese espíritu campesino, tan socarrón, cada cual siempre tuvo fórmulas "secretas" que defender, fórmulas que iban a darle a él, y a nadie más, un mayor rendimiento en las cosechas, como si el hacerlas públicas y favorecer con ellas a toda la comunidad pudiera lesionarlos en la competencia de precios en el mercado, en países como los nuestros, de producción escasa.

El fenómeno, latente y presente a lo largo de centurias en la vida latinoamericana, afloró, como siempre sucede, en las horas difíciles, cuando la reforma agraria, en sus inicios, se comenzó a salir de los cauces legales para des-

embocar, más tarde, en la violencia y hasta en el bandidaje, el asesinato y el asalto.

Es necesario hacer un aparte, antes de continuar. No se trata de analizar, en esta ocasión, lo positivo o negativo de la reforma agraria, como tampoco remitirnos a sus causas o efectos. Ello lo veremos más adelante. Ahora sólo haremos un bosquejo del comportamiento individual-egoísta, en los dos campos: tanto en los propietarios agrícolas como en los aplicadores de la ley y grupos, y a veces bandas, de ocupantes de tierras.

La reforma agraria, a poco andar por un cauce estrictamente legal, saltó sus propias leyes, un poco de soslayo —tal vez para que no se notara— y de la expropiación de los fundos y haciendas abandonadas, o mal trabajadas, pasó a expropiar aquellos que se encontraban, no sólo bien trabajados, sino en óptimo estado de explotación, desde todo punto de vista: alta producción, condiciones ambientales excelentes y cumplimiento a carta cabal de las exigencias sociales y sanitarias de protección de sus trabajadores.

Las reacciones frente al fenómeno nuevo que planteaba la aplicación irregular y alegal —por no decir ilegal— de la ley de reforma agraria, fueron diversas en el sector de los propietarios. No hubo espíritu de cuerpo ni un análisis amplio de la situación para enfrentarla colectivamente y en solidaridad amplia, sin dobleces. Por el contrario, cada uno trató de buscar su propio e individual camino para hacer frente a los acontecimientos que se veían venir.

Al expropiarse la primera hacienda, en óptimas condiciones de explotación social económica, situada en el norte chico, las reacciones fueron:

1) Se trata de una venganza política. Su dueño fue uno de los que más se opuso a la Democracia Cristiana;

2) Eso no me pasa a mí. Es cierto que no soy democratacristiano, pero contribuí a la campaña. Buena plata que me costó;

3) Lo que tengo que hacer ahora es "colocarme" con la CORA y el INDAP;

4) Tengo un amigo que me debe un favor. El está bien con el gobierno. Le pediré que me ayude, y

5) Lo que hay que hacer es quedarse quieto mientras pasa el temporal. Mientras tanto hay que mover "algunas influencias".

Las actitudes del mismo tipo fueron muchas y tantas que la organización de empleadores agrícolas, o dueños de la tierra, que debió funcionar de inmediato, se vio retardada en su acción hasta que, prácticamente, fue demasiado tarde.

En los sectores interesados en la aplicación de la reforma también se produjo un fenómeno similar. Los grupos políticos antagónicos a la Democracia Cristiana, inmediatamente advirtieron el poder electoral que podía derivar de los acontecimientos que se estaban produciendo en el agro y se movilizaron para:

1) "Acelerar" la reforma mediante ocupaciones de tierras;

2) Provocar huelgas que dificultasen el proceso, siempre con causas distintas al verdadero objetivo, y

3) Movilización y activación para disminuir y desprestigiar la reforma en acción, cualesquiera fueran su objetivo y su prestigio.

Pero más allá del frente común opuesto a la Democracia Cristiana, vinieron las disensiones entre grupos que, lógicamente, deberían haber estado de acuerdo: comunistas con socialistas, socialistas con miristas, miristas con comunistas. Cada uno quiso hacer su propia reforma agraria, dirigida y administrada por él, en su provecho electoral directo. Los campesinos y la producción agrícola, objetivos fundamentales del proceso reformista pasaron a segundo, tercer, o cuatro término para terminar en la violencia, el asalto y la búsqueda desesperada del "Tcherny perediel" ("reparto negro") de las tierras.

Sólo cuando la violencia comenzó a alcanzar su clímax se pudo, por fin, establecer un esqueleto de organización entre los dueños de la tierra, que, impulsados por la fuerza

de los acontecimientos, vieron que era imposible superar individualmente la embestida recurriendo al arcaico sistema del "amigo" o de las "influencias", o de cualquier otro expediente basado en su "diablura". Pero, los hechos ya estaban consumados, o casi a punto de consumarse totalmente.

En el bando contrario, de acuerdo al ancestro individualegoísta, todavía no se ponen de acuerdo.

El fenómeno se repitió en el campo industrial. Don Jorge Alessandri, en una de sus presentaciones por televisión durante la campaña presidencial de 1970, dijo, más o menos: "algunos industriales apoyan al candidato de la Unidad Popular y creen, en esa forma, obtener un seguro sobre sus industrias". No lo obtuvieron, ni los amigos más íntimos del mandatario, que recibieron nocturnas promesas de seguridad para tener un amanecer de incumplimiento y desesperanzas.

Durante el proceso de reforma agraria, como una forma quizás de calmar su inquietud, la casi totalidad de los industriales miró tranquilamente el acontecer, como si los hechos se estuvieran desarrollando no sólo en otro país sino en otro planeta. A lo más que se atrevieron algunos fue a exteriorizar un indisimulado temor para manifestar: "alguien tiene que ser la primera víctima en el proceso de transformaciones y les corresponde a los agricultores. Es mejor que les toque a ellos que a nosotros". Y, acto seguido, junto con sumarse al corro de comentarios en contra del sector agrícola, ayudaron a proporcionar argumentos para prestar respaldo a los ya numerosos que habían dado los hombres de gobierno y partidarios del proceso reformista. Afirmaron, sin siquiera ruborizarse: "es justo que se tomen esas medias con los latifundistas y terratenientes que han tratado mal a sus trabajadores, que no tienen espíritu social".

Olvidaban que, entre ellos, también habían reos del mismo delito, y que con expresiones que tienden a generalizarse cometen los peores crímenes.

Para ellos el fenómeno era justo en el campo, y exteriorizaban su inquietud social mientras el rayo hería a otros. Naturalmente, no soñaron jamás que, con el transcurrir de los días, el asalto se iba a expandir, fatalmente, a otras áreas de la economía.

El fenómeno de ese proceder de los industriales fue tan claro que, más adelante, cuando se intervino industrias a cualquier título y bajo cualquier pretexto y se procedió, en primer término en contra de las factorías textiles, el resto de la comunidad industrial o de la actividad comercial no reaccionó en forma colectiva. Se llegó más allá, todavía, y el despectivo término "turco" se le disparó a la cabeza a los industriales de origen árabe, cuyos ascendientes sufrieron la persecusión otomana que motivó, en más de una ocasión, el éxodo desde su tierra natal a otras latitudes.

El fenómeno se repitió con los banqueros. Cuando caía un banco, el siguiente que ya estaba en el condelero, decía: "sin embargo, yo me voy a salvar. ¿Cómo se va a emitir tanto papel moneda?".

Pero, no fue sólo de banco a banco, sino que en el directorio de una misma institución, en la presión ejercida por el gobierno para comprar las acciones, cada uno jugó sus propias cartas y conocemos el caso de un poseedor de una gran cantidad de acciones que hizo una diabla transacción para permitirle al Estado tomar el control de su banco. Las vendió y recibió el pago, aparentemente igual que todos los demás, en bonos emitidos por el Banco Central, que a él le sirvieron para negociar la compra de un barco de azúcar que el vendedor cubano, a su vez, hizo efectivo en Chile en buenos dólares norteamericanos.

Ese fue solo un caso. Hubieron otros. Unos vendían sus acciones al precio de crédito que otorgaba el Banco del Estado, otros las entregaban para "salvar" el fundo, otros... Cada uno procedió en forma individual, egoísta, sin ningún sentido de solidaridad de ningún tipo.

Y, ¿en la otra barrera? Las cosas no se dieron mucho mejor. A poco andar, y mientras por fuera se exteriorizaba

una euforia consecuente con el momento, por dentro se desarrollaba la más violenta de las luchas por el control del poder. El mismo cuadro que en el campo: comunistas contra socialistas, socialistas contra radicales, miristas contra comunistas... Todos contra todos y cada uno tratando de llevar agua a su propio molino, pero la planificación de una política para el país no se veía en ninguna parte.

En el campo gremial, el fenómeno también actúa, y en máxima intensidad. Cuando se presentan pliegos de peticiones, ningún sindicato o grupo laboral se detiene a pensar en si el patrón está en condiciones de cumplir sus exigencias, o en las consecuencias que su actitud puede tener para la economía general del país. Además, al juego se prestan, y se prestaron siempre, los mismos patrones porque saben —tanto unos como otros— que están defendiendo su posición personal, en primer término, y de "su" grupo, en segundo término; los pliegos de peticiones se transan con cargo a la masa consumidora y, en último término, al país. Ni a los patrones ni a los sindicatos les interesa pensar en el problema que crean a la comunidad. Los panaderos y los panificadores piensan en los panaderos y en los panificadores, los choferes y los propietarios de los buses en los choferes y propietarios de los buses, los funcionarios de los ferrocarriles en los funcionarios de los ferrocarriles, y... la lista es inmensa. Abarca casi todas y casi cada una de las actividades nacionales.

Los precios, por supuesto, se disparan más allá de las posibilidades del consumidor, pero los "beneficiados", con una filosofía y espíritu muy egoístas, reaccionan con un deshumanizado encogimiento de hombros y con la más deshumanizada frase todavía: "ese es problema de ellos". Sucede también que en muchas ocasiones no se reajustan los precios, no por error o criterio populista de engaño, sino simplemente para llevar a la quiebra a una determinada industria y reventar a un "pequeño burgués" o, final y desvergonzadamente, porque los afectados se negaron a pagar una "coima", por principios o porque les pareció muy alta.

Sin embargo, donde el individual-egoísmo adquiere matices de tragedia es en el campo de la política, donde excelentes iniciativas duermen por decenas y decenas de años en los archivos del Congreso, única y exclusivamente porque las presentó el otro, el contrincante político, y se las torpedea con medios lícitos e ilícitos. Se busca evitar, por todos los caminos, que el feliz autor pueda obtener prestigio personal o partidario en caso de que el proyecto llegara a convertirse en ley. Si la iniciativa es de los nacionales, automáticamente están en su contra desde comunistas a democratacristianos, salvo raras y contadas excepciones. Si es de los comunistas, se oponen desde democratacristianos a nacionales, también con las excepciones del caso. Y hasta se ha visto oponerse a comunistas y nacionales en contra de los democratacristianos. Esta tragedia se arregla en la hora del desastre, cuando se adueña de todo el poderoso Estado, pero para entonces ya es demasiado tarde.

¿Que el proyecto es positivo para el país? Eso es secundario. Cada uno busca su propio proyecto y su propio lucimiento. Lo demás, prácticamente, no interesa, salvo en las grandes oportunidades, donde es difícil y contraproducente "chaquetear".

Más allá de la conducta parlamentaria y del actuar de los políticos propiamente tales —entre los que, como es lógico, hay honrosas excepciones—, están los grupos que acuden ordinariamente al Congreso. Son incansables, recorren las oficinas de los diputados y senadores, prácticamente de una en una, en busca de apoyo para una ley que favorecerá solamente a su gremio y, muchas veces, exclusivamente al peticionario, sin contar las oportunidades en que se mueven para introducir artículos de beneficio directo en las leyes en discusión. El individual-egoísmo llega a tanto en algunas oportunidades que las exigencias planteadas para un nuevo artículo de un proyecto en tabla llegan a establecer, prácticamente, años de servicios, grado de educación, antigüedad, edad, profesión... Lo único que falta es ponerle el nombre del beneficiario.

Este tipo de situaciones, del más abierto y casi procaz egoísmo e individualismo ha llevado a la previsión a un estado de confusión tales que, dentro de ella, se encuentra la más polifacética gama de beneficios e injusticias. Hay gente que puede jubilar con 40 años de edad sin que siquiera se le ocurra pensar que, en esa forma, está vulnerando derechos o situaciones de personas que deben esperar los 65 años para disponer de una pensión. Los montos de las indemnizaciones de desahucio varían en tal forma que van desde sumas miserables que permiten apenas un fin de semana en la costa hasta cifras astronómicas que superan con largueza los gastos que demanda una vuelta al mundo en hoteles de primera categoría. Algunos tienen lo que se llama una jubilación "perseguidora", es decir, de reajuste automático igual al sueldo de actividad para el mismo cargo o grado en que el favorecido dejó la administración pública, y otros una miserable pensión que se revaloriza trabajosamente, muy por debajo del sueldo de actividad y que, finalmente, termina por convertirse en "sal y agua".

Y más allá de toda actividad organizada, en la complejidad o sencillez del acontecer diario, el fenómeno del individual-egoísmo aparece a cada momento, minimizado o tomado con humor o con rabia, pero omnipresente en las "colas" de los cines, o de las carnicerías, o de las panaderías, en la dura época del desabastecimiento, o en cualquier tipo de "cola". La gente llega a ellas, no a ponerse fríamente al final y esperar turno, sino que primero las recorre con la vista para ver si hay un amigo, o alguna cara conocida y, si la encuentra, se olvida del derecho de los demás que llegaron antes y se las ingenia para que sea el amigo o el simple conocido quien le ayude a sostener una posición egoísta y antisocial.

Se toca todo tipo de resortes para lograr un trato preferencial que satisfaga el individualismo y es muy difícil hallar en América Latina, en general, y en Chile, en particular, gente que tenga la posición del camarero inglés,

en un restaurante, durante la guerra. Todo estaba racionado y también la carne, por supuesto. Un latinoamericano pidió un bistec, a la hora del almuerzo, y le trajeron uno de tamaño muy reducido, de acuerdo a las disposiciones de racionamiento. El parroquiano se quejó, pero mascullando, lo consumió y, al final, llamó al camarero para ordenar:

—Otro igual.

—No se puede, señor.

—¿Cómo?

—No se puede.

—¿Por qué?

—Porque, entre otras cosas, estamos en guerra, señor.

—Pero, yo puedo salir de aquí, ir a otro negocio y pedir otro bistec.

—Sin lugar a dudas que puede hacerlo. Pero, en ese caso, usted estaría muy lejos de ser caballero.

Ahí termina el cuento, pero lo más probable es que el latinoamericano, sin importarle ser o no un caballero, haya ido a otro restaurante para consumir un segundo bistec porque es muy propio de nuestra idiosincrasia.

Todo este actuar individual-egoísta, verdadero mal endémico en nuestra característica y modo de ser, tiene que derivar hacia alguna fórmula, algún concepto, o alguna manera de enfrentar la vida que nos permita hallar un pensamiento que nos lleve hacia una manera solidaria de vivir.

En un continente, con las características personales señaladas, las cosas anduvieron bien mientras la vida no tuvo mayores exigencias. Pero, cuando la revolución industrial sacudió el mundo y transformó hábitos y costumbres, aquí nos quedamos con nuestro accionar campesino, nuestro romanticismo, nuestro complejo de superioridad y nuestro acendrado individualismo, ajeno y marginado del proceso mundial e íntimamente convencido de que éste no sería capaz de trastornar nuestro apacible acontecer.

Cuando nos dimos cuenta del fenómeno y observamos los efectos de las revolución industrial, dos guerras mun-

diales habían estremecido al planeta y esta última ya estaba por terminar para dejar paso a otra revolución: la tecnológica.

El cuadro es más o menos similar para toda América Latina, con diferencias, por supuesto, entre uno y otro país y, en todos ellos, hay un momento claro y preciso en que se comienza a quedar atrás. Algunos, sin citar ejemplos, no tomaron nunca el ritmo y pasaron de la colonia a la vida independiente sin que ocurriera prácticamente nada, más allá de algunos cambios en las jerarquías políticas, internándose por el camino de las dictaduras, verdadera continuación y prolongación del absolutismo; otros, como Chile, se abrieron a la vida democrática y trataron de seguir el ritmo de la época, como lo prueban claros y precisos hechos materiales: el primer ferrocarril instalado en el continente, la red telegráfica, la poderosa flota mercante, el impulso a la educación y a las universidades, todo logrado o puesto en marcha en los albores de la segunda mitad del siglo pasado. Durante muchos años, el país se movió como consecuencia de ese fuerte impulso.

Sin embargo, a pesar del esfuerzo creador, se inició un proceso de decadencia, que se transformó en agudo después de la segunda guerra mundial, pero cuyas causas hay que buscarlas inmediatamente después de la Guerra del 79. Hasta entonces, se vivió a través de un esfuerzo colectivo razonable que nos dio categoría de país pujante y de gran prestigio y no sólo en el orden internacional sino que internamente, en nuestro quehacer democrático. Sin embargo, después de 1879, o de 1883, para ser más preciso, se produjo una caída vertiginosa de los valores morales como consecuencia de la vida fácil derivada de las riquezas producidas por el salitre. El esfuerzo, no requerido, de cada chileno para resolver los problemas y necesidades nacionales hizo que éste se desviara hacia otras formas de vida mientras el Estado se asentaba, casi por inercia, en los grandes recursos que dejaba el salitre, sin competidor en el mercado mundial por ese entonces. La riqueza hizo que el chileno

tomara una actitud más cómoda. Perdió el nervio, el incentivo creador, el empuje que permite a las naciones ir avanzando velozmente en la búsqueda de caminos que le permitan ir alzándose en su desarrollo. Mientras en otras partes se creaban fábricas, industrias manufactureras para ponerse a tono con el imperativo de la revolución industrial, aquí todo se traía de afuera, excepto los alimentos. Hasta las lápidas para los nichos de los cementerios eran importadas.

El éxito y el bienestar económico que se derivaron del salitre duró hasta la primera guerra mundial y, más allá de las comodidades que proporcionó, a todo nivel social, fue deteriorando el alma de la nacionalidad y luego, cuando apareció el nitrato sintético, y comenzaron a producirse las primeras caídas en la producción salitreras, el país, acostumbrado a la molicie, se desmoraliza. No tiene vigor para enfrentar la hora de "las vacas flacas" y comenzó a vivir una etapa de pobreza, precursora del subdesarrollo actual que ningún gobierno ha logrado superar. Sólo ha habido chispazo, atisbos, destruidos en su inicio por la búsqueda desesperada de soluciones, las más de las veces traídas del exterior sin un estudio previo y serio que permitiera aplicarlas a nuestra idiosincrasia y manera de ser con reales posibilidades de éxito, o por obstrucciones políticas, producto de las ambiciones o de los rencores.

Hay otro antecedente que no se puede dejar de lado. En la misma época también se descuidó el conocimiento, la cultura, la educación, y no nos estamos refiriendo a élites, donde ella siempre tuvo un alto grado de desarrollo en Chile, sino a la masa, al gran conglomerado social cuyo aporte es indispensable para levantar una nación, puesto que constituye la parte más importante de la nación por su calidad de inmensamente mayoritaria.

Los grupos que arrancan o entroncan con los fundadores de la república, en los albores de nuestra vida independiente tuvieron la inquietud de crear escuelas, pero más tarde cuando se incorporaron a las clases dirigentes los grupos que hicieron buenos negocios —en Chile no se puede ha-

blar de aristocracia, pues aquí se involucra en esa definición a gente vinculada por sangre a familias que tuvieron éxito económico, que son los grupos sobresalientes— dejaron de hacer, seguramente por razones de la época, algo que es vital: olvidaron el proceso educacional como palanca del desarrollo. Sólo se vino a preocupar de él en forma preferente, más tarde, don Pedro Aguirre Cerda, quien convirtió en base de su acción pública el enunciado de "gobernar es educar", frase que se ha repetido mucho como grito de combate sin que se logre captar su inmensa profundidad, y trascendencia decisiva en el progreso de los pueblos.

El conocimiento es el único bien que nadie puede quitar al hombre. Una vez que lo adquiere lo lleva puesto vaya donde vaya. Es ilustrativo el ejemplo de lo ocurrido con los lentes Zeiss, en Alemania, después de la segunda guerra mundial. La fábrica quedó en el sector ocupado por los soviéticos. Un general norteamericano se llevó a todos los técnicos y los obreros de alta especialización de la industria, que no quisieron vivir bajo el régimen marxista que se inauguraba en la zona, al sector occcidental, donde se instalaron única y esclusivamente con lo que traían dentro de sus cerebros. Las instalaciones, los equipos, la maquinaria de precisión, todo había quedado en la zona comunista y montaron una nueva fábrica, basándose en su experiencia y conocimientos, la que ha logrado fabricar un lente, como la instalada en los aviones U-2, capaz de fotografiar, desde veinte mil metros de altura —veinte kilómetros— la huella de un pie humano y permitir distinguir si es de hombre o de mujer.

Pudieron hacerlo porque tenían conocimientos, educación, cultura, algo que los grupos sociales dirigentes, llevados por la molicie y el individual-egoísmo, no se preocuparon de incentivar en Chile en la época de las "vacas gordas" del salitre. Incluso, llegaron a repetirse tesis absurdas y ciegas como: "¿Para qué vamos a educar al pueblo. Con qué objeto? ¿Para qué nos creen problemas?". Y se vivió toda una época en la que, el proceso educacional, en contra

de lo sustentado más tarde por don Pedro Aguirre Cerda, resultaba negativo porque restaba mano de obra barata. Pero lo que olvidaron es que restaba también conocimiento y técnica indispensables para empujar el desarrollo de Chile. Fue un mal enfoque que produjo malos frutos.

Empero, es necesario señalar también que el problema de falta de establecimientos educacionales —grave de por sí— venía aumentado por la época misma en que se vivía, carente de los medios de comunicación de nuestro tiempo, pobre en inquietudes. Ello hacía que fueran muy pocos —por distintas razones: económica, intelectual, abulia o falta de visión— los que pensaran realmente en la superación mediante el conocimiento. A la escuela de medicina, por ejemplo, hasta 1935 o 1936, no llegaban más de una treintena de alumnos al año y la matrícula no estaba limitada.

Como causa profunda del subdesarrollo, además de las características de nuestra idiosincrasia, bosquejada a través de estas páginas, está, sin lugar a dudas y en lugar preferente como hemos visto, la falta de un proceso educacional adecuado, intensivo y capaz de iniciar, en forma efectiva, el tanta veces anunciado despegue.

Sin embargo —pese a su responsabilidad, que la tiene y grande— se ha exagerado, sobre todo por los historiadores y políticos que se ubican a su capricho en lo que denominan la izquierda, la culpabilidad que le cabe a la oligarquía chilena. No se trata de disculpar, o justificarla, sino de colocarla en el estricto lugar que le corresponde en la escala de responsabilidades en el proceso que nos ha situado en el actual estado de subdesarrollo, o en vías de desarrollo, como se dice en forma eufemística.

En primer lugar es muy difícil cuantificar la oligarquía nacional porque su influencia no la ejerce, o la ejerció en forma absolutista, si no conectada o interconectada a otros grupos. Siempre hubo personas o entidades numerosas a su servicio que, convencidas de la bondad del sistema imperante, o por intereses o conveniencia, comenzaron por ponerse a su servicio y terminaron por formar parte de ella,

aceptados, con todos los honores del caso, por lo que podría llamarse clan dirigente. Sin embargo, numerosos pensadores, escritores y especialmente políticos, gustan circunscribirla a cincuenta familias. Eso pudo haber sido hace un siglo, o más, porque a veces da la impresión que usan la cifra de cincuenta única y exclusivamente por dar alguna. La verdad es que, perfectamente, se podría hablar de quinientas, o mil, o más familias. Lo esencial, empero, en el análisis que estamos haciendo, no es su cuantía sino su espíritu que, así como tuvo facetas negativas presenta también características positivas.

En primer término, es necesario dejar establecido un hecho: la clase dirigente chilena u oligárgica, no fue nunca un grupo económico espantable en su riqueza. Si uno compara a los ricos de Chile con los ricos de Estados Unidos, resulta que los de aquí son unos menesterosos. Pero, sin necesidad de ir tan lejos, hay una diferencia abismante —en poderío económico— con los ricos de Argentina, o de Brasil, o de Perú, donde uno ve, todavía hoy, grupos ricos, realmente ricos. Comparar algunas de las grandes fortunas argentinas o brasileñas y buscar un paralelismo con los similares chilenos es exactamente igual que mirar Argentina, Brasil y Chile en un mapa.

Empero, más allá de la cuantía o de la fortuna de la clase dirigente chilena, u oligarquía, la de aquí, pese a sus errores tuvo un espíritu y un actuar diferente al de las de los otros países latinoamericanos. Fue más abierta. No se enquistó y formó una especie de coraza frente al acontecer del mundo. Por el contrario, dio todo un torrente de escritores, pensadores, dirigentes políticos de ideas renovadoras y ello, tal vez, en razón de su origen y evolución dentro del medio nacional.

La colonización española se diferenció fundamentalmente de la colonización inglesa. Es posible que los sajones tuvieran mejor trato hacia los aborígenes, pero los hispanos, si bien es cierto fueron más duros no es menos cierto que tuvieron más respeto para con los pueblos conquistados y,

en gran medida, se mezclaron con él. Esa es la causa de que en nuestro territorio, sin considerar la alta proporción de otros países latinoamericanos, existan todavía representantes numerosos de diversas estirpes aborígenes como: diaguitas, araucanos, mapuches, chonos, alacalufes... con apellidos españoles e, incluso, italianos o alemanes. No es extraordinario hallar caras morenas con nombres sajones.

Una de las constantes en el proceso étnico chileno es la mezcla. La conquista fue haciendo que la gente de la tierra —mapuches, venidos ellos mismos desde Argentina— desplazaran hacia el sur y el norte a los antiguos habitantes del territorio, no sin que se produjera, por supuesto, un proceso de influencia motivado, esencialmente, por la unión material entre los recién llegados y los viejos ocupantes de la región.

La colonización española, más tarde, ofrece el mismo cuadro de mezcla y desplazamiento. Baste citar como ejemplo, el matrimonio de Blumenthal —un soldado de las huestes de Pedro de Valdivia que cambió su apellido por el más castizo de Flores— que se casó con la hija del cacique de Talagante, dando origen a una de las grandes fortunas de la época.

El fenómeno se repite —con mayor o menor intensidad— en oleadas de emigrantes sucesivas, venidas de España, de Italia o de Alemania, como se advierte en las zonas de Savoia y Capitán Pastene, en la provincia de Malleco, con los italianos, y en Cautín, Osorno y Valdivia, con los alemanes.

El resultado actual de este largo proceso étnico es —salvo algunas minorías indígenas en el sur y norte del país— un pueblo homogéneo, racialmente hablando, diferente a los otros de las costas del Pacífico, con un gran predominio indígena, y de los de las costas del Atlántico, con un gran predominio europeo.

La homogenización étnica fue posible porque, como bien observó el escritor italiano Curzio Malaparte, Chile, hasta el advenimiento del auge aáreo, era una verdadera

isla aprisionada por el océano inmenso, en el oeste, por la enorme cordillera, en el este, por los desiertos, en el norte, y por la Antártida, en el sur. Llega en barco desde Europa, siempre significó más de un mes, antes y después de la apertura del canal de Panamá, mientras que Brasil, Argentina y Uruguay estaban a poco más de dos semanas.

En un país homogéneo, racialmente hablando, las virtudes y defectos se comparten por igual en todos los niveles sociales y, si bien es cierto que la clase dirigente chilena acusó, y acusa todavía, la dosis de individual-egoísmo propia de nuestra idiosincrasia, no es menos verdad que posee una amplitud de criterio nacida de su formación intelectual, de su afán de superación, de su esfuerzo en la diaria lucha por la existencia en la búsqueda de un destino mejor.

Para nadie es un misterio la influencia del pensamiento de los enciclopedistas y filósofos franceses de fines del siglo XVIII que se convirtió en la semilla de la independencia de los países latinoamericanos. Es, tal vez, el rasgo común entre Chile y el resto del continente. Inmendiatamente, las oligarquías, en los otros países, se hicieron cerradas para crear un abismo entre el pueblo y las clases dirigentes mientras que aquí, por las razones geográficas de isla, anotadas, se abrió dando origen a una movilidad extraordinaria que, en primer término, sirvió de base a una forma democrática de gobierno, en consonancia con la época, y en abierta contraposición con las dictaduras que aquí fueron esporádicas y en el resto de América Latina se convirtieron en la habitual forma gubernativa, perpetúandose en el poder decenio tras decenio en una rotativa impresionante de generales.

En Chile, grupos emergidos de los sectores más modestos de la población no sólo fueron admitidos en las clases dirigentes, como consecuencia de sus capacidades, talento o cultura, sino que muchos de ellos llegaron a identificarse de tal manera con ella que, en algunos casos, tomaron su lugar. Además, se produjo otro fenómeno; a medida que se ensanchaba la base dirigente, se ensanchaba también la

base de los que aspiraban a formar parte de ella, dando existencia a una muy numerosa clase media.

La clase oligarca chilena tuvo clara conciencia de que con su política se abría posibilidades a una realidad social mucho más amplia y, naturalmente, muchos privilegios iban a caer destrozados como consecuencia de su actitud. Sin embargo, lo hicieron a sabiendas de lo que iba a suceder y la explicación de esa actitud hay que buscarla en la raíz vasca de nuestra ascendencia. Los vascos fueron y son personas que sienten respeto por la gente que trabaja. Aquí se levantaron como consecuencia de su propio esfuerzo; por eso tuvo que haberles parecido tremendamente inmoral oponerse a que otros lograran, también con esfuerzo, un mejoramiento en su standard de vida.

Sin embargo, en la preocupación por el proceso educacional esa clase dirigente no tuvo visión. No se tuvo clara conciencia de que los pueblos se desarrollan en la medida en que se intensifican el conocimiento y la técnica. Empero ello tiene una explicación que está mucho más allá de la disculpa. El antagonismo aparente entre una clase social pudiente, abierta a las influencias y al progreso de las clases sociales de niveles más bajos, y el olvido —y hasta el desprecio— para intensificar planes educacionales, fue un producto de la época. A la misma oligarquía le pasó. Sus ascendientes, vascos o españoles en general, italianos o alemans, no eran gente que brillaban, precisamente, por sus condiciones de cultura o de conocimiento cultivado en las universidades o en las escuelas superiores. Eran inteligentes y emprendedores, y nada más. Vinieron a "hacer la América". Y si ellos no habían necesitado de mayores luces para labrarse una posición, consideraban que tampoco era indispensable para los demás.

Fue necesaria la presencia de un maestro, don Pedro Aguirre Cerda, para que advirtiera el trágico destino del subdesarrollo que se venía encima a pasos agigantados si no se intensificaba el proceso educacional y por eso hizo ley la sentencia "gobernar es educar".

Hubo despreocupación, pero el país tenía posibilidades naturales económicas que le permitía ir viviendo bien. Incluso, en los grupos sociales más postergados, sino había un buen pasar por lo menos se disponía de lo indispensable para subsistir. Era una población pequeña y un amplio territorio, con riquezas mineras, marinas, agrícolas. Alguna gente tenía ánimo de trabajo y progresaba velozmente. Otros no tenían mayor preocupación y se conformaban con su destino. No existían necesidades apremiantes.

Las posibilidades de trabajo que hubo en Chile fueron abundantes en esa gran noche que transcurrió entre 1882 y 1925 o 1927. Fue el producto de vivir sin mayor esfuerzo, al que nadie fue ajeno. En ello colaboraron el salitre y la agricultura que debía satisfacer pocos apremios alimenticios, pues la población era la mitad de la actual, y la facilidad de los recursos naturales ayudó al éxito de los esforzados y a la detención, en un pasar no urgido, de los demás.

Nos saltamos la revolución industrial y no nos dimos cuenta. En el intertanto el espíritu abierto de las clases dirigentes y la presión de las clases más modestas, estimulada por el auge de los medios de comunicación creó un fenómeno, único también en América Latina: se formaron poderosos movimientos políticos de ideas avanzadas, como el partido Radical y prosperaron filosofías marxistas, sin que fueran obstruidos en su caminar, salvo cuando se pusieron abiertamente al margen de la ley y trataron de estorbar la convivencia democrática. No es por casualidad que en Chile existe el partido comunista más poderoso de América Latina, como tampoco es casualidad la existencia del partido Socialista, también de raigambre marxista, y no es una mera coincidencia que pudieran llegar al poder por la vía electoral, en 1970.

Empero, por las causas anotadas y por muchas otras —entre las que cabe destacar la lentitud en las comunicaciones— América Latina se movió a la zaga de Europa occidental y Estados Unidos en materia de avances industriales y corrientes de opinión. Además, ambos aspectos —in-

dustrial y político— estuvieron muy lejos de afincarse en el continente con el mismo ritmo y con las claras y profundas diferencias entre uno y otro país.

América Latina, y Chile con ella, despertaron a la revolución industrial durante la segunda guerra mundial —con un siglo de retraso— cuando Europa y Estados Unidos, también un poco a causa del conflicto mundial, daban pasos de gigantes en la revolución tecnológica. El país, hasta 1940, importaba: vidrio, cerrajería en general, todos los artefactos para el hogar, radios, victrolas, discos, vehículos, papel, bencina, aceites —comestibles e industriales—, textiles, medicamentos, herramientas y, en general, la casi totalidad de las manufacturas. La producción chilena, en 1939, era menos que incipiente y su "despegue", acicateado por la necesidad que impuso el desabastecimiento causado por la guerra, tuvo lugar en forma precaria, con métodos caseros, en algunos casos y siempre a muy alto costo aun en instalaciones que se reputaron modernas, como las de la acerería.

Cuando terminó el conflicto mundial, se abrió de nuevo la compuerta de las producciones europeas y norteamericanas, secundadas y aun superadas por Japón, con maquinaria renovada de alta productividad y a costos tremendamente bajos y, entonces, Chile, al igual que el resto de Latinoamérica, buscó salvar su industria recién creada basándola en un proteccionismo aduanero, lo que hizo decir a un estadista que "la industria chilena no es una industria, sino una concesión". Se daba el absurdo de que una cocina fabricada en nuestro país costaba mucho más que la misma cocina fabricada en cualquier país de Europa, comprando en Chile toda la materia prima que entra en su proceso de producción y pagando mano de obra más cara.

Un gobierno se preocupó en Chile, en forma principal y con profundidad y seriamente, de darle al proceso productor las características necesarias para convertirlo en económicamente positivo para el país: fue el de don Pedro Aguirre Cerda, verdadero estadista y visionario, que junto con dar a la educación el papel fundamental para preparar ge-

neraciones futuras, creó la Corporación de Fomento de la Producción, organismo generador de fuentes productivas con un criterio adecuado a los tiempos modernos.

En el intertanto, en esta acelerada historia del mundo que adquirió un ritmo inusitado a partir de 1940, se produjeron hechos fundamentales que, junto con romper el equilibrio en los hábitos. las costumbres y las previsiones hacia el futuro, golpearon con fuerza demoledora a los países que no habían participado en la revolución industrial y que entraban, o estaban entrando, en la denominación de subdesarrollados. Los acontecimientos más importantes fueron, tal vez, el descubrimiento de los antibióticos y el avance de la ciencia médica que produjeron un descenso violento en la mortalidad por causas de enfermedades infectocontagiosas entre los años 1945 y 1950[8], constante que se ha mantenido después y siempre con tendencia a disminuir. Al mismo tiempo provocó un aumento demográfico que elevó la población de Chile de 5.500.000 de habitantes, en 1945, al término de la segunda guerra mundial, a casi diez millones, en 1970, es decir un incremento poblacional del 81 por ciento, en circunstancias que en el cuarto de siglo anterior, 1920-1945, el aumento de la población fue del 44,05 por ciento. Se pasó de 3.800.000 habitantes a 5 millones y medio. La población chilena que en 1945 crecía a razón de 17 habitantes por cada mil, ahora lo hace con un ritmo de 23 por mil.

¿Qué trastornos trajo ese incremento demográfico, cuya constante tiende a aumentar?

La primera consecuencia fue una disminución porcentual de la población activa, o fuerza de trabajo[9] y, por ende, sobre cada hombre o mujer en actividad pesaron más

[8]La mortalidad en Chile era del 22,65 por mil, en 1940; para bajar bruscamente a 17,91, en 1950, y, en la medida que se generalizó el uso de antibióticos y los adelantos de la ciencia médica, continuó descendiendo a 13,89, en 1960, y a 11,14, en 1970.

[9]Mientras la población en general creció en 81%, en los últimos 25 años, la población menor de 19 años aumentó en 96%.

responsabilidades económicas. Al mismo tiempo, al aumentar la población joven del país, se hizo insuficiente el ritmo de construcción de escuelas que, hasta 1945 y con el impulso que le dio don Pedro Aguirre Cerda en 1939-1940, satisfacía, con ligeras deficiencias, las necesidades escolares de la época, Pero, a medida que fue creciendo la población de los nacidos con posterioridad a esos años —en un fuerte incremento poblacional derivado como ya dijimos del avance médico mundial— comenzaron a faltar aulas, profesores, viviendas y reales fuentes de trabajo que la economía del país —por haber ignorado la revolución industrial— no estaba en situación de proporcionar.

Conocemos a carta cabal los problemas educacional y de vivienda, pero la cortina de humo estadística, agitada por igual por todos los gobiernos, impide ver en su trágica dimensión el serio y dramático problema ocupacional. Una estadística cualquiera, de esas que elabora cada cierto tiempo el Instituto de Economía y Planificación, arroja, con ligeras variantes entre una y otra época y entre una y otra provincia: desocupados, entre el cinco y el seis por ciento; pero, en seguida vienen los que trabajan entre una y diez horas semanales, que son del orden del dos por ciento; entre once y veinte horas, del orden del cuatro por ciento; y entre 21 y 34 horas, entre el seis y el siete por ciento. Es decir, la fuerza activa desocupada y semidesocupada constituye, en total, un 18 por ciento, sin contar a los ausentes temporales que suman otro 3,5 por ciento, o a los inactivos —aquellos físicamente aptos que no trabajan por distintas razones— y que son otro 30 por ciento, a los que buscan trabajo por primera vez, otro 2 por ciento más y a los cesantes, propiamente tales —porque las estadísticas hacen diferencias entre desocupados y cesantes— que, también pasan del 5 por ciento. Dicho de manera más simple, y más allá del lenguaje especializado y a veces obnubilante de las cifras, por cada 2 personas que trabajan hay 7 que no lo hacen y solamente una de esas 7 desempeña labores tan precarias que su esfuerzo y remuneraciones no constituyen

ninguna solución ni para sus problemas y responsabilidades personales ni, mucho menos, para la economía del país.

En medio de este panorama desolador, que adquiere la magnitud de drama, por lo menos desde 1932 adelante y con la excepción ya anotada del gobierno de don Pedro Aguirre Cerca, todas las soluciones planteadas fueron de tipo político sin que se profundizara, seriamente, en la problemática económica. Prueba de ello es que el único organismo creador de la economía que merece el nombre de tal es la Corporación de Fomento de la Producción que ha dado impulso a las grandes industrias nacionales, incluso facilitando los medios para que pudieran desarrollarse aquellos productos del ingenio o iniciativa privadas y a su capacidad empresarial. Todo lo demás no pasó de pálidos intentos, sin estudios serios previos o con afán electoralista, de corta duración, las más de las veces, y que terminaron por llevarnos a una inflación crónica, a la lucha despiadada por pequeños intereses, al caos previsional, a la escases de viviendas, a la falta de transportes y a toda la gama de problemas que los chilenos sufrimos en carne propia desde hace un cuarto de siglo. Y los sufrimos, adoptando la posición que nos sugiere nuestro ancestral individual-egoísmo o, lo que es más grave todavía, sin definirnos, en lo que podría llamarse una actitud de "neutrón", olvidando como señala el Dante que "las peores penas del infierno están reservadas para aquellos que en los momentos decisivos no adoptaron partido alguno para sumarse, después de la lucha, al carro del vencedor"[10]. Y no se trata, desafortunadamente, sólo de una posición personal, asumida por unos pocos que no cuentan, sino y desgraciadamente, de actitudes adoptadas por dirigentes y, a veces, partidos enteros que, en búsqueda de "su" oportunidad política olvidan postulado, doctrina, posiciones y hasta hombría de bien.

Todo este actuar, este modo de ser y discurrir, al que falta agregar el "chaqueteo"[11], tan nuestro, nos condujo a la

[10] *Divina Comedia*. Versos 34, 37 y 40 del *Infierno*.

[11] Práctica muy arraigada en nuestras colectividades, no sólo polí-

rampa del callejón sin aparente salida, muy bien aprovechada, por los demás, por los partidos marxistas que demostraron el profundo error que contiene esa frase de Ramón Castelar, tantas veces usada por don Arturo Alessandri: "el odio nada engendra, sólo el amor es fecundo". Los marxista, a través de una prédica de años, en la que se esforzaron en poner de manifiesto e, incluso, magnificar los errores de una sociedad más que incapaz, indolente para adecuarse a los imperativos de la época, hicieron todo lo posible por destruir, en nuestro país, los valores espirituales del hombre, por introducir cuñas emponzoñadas en el sistema democrático por buscar la destrucción de la convivencia utilizando como caballo de Troya la exacerbación de los odios que, en el último tiempo, ha pasado a constituir una de las características del proceso político social que vive Chile.

Y, como receta final, las minorías llegadas al poder buscan imponer un ordenamiento económico, como es el marxista, que ya demostró su inferioridad frente a la manera democrática de proceder y que es objeto de seria revisión en los países que, después de haberlo padecido durante un cuarto o medio siglo, tratan de encaminarse a fórmulas menos regimentadas y para alcanzar el equilibrio con las naciones que, siguiendo la senda democrática, se les adelantaron en el camino del progreso y el desarrollo.

Una vez más América Latina, en general, y Chile, en especial, se sientan con ideas trasnochadas a la mesa del avance mundial y buscan superar el subdesarrollo con métodos descartados que, lejos de acercarnos a un standard de vida equivalente al que viven las naciones progresistas nos alejarán cada vez más de ellas para reclamar y exigir o implorar, según sea el caso, una ayuda que no somos capaces de proporcionarnos nosotros mismos.

---

ticas, sino de todo tipo, que consiste en desprestigiar al que va subiendo por sus propios méritos y en sentido figurado tirarlo hacia abajo tomándolo de los faldones de la chaqueta.

tomas
robos
despojos
crimen

odio

La crisis económica que finalmente nos empujó en forma despiadada por la senda del subdesarrollo se incubó, como hemos visto, durante medio siglo, a partir de 1884, para estallar en el primer brote de violencia alrededor de 1930 y como uno de los últimos eslabones de la reacción en cadena generada por la gran crisis mundial que afectó seriamente a Europa y Estados Unidos. Pero, en Chile, duró poco. En 1933 estaba prácticamente superada sin que se adoptaran medidas de fondo capaces de recuperar la distancia que nos separaba cada vez más de los países desarrollados e industrializados[12]. El primer esfuerzo serio, profundo, para crear una estructura industrial con perspectivas hacia el futuro, se efectuó en 1939 con la Corporación de Fomento de la Producción, concebida y puesta en marcha por don Pedro Aguirre Cerda. Fue lo único. Después vino la segunda guerra mundial y el salitre ya había sido reemplazado por el cobre como base de nuestra economía. Volvimos a una época de regular pasar económico, y olvidamos construir el futuro y el estudio serio de las posibilidades

[12]**Países no desarrollados, renta de hasta 100 dólares *per capita*, anuales; países subdesarrollados, renta de 100 a 250 dólares *per capita*, anuales; países en vías de desarrollo, de 250 a 500 dólares anuales *per capita*, países desarrollados, de 500 a 800 dólares anuales *per capita* y países industrializados, sobre 800 dólares anuales. Chile está en los países en vías de desarrollo.**

económicas para lanzarnos al juego político, a la búsqueda de situaciones cómodas que nos permitieran "vivir sin trabajar", lo que parece ser una gran aspiración nacional, en vez de crear con esfuerzo las bases de una estructura que permitiera remontar la situación que estábamos viviendo. Después de la segunda guerra mundial, en 1945, el subdesarrollo, incubado por nuestra comodidad, por el medio ambiente, por la manera de ser ya descrita y por los defectos que nos son propios, comenzó a apretar la soga en torno al cuello de nuestra nacionalidad en forma más lenta que en 1930, menos notoria, pero más profunda, más cruel y más implacable.

Y, en el deterioro de nuestra situación económica podemos decir, igual que el Maestro Nazareno, el que esté libre de pecado que lance la primera piedra por que todos, cuál más cuál menos, contribuyeron con rocas —no con granos de arena— para empeorar lo que ya estaba mal.

Los partidos comunista y socialista, a guisa de ejemplo, promovieron, utilizando todos los medios a su alcance, cuanta huelga les fue posible. En la misma senda se situó la Democracia Cristiana cuando estuvo en la oposición y los partidos Radical y Nacional, aunque a nivel muy inferior a los anteriores, tampoco están exentos de culpa. Con el andar del tiempo, esa legítima arma de lucha gremial se desvirtuó totalmente para convertirse en una herramienta política utilizada, en muchos casos, con el fin deliberado de causarle problemas al gobierno, cualquiera que él fuese, siempre que, por supuesto, estuviese situado en el otro extremo del arco iris político. Jamás se tomaron en cuenta los daños enormes ocasionados al país y los únicos que los denunciaban eran los que estaban en La Moneda, por la simple razón de que eran los responsables de la gestión económica nacional, sin perjuicio de que, cuando, a su vez, estuvieron en la oposición utilizaran, también, el mismo sistema.

Comunistas y socialistas fueron, sin lugar a ningún género de dudas, quienes más abusaron del recurso de la huelga y hemos visto al Presidente de la República, Dr. Salvador

Allende —socialista— y a sus ministros marxistas condenar, desde el palacio de gobierno los movimientos huelguísticos e, incluso, tratar de romperlos con términos similares y con recursos muy parecidos a los empleados por los gobiernos anteriores.

El gran perjudicado fue siempre el país porque cada cual, preocupado de llevar agua a su molino político, olvidó, o no quiso ver, el enorme daño que se estaba ocasionando. ¡Los recursos perdidos en las huelgas políticas, en los últimos 25 años, serían suficientes, y hasta sobraría, para solucionar el dramático problema habitacional chileno!

La otra gran lesionada con las huelgas y los paros, hechos sistema, fue la gran clase obrera chilena —y aun la clase media que muchas veces participó— y no sólo por el dinero que dejó de ganar sino, fundamentalmente, porque sus dirigentes politizados lograron prostituir su principal herramienta de lucha.

Pero los daños enormes que se han hecho al país, no rolan sólo en el campo económico, político y social sino que han minado la convivencia al desatarse el vendaval de odios, pasiones y resentimientos que afloran a cada momento y hasta en los actos más triviales de nuestra vida diaria. ¿En qué momento iniciaron su desbocada carrera para dividir a los chilenos, cubrir los muros con miasmas de espíritus envenenados, emporcar los diarios con sus almas corroídas por la miseria mental, lanzar por radios y canales de televisión calumnias, injurias o infamias producidas por sus cerebros enfermos, demoler la honra ajena, para terminar en la violencia más primitiva atropellando la ley y llegar hasta el despojo, el asalto y el asesinato? Y, sobre todo, ¿quiénes fueron, y son, los responsables?

Es difícil establecer fechas porque fue un proceso casi inadvertido al principio, pero no resulta tan difícil ubicar a las personas que cargadas de odiosidad y resentimiento fueron vertiendo su amargura y su veneno a lo largo y a lo ancho del país para corroer a la opinión pública en general y a las clases modestas de la población en especial. Se les puede describir. Tienen un denominador común:

su semifracaso, su mediocridad de alma a pesar, muchas veces, del brillo en el ingenio y la palabra, y la tendencia de culpar a los demás de sus errores en circunstancias de que ellos no son sino el producto de su propia incapacidad o de sus ambiciones ilimitadas y, por la misma causa, insatisfechas que incuban en ellos el virus del resentimiento. Y lo que estos resentidos consideraron agresiones en su contra fue dejando el sedimento que los convirtió en sembradores de odios. Carecieron de esa maravillosa aptitud del espíritu humano, como dice Gregario Marañón, de eliminar los componentes desagradables de nuestras conciencias que hace que, en condiciones de normalidad, al cabo de algún tiempo se desvanezcan el dolor o el sentimiento.

El resentido "es un ser mal dotado para el amor y, por lo tanto, es de mediocre calidad moral"[12]; y es mediocre "porque la cantidad de maldad necesaria, para que se incube bien el resentimiento, no es nunca excesiva"[14]. Basta sólo un poco, pero también puede acumularse y, entonces, corroe su alma por completo para estallar en torrentes de ponzoña e, incluso, llegar a expresarse por medio del crimen.

¿Hace falta dar sus nombres en un país como Chile, de diez millones de habitantes, donde todos nos conocemos, según el viejo adagio nacional? Pero es indudable que han utilizado todos los medios para destilar su veneno en todas las dosis imaginables. Hay toda una gama de negatividad que comienza en el contrabando periodístico y termina en el activismo directo, de persona a persona y en ello han destacado, sin lugar a dudas, los comunistas que, en siniestro *boomerang*, han comenzado a sufrir las concuencias del odio que sembraron al rebelarse en su contra los extremistas de izquierda, agrupados en una decena de movimientos.

Uno de los aspectos más ignorados, a pesar de que lo

[12]Gregorio Marañón-Tiberio. *Historia de un resentimiento*, Espasa-Calpe, 1959.

[14]Gregorio Marañón. *Obra citada.*

hemos visto diariamente o semana a semana, es el que realizaron los "emboscados", utilizando muchas veces publicaciones más allá de toda sospecha y desde las que machacaron, y machacan todavía, sobre los defectos de la sociedad burguesa. No la nombran, no se refieren a ella, pero los temas elegidos apuntan siempre sobre la neurosis en las grandes ciudades y, por extraña coincidencia, ella se ubica siempre en Nueva York, en Londres y en Santiago de Chile. Nunca en Moscú como si allá no existiera. Sin embargo, un artículo interesantísimo publicado por una revista italiana, hace catorce o quince años —un reportaje serio sobre el problema— señalaba que las "píldoras de la felicidad" —los sedantes nerviosos— tienen tanto consumo en la ciudad más poblada de Estados Unidos como en la capital de la Unión Soviética y que una de las causas de esa situación, eran los hábitos similares de los ejecutivos norteamericanos y rusos, para referirse sólo a las capas altas de la población. Ambos pasaban la mayor parte del día encerrados en sus despachos, ambos tenían una jornada pesada de trabajo, ambos veían televisión para "distraerse" —el norteamericano *weterns*, por lo general y el ruso estadísticas impuestas por los canales estatales—, pero nada de eso aparece en las crónicas e informaciones que, de vez en cuando, nos regalan los "emboscados" que tratan el tema. Otro aspecto, muy favorito de este tipo de publicaciones, son las causas de separación de matrimonio, con la misma ubicación geográfica de la neurosis.

En el mundo socialista, para ellos, no existen matrimonios mal avenidos; sólo es posible encontrarlos en el mundo democrático y, muy especialmente, en nuestro país, "olvidándose" totalmente de que la Unión Soviética endureció las leyes de divorcio para impedir las rupturas matrimoniales... Y la serial, en la misma cuerda, continúa con los drogadictos, la marihuana, la prostitución, y todo aquello que constituye lacra. Muy de tarde en tarde, o casi nunca, aparece en esos órganos "emboscados" una información positiva e intrascendente que tiene como único objeto dar visos de imparcialidad y objetividad a la publicación.

La prensa oficial del marxismo, fiel a las declaraciones de Carlos Marx en el Congreso de La Haya, ha buscado, siempre, hacer "más opresiva la opresión" y "más vergonzante la verguenza", hasta crear odio sobre "opresores", que no lo fueron tanto, y sobre "vergonzantes", que tampoco lo fueron.

Los activistas, creación genial del comunismo, recorrieron los campos y las industrias, no para despertar una nueva conciencia sino para sembrar la semilla del odio de manera que, más adelante, fuera prácticamente imposible llegar a un diálogo franco y abierto, con el ánimo sereno, para resolver en común y superar los problemas que han sumido al país en el subdesarrollo. Detrás vinieron los extremistas, amamantados en el seno del comunismo y socialismo para intensificar la campaña de envenamiento colectivo, enarbolando el credo de ese gran resentido que se llamaba Mihail Bakumin: "La liberación de las masas exige que se destruyan todas las instituciones políticas, religiosas, civiles y sociales sobre las cuales reposa el mundo actual... Es necesario, pues, destruir el Estado, la Iglesia, los tribunales, los bancos, la administración, la policía, el ejército, que no son otra cosa que fortalezas levantadas por el privilegio contra el proletariado[15].

E iniciaron la destrucción. Destruir era y sigue siendo, sustituir la sociedad actual mediante el más simple, el más antiguo y más bárbaro de los procedimientos: eliminarla a sangre y fuego. América Latina está llena de ejemplos y dentro de ella, desafortunadamente, Chile también. Los grupos extremistas, pistola en mano, asaltaron bancos y asesinaron carabineros y comerciantes en una escalada de violencia que sólo amainó en vísperas de las elecciones presidenciales de 1970 con el objeto de "dar confianza" al electorado y permitir que el Dr. Salvador Allende ampliara sus posibilidades en las urnas. Y, paralela a esas acciones delictivas —para usar el término más suave— la emprendieron contra la justicia, denostada, escarnecida y calificada

[15] *Los Precursores de Lenin,* de Maurice Paleologue. Edic. Zig Zag., 1940.

de "clasista y burguesa"; contra el orden y respeto mínimo que exige la convivencia para poder buscar, en un plano de diálogo y armonía, la solución a los problemas que se plantean a diario en una comunidad tan vasta como es una nación; y, en general, contra todo aquello que pudiera significar bases de comprensión y entendimiento e, incluso, simplemente un actuar civilizado.

La escalada del odio no fue, o no ha sido un hecho prelectoral utilizado como medio publicitario, si bien sirvió a ese fin, para lograr un objetivo político cuya meta parecía ser el cambio de gobierno sino que se proyectó, y se proyecta, más allá para trastornar las raíces de nuestra convivencia y convertirse en un arma mortífera que destruya la sociedad y colectividad misma. El día 3 de noviembre de 1970 —día que asume el poder el Dr. Salvador Allende y, con él, el conglomerado político que se denomina Unidad Popular—, marca un hito en el que se añaden nuevas características que sirven de levadura a la siembra de odio que el país había sufrido hasta entonces —revanchismo, persecusión, sectarismo— y hasta el nuevo Jefe del Estado —coautor e inspirador por encubridor de la política del odio— traza una línea divisoria en la nacionalidad chilena para proclamarse presidente sólo de los ciudadanos que habían votado por él en las elecciones del 4 de septiembre de 1970, es decir, anuncia su decisión de proteger únicamente al 36 por ciento del electorado en desmedro del 64 por ciento que dio sus preferencias, en la contienda, a los otros dos candidatos.

La historia de Chile de los últimos diez años y, especialmente, de los dos recientes está jalonada de hechos que comenzaron en abierta ilegalidad, incluso con todas las características del crimen calificado, para ganar la contemplación y hasta el apoyo de las autoridades y, más todavía, la instigación de ellos, como la ocupación a mansalva de establecimientos industriales, de tierras agrícolas, de terrenos urbanos, de poblaciones y edificios a medio construir y, aun casos aislados de casas de habitación, bajo la tolerancia contemplativa de las autoridades, despojando de

derechos legítimos a gente que los tenía o ejercía de mucho antes con título legal y, lo que es más grave todavía, con enorme daño para la economía nacional, para la convivencia e, incluso, para los propios ocupantes.

Un solo acicate empujó siempre esas "tomas": el odio nacido del resentimiento y alentado más tarde por el revanchismo, que desembocó en la persecusión.

Vayamos al terreno mismo y examinemos algunos ejemplos.

En las provincias del sur que son las que mejor conozco, porque las represento en el Senado, el fenómeno de las ocupaciones ha alcanzado características verdaderamente trágicas. Grupos urbanos, de Concepción y de la capital, encabezando minorías lugareñas —a veces sólo de cuatro o cinco hombres—, al abrigo de las sombras de la noche y armados hasta los dientes, llegaron a ocupar predios de veinte, quince o diez hectáreas, muy por debajo no sólo de la expropiabilidad que establece la ley de reforma agraria, sino también de los proyectos que buscan radicalizar el proceso reformista. E invadieron esas pequeñas propiedades rurales en un estilo mezcla de asaltante de viejo cuño al que faltaba sólo el pañuelo en la cara, y comando de guerra, tomando como rehenes a las esposas, a los hijos y aun a los mismos propietarios para "asegurar" el éxito de la acción. En operaciones más vastas se formaron barricadas con troncos para impedir el acercamiento de vehículos motorizados.

Nadie, en las distintas actividades que ejerce el hombre, tiene un sentido de la propiedad más profundo que el campesino que ha deslizado la tierra entre los dedos para apreciar su calidad, que ha abandonado el calor del lecho para ir bajo las estrellas a regarla oportunamente, que ha encallecido sus manos en la mansera del arado para permitirla respirar, que ha arreado los piños de animales de uno a otro potrero para que retozaran en los pastizales y hasta para enriquecerla con abono natural; que durante toda una vida ha visto salir el sol y morir la tarde sobre su campo, que ha sumido en ella los pies hasta los tobillos

cuando la naturaleza arrugaba su ceño... La tierra, para el campesino de verdad, es más suya que sus hijos que crecen y se van, pero ella queda allí para abrigarlo en su seno al final de su tránsito por la vida y, ahora, ¡un grupo de resentidos, de envenenados, de desconocidos vienen a quitársela! ¿A santo de qué?

He visto de cerca a los ocupantes de tierras, con las caras llenas de odio, dispuestos a saltar por encima de todas las leyes humanas para saciar su sed de revancha, de sectarismo, de venganza por los agravios que creen que la sociedad les infirió en circunstancias de que nunca hicieron nada para salir de su condición, esperando siempre todo de los demás. Y el campesino, atacado en lo propio reaccionó algunas veces con humana indignación y salió, con valor, en defensa de lo suyo, apelando también a todos los medios, por que ¿quién es el hombre que se deja pisotear? Hubo enfrentamientos y hubo muertos. Llegan casi a la cuarentena los hombres que dejaron su vida, arrastrados por su odio, o víctimas del ataque nocturno, cobarde y a mansalva.

Insistamos ¿Cómo reaccionó la autoridad en estos casos y nos referimos, especialmente, a la autoridad de los últimos dos años, de esa que comenzó a ejercer el poder en 1970? Desafortunadamente, en la forma más contemplativa posible, disculpando su actitud alentadora del actuar marginado de la ley en la premisa, de buena o mala fe, de que las herramientas que le había entregado el poder no serían utilizadas jamás en contra de las clases modestas y así se vio a los intendentes, gobernadores, carabineros y policía civil limitarse a tomar nota de los desmanes y de los asaltos sin intervenir jamás, no ya para reprimir sino para prevenir, tan sólo por número o presencia, cuando se les avisaba con antelación que se iba a producir una "toma". En cambio, por curiosa y persistente paradoja, siempre fueron arrastrados a los tribunales y perseguidos por la "ley" (el poder, es más exacto) las víctimas del despojo, los que se defendieron.

Las ocupaciones ilegales de tierras agrícolas, acompañadas de depredaciones y todo tipo de pillaje, no constituyeron

casos aislados sino —y la afirmación no es temeraria— toda una política de revancha, a distintos niveles: los grupos poderosos contra los propietarios de extensiones expropiables, o no los grupos violentistas contra los pequeños y medianos propietarios.

El gran perdedor, en ese tipo de política agraria, fue, sin lugar a dudas, el país que vio descender su producción agropecuaria al disminuir el trabajo en la tierra: los propietarios, porque tuvieron miedo de perder su esfuerzo, y los recién llegados porque irrumpieron en la tierra como "reformadores" nocturnos y no como agricultores, con el temor latente del que instuye que el que a hierro mata a hierro muere.

Muchos campesinos o trabajadores del agro —inquilinos o mineros— que se dejaron seducir por la campaña de odio sabiamente dirigida a despertar su ambición se vieron frustrados porque ellos, que aspiraban de acuerdo con las promesas a convertirse en propietarios de las tierras que habían ayudado a usurpar, según la concepción de los jerarcas marxistas del país sólo se convertirían en empleados del Estado. Al decir socarrón de los campesinos cambiaban "un mal patrón por otro peor".

Las "tomas", sin embargo y como es del dominio público, en Chile no fueron, o no son, de la exclusividad del agro y ni siquiera nacieron en él. Aparecieron en el área urbana bajo el pretexto de necesidad imperiosa de vivienda. Es verdad que en el país existía y existe hoy, aun en mayor medida, un pavoroso y dramático déficit habitacional y apoyándose en él los activistas del marxismo, y aun de otros núcleos o partidos democráticos, empujaron a grupos de familias a la aventura de instalarse en terrenos baldíos, o campos de producción, o complejos habitacionales a medio construir.

¿Cuál fue el resultado de esta acción ocupacional?

Las respuestas a la pregunta son varias y, desafortunadamente, todas negativas. El poblador mismo, la familia arrastrada a la aventura, fue llevada a habitar —si es que se puede llamar habitar— en ranchos de madera vieja y fo-

nolita, convertidos en el más horrendo lodazal en invierno y en respiraderos de polvo en el verano, al abrigo de nada, sin servicios sanitarios, sin agua potable, sin luz y expuestos a todo género de enfermedades. Esos campamentos, inferiores en muchas oportunidades a las barracas para prisioneros de guerra de hace cincuenta años, la gente los llamó "poblaciones callampas" porque proliferaron como hongos después de la lluvia.

En esas condiciones de subvida, a la que fueron arrastrados por la prédica negativa y el afán de cosas fáciles, ¿es posible que alguien sienta alegría de vivir o pueda echar las bases de una convivencia que se proyecte hacia el futuro?

El problema habitacional, en sí, lejos de acercarse a una solución se agrandó en términos tales que cada día es más difícil hallarle una salida, ya que las barracas fueron levantadas sobre suelo sentados o vegas que se inundan aun en el verano, o sobre toscas que hicieron imposible los servicios más esenciales para llevar un standard de vida mínimo.

Después vino la segunda parte: ocupación de complejos habitacionales a medio construir, estimulados muchos de ellos por irresponsables que hasta se decían demócratas.

¿A alguien le pasó por la cabeza que, con ese proceder, se estaba privando de su derecho a alguien que había luchado legítimamente para tener una vivienda?

Y llegamos al plano industrial, donde se ocupa una fábrica para "estatizarla", es decir privar de su propiedad a quien, o quienes la habían creado y la tenían en funcionamiento para ponerla en manos del Estado, sin ningún plan de mejoramiento productivo o de ventajas sociales para quienes laboran en ella sino única y exclusivamente "porque-hay-que-hacerlo", en un plan de revanchismo cada vez más alejado de la búsqueda del bienestar real de la población chilena, o "porque-hay-que-hacerlo" para dar un paso más en el camino del ideologismo marxista.

¿Cuál fue el caballo de batalla en esta campaña de odio? Los ricos y se sindicó de rico a todo aquel que poseyera una casa, un automóvil, una profesión, un empleo regular, en

resumen, un buen pasar. Y todo lo que tenían los ricos, lo habían obtenido de mala manera, "quitando" a los pobres lo que legítimamente les pertenecían. Y fue no sólo una campaña a través de los medios masivos de comunicación sino también de persona a persona, llevada a efecto sistemáticamente y en todo momento por los activistas, que repetían la consigna ideada por quienes disfrazados bajo un lenguaje demagógico escondían un pasado de sensualidades burguesas y aspiran ahora a integrar el equipo de los hombres nuevos.

Los periódicos jugarán su papel, en distintos planos, aquellos "camouflados" por un interés seudointelectual hasta los que emplearon la procacidad, el insulto, la mentira, el doblez, la injuria y todas las armas que cualquier sistema de convivencia repudia. El ejemplo más típico lo constituye el matutino *Clarín* que, si alguien creyera lo que se escribe en sus páginas, el país sería una larga y angosta alcantarilla repleta de ladrones, cogoteros, prostitutas, asesinos y homosexuales, de cuya fauna no escaparía ni siquiera su dueño, el inefable Darío Sainte-Marie, uno de los más procaces sembradores de odio del país. Su "escuela" —corte de los milagros cuadraría mucho mejor— consiste en apabullar con insultos a quien se busca destruir, mintiendo con el descaro más absoluto, inventando cargos, incluso haciéndole aparecer en situaciones y reuniones de las que nunca participó y que se califican de cualquier manera y, por supuesto, negando permanentemente el derecho, del insultado y ofendido a defenderse.

La campaña de odios desatada por los medios de comunicación y centrada en el terreno del ataque personal llevó al asesinato del ex Ministro del Interior y ex Vicepresidente de la República, Edmundo Pérez Zujovic.

La acción de los activistas y de la prensa oral, escrita o televisiva —cada vez en mayor cantidad en manos de los agentes del odio— llegó a convertir en delito vivir en la parte alta de la ciudad, no obstante que la mayoría o casi totalidad de los llegados al poder en noviembre de 1970 vivían o se trasladaron a vivir a ese sector.

En último término se creó la envidia y la ambición por los bienes ajenos, sin un sano estímulo y esfuerzo para adquirirlos y, lo que es más, prometiendo el reparto de ellos, sin consideraciones y sin prever consecuencias de ningún tipo: económicas, sociales, morales...

Y llegaron al poder con dos métodos de acción: uno escrito en las murallas o trasmitido por la radio, prensa, o televisión y otro que ha consistido en su verdadero actuar. El ejemplo más elocuente de ese doblez, que constituye, tal vez, uno de los más graves daños al obrero industrial, al campesino y, en general al hombre que vive de un sueldo, está, por un lado, en la frase derramada por la extrema izquierda —dentro de la cual tiene amplia cabida el socialismo—: "el reajuste no se pide, se quita", sin que importe, por supuesto, que en esa forma y en un plano de extricta doctrina económica se destruyan las fuentes de trabajo, y por otro lado el convenio CUT-Gobierno que elaboró un mejoramiento de salarios con el que nadie ha podido quedar conforme por estar muy lejos de satisfacer las necesidades apremiantes que plantea el devenir nacional.

¿A quién le importó, entre los hombres de gobierno, el costo de producción? ¿Fue por ignorancia que mantuvieron una política de alza de costos y, en contradicción, de precios artificiales que llegaron a estar lejos, siquiera, de cubrir esos costos? Afirmamos que no y, por el contrario, ello obedeció al anhelo de aniquilar las fuentes de producción y hacer que esas fábricas e industrias cayeran en manos del estrangulador amo supremo: el Estado.

LA LEY de la selva del garrote

La violencia física fue, y es, una de las características esenciales del gobierno marxista que se inició en Chile el 3 de noviembre de 1972. No es la única, pero es, quizás, una de las que mejor lo tipifica, sin restar importancia, por cierto, a los graves errores económicos —deliberados o fortuitos—, a la incapacidad para el manejo de la cosa pública y al permanente atropello a los derechos ciudadanos que, en último término, terminan también por generar violencia.

Los primeros en Chile, en desconocer el imperio de la ley y la voluntad de las mayorías fueron los marxistas quienes, por su cuenta y riesgo, proclamaron la inutilidad del sistema y de las instituciones democráticas y buscaron sustituir el sufragio universal por la política de los hechos consumados, impuestas agresivamente y "fusil" en mano.

El partido Socialista en 1967 se proclama partidario de la "vía armada" para la conquista del poder y su aliado, el partido Comunista, tampoco está exento de ese pecado. El senador Luis Corvalán, secretario general del comunismo chileno, llegó a afirmar que NO excluía la vía armada, pero que existían otros caminos que le parecían mejores.

Los dos partidos marxistas, en esa forma, afirmaron que el único programa de acción que tenían era llegar al poder, quisiéralo o no la mayoría del país.

De los partidos comunista y socialista, además, se desprendieron grupos que fueron más allá de los planteamien-

tos hechos por esas colectividades y, de los simples enunciados formulados hasta entonces, pasaron a la acción directa. Aparecieron "Espartaco" y luego el Movimiento de Izquierda Revolucionaria —MIR— que llegó a convertirse en el más importante del extremismo de izquierda.

Empero, el MIR —"Espartaco" se diluyó al poco tiempo— y los que le siguieron como la Vanguardia Organizada del Pueblo y otros, no fueron grupos aislados, solitarios sino que contaron con el apoyo directo e indirecto del marxismo chileno, a pesar de las reticencias del comunismo, y constituyeron con él un matrimonio morganático —o "detrás de la puerta", si se lo prefiere— que siempre contó con apoyo y comprensión, incluso del propio y entonces senador Salvador Allende, que los llamó "jóvenes idealistas".

En los años 1968 y 1969, los "jóvenes idealistas" de Salvador Allende, colocaban bombas, asaltaban bancos, secuestraban y vejaban personas, fabricaban explosivos y creaban "escuelas de guerrillas", además de ensayar las primeras "tomas" armadas.

Y para quien quiera negar hoy la correspondencia amorosa entre los grupos extremistas y la Unidad Popular o, para ser más simple, la alianza socialista-comunista —que eso es lo verdadero, pues los demás son comparsas— están: la actitud adoptada por el MIR que, antes de las elecciones y a pedido de dirigentes políticos de izquierda del más alto nivel, depuso su actitud beligerante y al margen de la ley para darle oportunidad al "compañero" Allende de que obtuviera el triunfo relativo en las urnas que habría de permitirle llegar a la Presidencia de la República; el indulto concedido por Salvador Allende, ya presidente, a todos los elementos extremistas reos, culpables o convictos de delitos comunes como son el atraco a mano armada, el robo con violencia y todos los desmanes cometidos apenas seis meses antes.

En la misma época, el partido Comunista creó la Brigada Ramona Parra, cuyo primer objetivo fue salir de noche a agredir a quienes hacían propaganda mural en favor de los candidatos opositores a Salvador Allende. Luego se

transformaron en brigadas de choque, dispuesta a cualquier estropicio.

El ejemplo de los comunistas fue seguido por los socialistas que fundaron la brigada Elmo Catalán, con el mismo objeto que es de sus aliados.

La tregua del extremismo de izquierda y la calidad de pintores bucólicos que se quiso atribuir a los miembros de la Ramona Parra, al igual que la calma preeleccionaria de los brigadistas de la Elmo Catalán, desapareció casi inmediatamente después que Salvador Allende se instaló en el poder para oficiar de "tomadores" de fundos, de industrias y de poblaciones y para sembrar el terror, armados de metralletas, pistolas, laques, trozos de cadenas, palos aguzados, papas erizadas de trozos de hojas de afeitar.

Los grupos guerrilleros, al amparo de la noche y aun de día claro, se organizaron para el crimen incentivando la violencia. Envenenaron el alma de los postergados y los lanzaron al asalto. Los campos fueron aterrorizados por su acción y se buscó montar personajes de leyenda, como el "comandante Pepe". Y, a pesar de sus desmanes, siguieron contando con la protección oficial, ahora desde el poder. Mientras por un lado se violaba, y se viola, la ley, por el otro se destruía, y se destruye, la producción al paso de las bandas armadas que recorrieron, y recorren, los caminos y los senderos dejando sus huellas indelebles. Pero los personeros de gobierno, de Ministros de Estado a Intendentes, de Gobernadores a subdelegados, nunca vieron ni ven nada como si no existieran asaltos, atropellos, secuestros y vejámenes, y los despojos, agresiones y muertes se diluyen como ánimas inventadas por los "reaccionarios", los "golpistas", los terratenientes", los "sediciosos", los "fascistas" para emplear los mismos términos que usan quienes, desde las sombras y al amparo del poder inspiraron, e inspiran, y dirigieron, y dirigen, la acción.

Los mapuches son engañados, no sólo por la prédica destructora sino que, además, se les hace creer que toda, pero toda, la tierra les ha sido robada por las dos, tres o cuatro últimas generaciones aunque ellas hayan sido adqui-

ridas legítimamente por sus propietarios en remates organizados por el propio Estado. Nada importa. Se despoja, se roba, se mata en una orgía donde se mezclan el delito común con el doctrinarismo político.

Rolando Matus cayó asesinado al interior de Curarrehue mientras los grupos armados desfilaban, y desfilaban, ante las autoridades que observan el matonaje siniestro contemplativas y tolerantes. Y Rolando Matus no es el único caso. En los dos años de gobierno de marximo presidido por Salvador Allende los muertos son alrededor de una cuarentena, 38 para ser exactos.

El itinerario del crimen y la violencia es escalofríante.

En la mañana del 8 de junio de 1971, después de una intensa campaña de odio —quizás la más violenta realizada contra persona alguna, en Chile— el automóvil del ex Vicepresidente de la República, Edmundo Pérez Zujovic, es perseguido y encajonado por un vehículo, a sólo seis cuadras de su casa. Del coche perseguidor, conducido por Heriberto Salazar, descienden los hermanos Ronald y Enrique Rivera Calderón y uno de ellos dispara su metralleta a boca de jarro sobre Pérez Zujovic que viajaba acompañado de su hija Angélica. La muchacha, una periodista de veinte años, observa impotente y desesperada como su padre muere en sus brazos mientras los asesinos se alejan a toda velocidad. Los tres pertenecen a la Vanguardia Organizada del Pueblo —VOP—, organismo desprendido del MIR, y Ronald Rivera que estaba preso el 3 de noviembre de 1970, por sus actividades subversivas, más tarde había de ser indultado por el Presidente Salvador Allende.

La policía, dirigida por el médico socialista Eduardo Paredes, a quien se acusó en su tiempo de tener contactos con el MIR, inició la búsqueda de los hermanos Rivera Calderón y los capturó muertos, a balazos, cinco días después, sin que tuvieran oportunidad de revelar la ramificaciones de su organización. El tercer asesino, Heriberto Salazar, indignado por la muerte y captura de sus compañeros, asaltó el cuartel de investigaciones, con la intención de llegar a las oficinas de Paredes, pero fue detenido en la entrada.

Hizo estallar un cartucho de dinamita que, junto con causarle la muerte, asesinó a tres detectives.

Un joven agricultor de 23 años, Gilberto González, fue asesinado al pretender la defensa de su madre, por ocho individuos de extrema izquierda que penetraron a su casa, en las afueras de Rancagua, igual que los viejos "salteadores" de caminos. Otro agricultor, Raúl Quezada Moreno, de 52 años, fue golpeado en forma brutal por elementos del Movimiento Campesino Revolucionario —MCR— decididos a expulsarlo de la reserva legal que administraba en el fundo La Rinconada, de Curicó. Murió una semana más tarde como consecuencia de los golpes.

Enrique Núñez Alvarez, un industrial de 47 años, fue asesinado a balazos cuando penetraba al frigorífico San Fernando, del que era administrador y socio propietario, para desconectar la maquinaria que corría el riesgo de causar una explosión, sin adecuado control técnico. Los "tomadores" de la industria, al verlo entrar, dispararon sobre él dándole muerte casi instántaneamente.

El cabo José Aroca, de Carabineros, cayó bajo las balas disparadas desde la sede del partido Socialista, de Concepción, mientras cumplía funciones de mantenimiento del orden público para evitar incidentes durante las manifestaciones políticas iniciadas al atardecer.

En Santiago, el 1º de diciembre de 1971, una columna de mujeres que marchaba pacíficamente por la Alameda —haciendo sonar las cacerolas vacías para expresar su protesta— fue atacada por elementos de las brigadas Ramona Parra, comunista, y Elmo Catalán, socialista, además de los grupos de choques extremistas que procedieron en forma artera y cobarde, utilizando palos, piedras, cadenas y papas erizadas con pedazos de hojas de afeitar. A la furia del marxismo contra las manifestantes, se unió la acción de la policía que actuó con violencia inusitada haciendo detonar bombas lacrimógenas en profusión nunca vista, con el objeto de impedirlas recorrer un camino autorizado para su desfile. Más de ochenta mujeres resultaron heridas y centenares con contusiones de diversa gravedad.

En los caminos se descubren a cada instante vehículos, muchos de ellos fiscales, tripulados por elementos de la Unidad Popular, que transportan armas y municiones, cuyo fin se desconoce pero que no puede ser otro que la violencia y la agresión. Hasta la Línea Aérea Nacional es utilizada por los marxistas para introducir armas de contrabando al país.

El caso más característico de ese tráfico armamentista fue descubierto en la mañana del viernes santo, en Curimón, cuando una camioneta chocó contra un poste de alumbrado público. Llevaban armas y municiones sustraídas al ejército, además de planos de las bases militares de la zona. Los tripulantes al ser detenidos exhibieron credenciales que los acreditaban como miembros pertenecientes al dispositivo de seguridad del Presidente de la República, más conocido como GAP, y la comioneta resultó estar inscrita en el Conservador de Bienes Raíces a nombre de la secretaria personal de Salvador Allende.

El juzgado de Melipilla fue ocupado por una horda extremista, en protesta contra el juez Hugo Olate que, en derecho, había ordenado la detención de 44 personas acusadas de usurpación del fundo Millahuin. La autoridad ejecutiva, una vez más, se mostró renuente a actuar con el desorden y la violencia y si intervino, lo hizo después de dar tiempo a los ocupantes para que dieran la sensación de fuerza.

Lo ocupación del juzgado de Melipilla no constituyó, ni constituye, un hecho aislado en el ataque permanente del marxismo a la justicia chilena. Por el contrario, fue una de las consecuencias.

Un mes más tarde fue el propio ex ministro del Interior, Hernán del Canto, socialista, acusado constitucionalmente, quien injurió a la justicia chilena, en una agresiva manifestación efectuada en la plaza Montt-Varas, situada frente a los tribunales. La Corte, ante la gravedad de los hechos que amenazaba su independencia para adoptar decisiones, adoptó un acuerdo de protesta, por unanimidad, y lo transcribió al Presidente Allende. La respuesta, dada

por el ministro de justicia, Jorge Tapia Valdés, permite deducir claramente que el ataque a la justicia cuenta, por lo menos, con la comprensión y tolerancia de las autoridades marxistas de gobierno.

El ministro Tapia comienza por señalar que "el Supremo Gobierno no comparte ni las actitudes ni las opiniones que pudieron haberse manifestado en la concentración a alude su oficio y desautoriza el propósito y procedimiento empleado por quienes pudieron haber organizado la concentración". Sin embargo, después de tan categórica declaración y de agregar, incluso, que se investigarán los hechos, aflora el verdadero espíritu del gobierno marxista, claramente expuesto entre líneas en el oficio ministerial. "Creo de nuestro, deber sin embargo, dice el ministro Tapia Valdés, llamar a reflexión a V. E. sobre hechos de alguna manera vinculados a la concentración realizada frente al Palacio de los Tribunales de Justicia". Entra luego el ministro en una enumeración de los hechos que, a su juicio, constituyen esfuerzos gubernamentales para mejorar la administración de justicia y señalar, luego, su verdadera posición.

"Frente a esta actitud —dice el oficio—, y sin pretender inmiscuirnos en la libertad que tienen los jueces para aplicar la ley según su leal saber y entend r, sería irreal que no llamara la atención de V. E. hacia la persistencia de actitudes que, enfocadas por cronistas de la prensa extranjera, hacen aparecer al Poder Judicial de Chile formando parte de un frente político, junto al Congreso Nacional y a la Contraloría General de la República, en contra del Poder Ejecutivo.

"La competencia que en materias exclusivamente administrativas se han atribuido algunos jueces —en actitudes que contrastan con las de otros magistrados— y la demora en otorgar la libertad provisional a campesinos y obreros comprometidos en asuntos que llegan a los tribunales, *son actuaciones que han herido sistemáticamente* el sentido de justicia de amplios sectores del pueblo chileno y han motivado reacciones que no son contrarias a la

justicia en sí, sino críticas a la falta de conciencia social de algunos jueces".

En esa forma sibilina, el ministro de justicia, Jorge Tapia, recoge los ataques lanzados por el Movimiento de Izquierda Revolucionaria —MIR— y los grupos extremistas en contra de los tribunales, ataques que no tuvieron otro origen que haber aplicado la ley a los asaltantes de bancos, a los ocupantes ilegales, a los colocadores de bombas y a todos los convencidos de que el "idealismo" les daba carta blanca para matar, asesinar, depredar y vejar.

El ministro Tapia, en su oficio señaló algunos casos que, a su juicio, habrían incoado las críticas: "Lo acontecido en el Departamento de Melipilla, donde 41 campesinos permanecen detenidos en prisión por más de veinte días, sin causa justificada. El sentir popular no sólo ve resentido su anhelo de justicia sino que sufre en el orden familiar las consecuencias de la imposibilidad en que se encuentran los jefes de familia detenidos o presos para trabajar por su sustento.

Este sentido crítico se agudiza cuando se comprueba cómo la ciudadanía de Iquique lo siente, que siendo público y notorio que algunos jueces no tienen la conducta que la Constitución y las leyes exigen, falta respecto de ellos la drasticidad correctiva que fuera de esperar".

"La conclusión que no puede escapar a V. E. es que la actitud del Gobierno de simplemente reprimir los actos públicos que pudieran ser atentatorios contra el libre ejercicio de la magistratura y el desarrollo normal de las funciones judiciales, no es la forma de solucionar el problema que se está suscitando en los sectores populares del país, cuyos actos de protesta son *reacciones explicables* frente a hechos que, tal vez equivocadamente, interpretan como virtual denegación de justicia o como otra forma de atentado contra la independencia del Poder Judicial".

El documento político judicial, en el que, en cada línea, hay justificación para el actuar de los elementos que se colocan al margen de la ley, recibió la respuesta que se merecía de parte de la Corte Suprema. La carta respuesta,

firmada por todos los miembros del más alto tribunal chileno señala:

"La apreciación general que merece a esta Corte el oficio respuesta de us, es que adolece de *bifronte ambigüedad* político-judicial en que este elemento queda supeditado al primero en desmedro de su importancia primordial".

1. *Comicio espontáneo y sorpresivo*

"Empieza diciendo VS que, del tenor del oficio enviado a S. E. el Presidente de la República por esta Corte, se desprende que la concentración que originó el intercambio de comunicaciones fue realizada sin la "autorización previa de la autoridad" y tuvo un carácter espontáneo y sorpresivo".

"Tales características de la reunión aludida no se desprenden realmente del oficio de esta Corte. Sólo se mencionó en él la clandestinidad de la iniciación del mitin, pero no la secuela de su desarrollo total. Este se llevó a efecto después que un orador dijo que se esperaría, para la continuación del acto, la autorización del señor Ministro del Interior".

"Si algo sorpresivo hubo en la concentración, tienen ese carácter y el de inesperados e inauditos, los pronunciamientos que esta Corte relató en su anterior comunicación".

"No admite este Tribunal por obvios motivos que el señor Ministro del Interior pudiera otorgar su autorización previa a una reunión espontánea y sorpresiva".

2. *Intervención del señor Intendente*

"En cuanto a la intervención del señor Intendente de Santiago por mandato de S. E. ante el Presidente de este Tribunal, no se han tenido noticias por ninguno de sus componentes primarios o subalternos de que tal intervención haya realmente acontecido, a pesar de que el Secretario estuvo en su oficio hasta las veinte y media horas del día de la concentración".

"No es imposible que el señor Intendente se haya dirigido a otro organismo judicial o administrativo, influido por la general confusión".

3. *Prohibición presidencial*

"Afirma VS que el señor Presidente de la República ha prohibido la realización de manifestaciones públicas en el sector donde se verificó la comentada y ha dado, en algunos casos, orden de que los trabajadores no extiendan sus desfiles a esos lugares".

"Esta Corte se complace en que así haya ocurrido; pero mayor habría sido su complacencia *si las órdenes del señor Presidente hubieran sido efectivamente cumplidas* en el caso concreto que nos ocupa. Espera que en lo venidero ni siquiera espontáneamente y por sorpresa puedan ser desobedecidas en tan elevadas disposiciones".

4 *El supremo gobierno no comparte actitudes ni opiniones*

"Agrega VS que el Supremo Gobierno no comparte ni las actitudes ni las opiniones que se manifestaron en la concentración comentada; y que investigará la responsabilidad de quienes no actuaron con la diligencia necesaria para disolverla".

"Esta Corte expresa a VS por esta categórica declaración y estos elevados propósitos su más íntima satisfacción y espera que *los funcionarios correspondientes no lo olviden en los tiempos venideros.* Espera, además, que la investigación administrativa conduzca al esclarecimiento total de los hechos para que sirva de base a una condigna sanción".

5. *Un llamado a la reflexión*

"Continúa VS diciendo que cree de su deber llamar a reflexión a este Tribunal sobre hechos vinculados a la concentración realizada frente al Palacio de los Tribunales.

Acepta complacida esta Corte la insinuación a reflexionar porque es su cotidiana y espontánea tarea y porque estima que la reflexión es tanto más necesaria cuanto más altamente colocados estén los representantes de la soberanía popular ejercida por los tres Poderes del Estado".

"No hay razón alguna —dice VS— para acusar al Supremo Gobierno de vacilante o renuente a prestar a la Administración de Justicia el apoyo y protección que son necesarios para garantizar su independencia, y mucho menos, podría hablarse de actitudes persecutorias en contra del Poder Judicial o de alguno de sus miembros".

"Cree este Tribunal, en relación con las ideas expresadas por VS, que la comunicación de 12 del presente no contiene ninguna acusación de esa especie contra el Supremo Gobierno; pero no ha olvidado que existe pendiente un sumario judicial en que se investiga si alguno de los funcionarios más jóvenes, entendiendo erróneamente su deber y el criterio del señor Presidente hizo o no pública referencia —no hace mucho— a su oposición como tal funcionario al cumplimiento de una eventual orden de detención contra quienes invadieron un recinto en que se administraba justicia".

"En cuanto a las medidas persecutorias a que VS se refiere, no las ha conocido este Tribunal hasta hoy, y por tanto, no las habría podido imputar al Supremo Gobierno".

6. *Conflictos políticos y sociales*

"Prosigue VS refiriéndose al acatamiento por parte del Gobierno de resoluciones adversas a su criterio que han producido conflictos políticos y sociales".

"Al respecto este Tribunal, que ha reflexionado desde hace mucho sobre el tema, podría señalar a VS, la necesidad de distinguir entre conflictos político-sociales que las resoluciones judiciales producen, y los que derivan del aprovechamiento torcido que hacen algunos intencionados de tales resoluciones para forjar conflictos políticos o sociales. De éstos los hay en abundancia. De aquéllos sería difícil hallar algunos".

"Este Tribunal reconoce con hidalguía que el Gobierno ha respetado las resoluciones adversas a su criterio: pero lamenta que algunos funcionarios de Gobierno no hayan compartido ese respeto".

7. *Preocupaciones del Gobierno por la organización judicial*

"El oficio de VS trata enseguida del tema referente a la preocupación del Gobierno por la infraestructura del Poder Judicial y su diligencia en la creación de Cortes y Juzgados para ampliar y facilitar la administración y justicia".

"Reconoce este Tribunal la labor del Supremo Gobierno en tal sentido y espera con fe que esa labor traerá en breve término, como lógica consecuencia, la reafirmación de la paz doméstica y social, si ficticiamente no se la entorpece con el propósito, hasta ahora frustrado, de demostrar la ineficacia de la función judicial organizada con arreglo a las actuales leyes o las que exijan los nuevos tiempos".

8. *La prensa extranjera y el Poder Judicial*

"VS alude también en su oficio hacia la persistencia en el órgano judicial de actitudes que enfocadas por cronistas de la prensa extranjera lo hacen aparecer formando parte de un frente político, junto al Congreso Nacional y la Contraloría General de la República en contra del Poder Ejecutivo".

"Este párrafo del oficio de VS es *especialmente ambigüo,* porque no se aprecia con claridad si VS comparte o no el enfoque de la prensa extranjera, y habría sido de gran interés para el público conocimiento que VS hubiese citado la prensa extranjera que pone al Poder Judicial en un plano de lucha en contra del Poder Ejecutivo".

"Aunque la compañía del Congreso y de la Contraloría sería altamente provechosa para el Poder Judicial en la obtención de fines que sean propios de este Poder, es

evidente que sus miembros no acompañamos al Congreso en sus elevadas labores políticas, ni hemos sido nunca requeridos para ello en virtud de una elemental norma de respeto que el Parlamento ha cumplido rigurosamente desde su creación hasta hoy".

"En cuanto a la Contraloría, ha tenido con el Poder Judicial las más cordiales relaciones, pero tampoco hemos caminado junto a ella en un supuesto plan político contrario al Ejecutivo, porque su labor administrativa y la nuestra judicial se desenvuelven en otro ámbito que el político".

"En todo caso, este Tribunal imitando a VS lo invita también a reflexionar acerca de que tal vez, para conocer las actitudes de los Poderes y organismos del Estado no es, acaso necesario recurrir a la prensa extranjera, cualquiera que sea el idioma en que se escribe; y que para formarse una opinión acertada y un juicio sólido acerca de las actitudes políticas, en el caso del Parlamento, administrativas, en el de la Contraloría, y judiciales en el nuestro, basta observar con criterio ecuánime la realidad nacional y prescindir un tanto de los cronistas extranjeros o de sus corresponsales chilenos que para dar a sus opiniones la respetabilidad de que suelen carecer las remiten al exterior para que desde allá las reenvíen al resto del mundo, incluido nuestro país".

"VS sabe de todo esto, y el Poder Judicial también, aunque no requiere considerarlo para ejercer su labor".

"VS sabe además, que la prensa extranjera está equivocada cuando dice —si lo ha dicho— que nuestro Poder Judicial forma un frente político contra el Ejecutivo y esta Corte invita a VS a reflexionar acerca de la inconveniencia de citar a esa prensa como fuente de dudas sobre la corrección de nuestra judicatura en el limpio ejercicio de su misión".

9 *Sentido de justicia del pueblo*

"Continúa el oficio de VS diciendo que han herido sistemáticamente el sentido de justicia de amplios sectores del pueblo chileno la competencia que en materia administrativa se han atribuido algunos jueces en comparación con

otros que se han declarado incompetentes; y la demora en otorgar la libertad provisional a campesinos y obreros "comprometidos en asuntos que llegan a los Tribunales".

"No reflexionó suficientemente VS al escribir es oración gramatical en el oficio remitido a esta Corte. Si hay jueces que han entendido que tenían competencia en asuntos que lindan en lo administrativo y otros que entendieron que no la tienen, el sentido de justicia del pueblo chileno está salvado, puesto que el hecho referido por VS demuestra la gran libertad que tiene la Magistratura para aplicar las leyes vigentes. Esta libertad es propia de todos los que piensan y es frecuente que disientan los científicos sobre temas fundamentales. El que disientan los jueces, pues, sólo es demostrativo de la gran independencia de que disfrutan. Esto, que es importante, no obliga a VS, a olvidar que el Tribunal Supremo y las Cortes de Apelaciones pueden aunar las opiniones de los jueces desidentes mediante la institución de la jurisprudencia que VS conoce".

"La demora en otorgar la libertad provisoria a obreros y campesinos la presenta VS como una razón de la herida que están sufriendo algunos sectores del pueblo chileno en su sentido de justicia y VS ha olvidado también que entre el sentido de justicia de ciertos sectores del pueblo, interesado en el asunto concreto, y el sentido de justicia, de la propia Justicia, desinteresada en todos los asuntos, hay que preferir al sentido de justicia del órgano judicial".

"Respecto de este tema, hay que abundar en que la forma cómo VS presenta el asunto, conduce a quienquiera que no reflexione a creer que la excarcelación se habría demorado por tratarse de obreros y campesinos, siendo así que no por eso, sino, acaso, por tratarse de asuntos que exigían la permanencia en prisión de los reos, fuesen o no obreros y campesinos, pudo demorar la excarcelación".

10 *Los casos de Chesque, en Loncoche, y de Melipilla*

"Cita después VS en su oficio el caso de Chesque, en Loncoche, respecto del cual dice que una grupo de indígenas

permanece en prisión preventiva varios meses mientras los patrones obtuvieron con prontitud su libertad; y el caso de Melipilla, donde, sin causa justificada, 41 campesinos permanecen en prisión por más de 20 días. La cita de VS tiene por objeto explicar el sentir popular de crítica a la justicia".

"Lo primero que hay que decir es que parece ser que VS comparte el sentir crítico popular, porque si no fuese así, habría omitido la cita a propósito de una concentración en que se insulta a la justicia y a esta Corte. Lo segundo es que, comparta o no VS el sentir del pueblo afectado por las detenciones, no permanecen detenidos los indígenas, ni fueron libertados los patrones por ser patrones, sino por ser presumiblemente responsables de varios delitos los primeros, entre otros la usurpación y el robo, y por no ser culpables, acaso, sino víctimas los patrones".

Y en el caso de Melipilla, un Tribunal unipersonal y dos salas de la Corte de Apelaciones de ésta, dispusieron que 41 campesinos, invasores de un fundo no expropiado, permanecieran detenidos por más de veinte días; pero VS parece estimar más digno de fe, el sentir popular de los propios afectados y sus familias que el espíritu justiciero de los magistrados que sin tener otro interés que el de realizar con integridad su tarea, dispusieron la permanencia de los reos en prisión durante el señalado lapso.

"Y tratando, todavía, VS del caso Melipilla, dice que se sufre en el orden familiar la consecuencia de la imposibilidad de trabajar los reos por el sustento de la familia. Si VS hubiera reflexionado sobre el asunto habría visto que lo propio les sucede a todos los presos, aunque no sean campesinos".

Y es claro que no tiene culpabilidad la Justicia de esos tristes aconteceres. Las leyes son las que debieran arbitrar medidas para impedir tales tragedias, que sin duda lo son.

11. *La justicia de Iquique*

"El oficio de VS también alude a la conducta funcionaria de los jueces de Iquique que, según la ciudadanía, no

tendrían la que la Constitución y las leyes exigen. Y dice VS que el sentido crítico contra la justicia se agudiza porque falta respecto de ellos la drasticidad correctiva que fuera de esperar".

"Y al escribir lo precedente demuestra compartir VS o, explicar cuando menos, el sentir que dice ciudadano, contra la justicia, por una razón más: el problema de Iquique.

"Olvida VS que un Ministro de esta Corte ha estado durante 25 largos días trabajando arduamente en la investigación de los hechos, y ha elaborado un informe exhaustivo que excede de las cien páginas que esta Corte deberá conocer en los próximos días para decidir lo concerniente".

"VS, sin embargo, ha prescindido de todo ello y aventurado una cita de la ciudadanía de Iquique para que sirva de base al penúltimo párrafo de su oficio".

12. *Solución del problema*

"En dicho párrafo dice VS que para solucionar el problema general que se está suscitando en el país —las críticas y reacciones explicables contra la organización judicial— no es procedente la simple represión de los actos públicos que pudieran ser atentatorios contra el libre ejercicio de la magistratura y el desarrollo normal de las funciones judiciales".

En buen romance sugiere VS estar dispuesto a otorgar plena garantía a la Justicia para el ejercicio de sus funciones, pero pide a ésta que se disponga a oír el clamor de cierto sector ciudadano que mira las actuaciones judiciales a través de la lente político-social. ¿Y si tal opinión no fuese imparcial, ni técnica, ni éticamente aceptable?

13. *Criterio de S. E. según el Ministro de Justicia*

"Termina VS su oficio reiterando a este Tribunal el criterio de S. E. el Presidente de la República de otorgar las más irrestrictas garantías para el libre e independiente ejercicio de la función judicial".

"Esta libertad, sin embargo tendría la limitación de que

"la actitud de reprimir los actos públicos que pudieran ser atentatorios contra el libre ejercicio de la magistratura no es la forma de solucionar el problema general —así dice el oficio de VS— que se está suscitando en los sectores populares del país, cuyos actos de protesta son reacciones explicables frente a hechos que tal vez equivocadamente interpretan como muestra de denegación de justicia".

"No es fácil que un amplio sector ciudadano entienda que, aunque tengan motivos erroneos, las manifestaciones populares en que se hace referencia a la justicia, insultándola, no deben sin embargo, ser simplemente reprimidas, sino que debe la justicia hacerse eco de esas manifestaciones para resolver el problema general suscitado entre los que intervienen en las reuniones públicas o concuerden con sus erróneas fundamentaciones".

Tampoco es seguro que este tribunal admita como garantía práctica bastante la contenida en el oficio de VS. y crea que en lo venidero no se repetirán los hechos que dieron origen al oficio dirigido por este Tribunal a S. E. el Presidente de la República contestado por VS.

"Los deseos de S. E. y sus altos propósitos suelen desobedecerlos algunas autoridades y aún si se les sanciona, otras reinciden en desobedecimientos semejantes y, de tal modo, la franca y sincera garantía de S. E. se convirte por obra del quebrantamiento del orden jerárquico en fuente constante de inquietud y anhelos incumplidos".

La contundencia de los argumentos esgrimidos por la Corte Suprema llevaron al Ministro de Justicia, Jorge Tapia Valdés, a una declaración de típica raigambre marxista, a pesar de militar oficialmente en la fracción radical que, contra viento y marea, se mantiene en el Gobierno.

"Los términos y tonos de dicha respuesta —manifestó Tapia Valdés—, obligan al Poder Ejecutivo a formular esta declaración, con la que *pone término* al intercambio de comunicaciones suscitado". Es decir, la muy conocida "pelea del payaso" que comienza ordenada por el clow, cuando el da el golpe y finaliza, por orden del mismo, cuan-

do el contrincante ni siquiera ha tenido tiempo de empuñar la mano.

Empero, la respuesta del Ministro Tapia no se detuvo allí. Toda ella merece ocupar un lugar destacado en la antología de las simplezas o de la mala fe. Depende del espíritu con que haya sido escrita.

"El Poder Ejecutivo rechaza las imputaciones de que sus órdenes y criterios son desvirtuados por algunos funcionarios. Imputaciones similares han sido hechas en forma reiteradas por determinados partidos de la oposición, con clara intención política".

Un solo ejemplo basta para demostrar que la Corte Suprema tuvo sobrada razón —no sólo en el terreno jurídico, sino en lo político y administrativo— para afirmar lo que dijo respecto a la interpretación libre que hacen algunos funcionarios de las intenciones y directivas presidenciales, muchas veces ampliamente publicitadas: los empleados de Sumar, despedidos arbitrariamente, recibieron del Presidente Allende la promesa de que serían reincorporados. Sin embargo, después de más de un año no se encuentra al funcionario que cumpla las instrucciones del Jefe del Estado dadas, a no dudar, de buena fe.

El Ministro Tapia insiste en los planteamientos políticos, en su declaración, no obstante la juridicidad de la materia en debate y sostiene:

"Finalmente, el Poder Ejecutivo lamenta que la Excma. Corte Suprema ignore —argumentando estar compelida por la actual legalidad—, que se desarrolla en el país un proceso auténticamente revolucionario bajo el inestimable signo de ajustarse a la Constitución y a la ley. Frente a esta circunstancia histórica, que atrae el interés de todo el mundo y el apoyo mayoritario de la opinión internacional —como los confirmarán los tres mil delegados y funcionarios extranjeros que concurrieron durante cuarenta y cinco días a las reuniones de la UNCTAD III—, no puede olvidarse que la verdadera justicia no es la que emana de la aplicación mecánica de la ley, sino de una interpretación acorde

con los tiempos y con la necesidad democrática de hacer realidad los derechos de aquellos sectores que hasta ahora vieron postergada toda posibilidad de progresar material y culturalmente a causa de condiciones que mediatizaban su libertad. Nada obtiene el país y su pueblo con que la Excma. Corte Suprema reconozca el derecho de todo ciudadano a criticar los fallos judiciales, si ello no abre posibilidad alguna de que la vocación por la justicia se imponga sobre el formalismo y sobre las presiones valorativas que emanan de una estructura socioeconómica caduca".

Muy simple para el gobierno marxista, de acuerdo con lo expresado por su Ministro de Justicia: si los tribunales no se doblegan para actuar de acuerdo con lo que él llama revolución, no cumplen con la muy delicada función de impartir justicia. Al marxismo no le conviene la aplicación equitativa de las leyes que el pueblo se ha dado libremente sino que busca eximir de su rigor a sus parciales, o a las que tiene por tales, y someter a ellas, con la máxima severidad a quienes no comparten los postulados de un sistema que trata de imponer por la fuerza y que, por lo menos hasta ahora, la mayoría del país rechaza.

Pero, ¿cómo se defiende una democracia de la escalada violentista desencadenada por el marxismo desde fuera y dentro del poder?

Antes de dar respuesta a esa interrogante es necesario bosquejar las consecuencias que acarreó la violencia marxista. Al comienzo, antes de llegar Salvador Allende al gobierno, a los asaltantes de bancos, a los ocupantes ilegales y usurpadores de propiedades ajenas, a los colocadores de bombas, a los fabricantes de desórdenes se les aplicaron en Chile las disposiciones legales, y no con el exclusivo ánimo de castigarlos sino con el de impedir que ocasionasen mayores daños al país, tanto contra las personas como contra los bienes.

Una vez llegado al gobierno, el marxismo conto, como hemos visto a lo largo de este bosquejo, con la anuencia y, muchas veces, la inspiración de las autoridades para come-

ter sus tropelías. Para medir en su verdadera dimensión hasta dónde está dispuesto a llegar en su escalada de violencia basta recordar la declaración pública del ex Intendente de Santiago, Alfredo Joignant —socialista— quien amenazó con lanzar "ochenta mil trabajadores" contra los sectores residenciales de la capital, como quien suelta una soldadesca medieval en una ciudad conquistada para saquearla y destruirla.

La declaración del ex Intendente Joignant no se debió a una casualidad ni al producto acalorado del momento en que ella fue hecha. Nunca fue desmentida ni hubo arrepentimiento ni de parte de él mismo ni de nadie. Por el contrario, fue reafirmada y repetida, incluso por personeros comunistas y hasta por el Presidente que subió la cuota a 100.000. Además, con motivo de una manifestación pública efectuada alguno días después frente a la residencia presidencial de calle Tomás Moro, un grupo de marxistas atacó a dos señoras que viajaban en automóvil; una de ellas resultó ser la esposa del Vicepresidente de la Acción Popular Independiente —integrante de la Unidad Popular—, Raúl David, y cuñada del entonces ministro de Minería, Alfonso David.

Algunos partidos políticos tradicionales, frente a la agresión permanente y a la siembra de terror desatada por los elementos extremistas, amparados por las autoridades, autorizaron a cuadros juveniles para prepararse física y materialmente para repeler los ataques de que eran víctimas en sus manifestaciones, en sus locales, en sus actos públicos y en todo tipo de actividades. Sin embargo, esa fue la consecuencia menos grave de la escalada de violencia iniciada por los marxistas. Otros grupos, situados en el extremo opuesto del arco iris político, también se organizaron para responder al terror con el terror y a exigir, de acuerdo con la vieja ley del talión, "ojo por ojo, diente por diente, mano por mano y vida por vida".

En sólo dos años de marxismo el país ha sido arrastrado a la selva, al odio, obligado, para sobrevivir, a adoptar la

ley del más fuerte, más allá de todo concepto de convivencia o civilización.

La gente de la clase media, los trabajadores tesoneros que lograron con años de esfuerzo y sudor cumplir el sueño de la casa propia, los pequeños parceleros con huertos familiares de apenas media hecárea, los artesanos, los industriales con una o dos máquinas en sus talleres llamados fábricas pretenciosamente, los profesionales de todas las categorías —desde ingenieros y médicos hasta mecánicos y torneros— todos los que tenían algo que perder —y ese algo en la totalidad de los casos era nada más que una casa— también se organizaron para defenderse. Durante noches interminables, en la comuna de La Granja, los habitantes de la zona hicieron guardias interminables junto a fogatas que ardieron hasta el alba para impedir que sus huertos fueran ocupados por hordas extremistas que convirtieron la "toma" no en el sistema para procurarse un pedazo de terreno donde vivir sino en método de lucha política permanente, sin importarle el despojo, la arbitrariedad, el abuso e incluso, el crimen.

Nadie está dispuesto a vivir bajo el imperio del miedo y la gente se comenzó a poner de pie para repeler la agresión, porque no se puede vivir en un país bajo el terror; así no se vive, se agoniza. Con el temor permanente del desastre, los partidos políticos tradicionales, no pudiendo confiar ya en la autoridad, propusieron un extricto y severo control de armas y la disolución de los grupos armados bajo la tuición y responsabilidad de las fuerzas armadas. La iniciativa, que debía satisfacer a quien quiera que buscase la pacificación de los espíritus, el retorno a la legalidad total, no contó con el apoyo del marxismo que se abstuvo de votar la petición al Ejecutivo para que se incluya el referido proyecto en la convocatoria. El acuerdo fue adoptado única y exclusivamente con los votos de la oposición.

¿Por qué esa negativa? La respuesta cae por sí sola. Solamente quienes tuvieran armas en su poder tenían razo-

nes para oponerse a que la posesión de ellas fuera controlada por las Fuerzas Armadas.

Es cierto que el proyecto se aprobó más tarde y hoy es Ley de la República, pero ello se debe a la voluntad de la mayoría opositora del Congreso Nacional designada, en votación libre, secreta y directa, por la ciudadanía del país.

"la vía chilena" el costo social

Los errores del pasado lejano y los errores del pasado inmediato, junto con abonar el terreno a los sembradores de odio, nos condujeron a la más paradójica de las situaciones: la "vía chilena hacia el socialismo", una senda llena de contradicciones que comienza en el nombre mismo que le dieron sus creadores porque ni es chilena ni va hacia el socialismo.

La solución propuesta y ensayada por los marxistas que llegaron al poder el 3 de noviembre de 1970, es una vieja fórmula cuya concepción podía tomarse en cuenta en la Europa de la segunda mitad del siglo pasado, en plena ebullición industrial, pero que no corresponde a la dinámica del mundo actual. Además, demostró en el terreno práctico que, como herramienta de desarrollo, estaba por debajo de los sistemas democráticos, sin contar el atentado que conlleva contra la libertad del hombre, contra su derecho a ejercer el libre albedrío y contra la posibilidad de autodeterminación del ser humano.

La "vía chilena hacia el socialismo" se instaló aquí, en Chile, con una serie de medidas económicas que, en menos de dos años, dieron al traste con las reservas acumuladas durante más de un decenio y provocaron una inflación ni siquiera superada durante la administración del General Carlos Ibáñez del Campo y que, por curiosa coincidencia, contaba con la presencia de los socialistas en el gobierno, los mismos que habían actuado con el ex Presidente.

Las bases de las medidas adoptadas por el equipo marxista gobernante tuvieron, y tienen, una sola meta: la suma del poder para el Estado y, lanzados tras ese objetivo —fundamento de toda su acción futura— se dejaron de mano las precauciones mínimas, no ya para asegurar un aumento de bienestar sino para salvaguardar siquiera el poco que existía. Esa conducta, producto de la incapacidad o falta de conocimiento en algunos casos y de vernacular estrategia marxista en otros, estuvo siempre acompañada de subterfugios, de promesas a medio cumplir o incumplidas, de arbitrariedades, de atropellos a derechos, de desprecio de la ley y hasta de procedimientos ilícitos, que, para justificarlos, calificó como resquicios legales sentando así una doctrina tinterillera y aberrante.

Hay ejemplos clásicos que jalonan el actuar de los partidos marxistas y de los grupos secundarios y adláteres que los acompañan en el poder.

Apenas dos meses después de haber llegado a la Presidencia de la República el Dr. Salvador Allende, en los primeros días de enero de 1971, anunció la nacionalización de la banca privada y extranjera. Al mismo tiempo señaló que quedaba abierto un poder comprador de acciones de esas instituciones el que funcionaría a través del Banco del Estado, por cuenta de la Corporación de Fomento de la Producción. Agregó que en breve plazo enviaría el respectivo proyecto de ley al Congreso Nacional para regularizar esa situación. Ventitrés meses después, y cuando la CORFO era accionista mayoritaria en la casi totalidad de los bancos, el proyecto anunciado públicamente *urbi et orbi* aún no salía del palacio gubernamental para ser discutido democráticamente por los legisladores chilenos, y probablemente no llegará nunca.

Pero más allá del incumplimiento de la palabra empeñada ante el país por el Jefe del Estado, la llamada nacionalización de los bancos que debió llamarse estatización, mostró otras características: tuvo lugar una de las más costosas campañas publicitarias, se presionó indebidamente a los accionistas de los bancos privados, se rebajó la tasa

de interés con el objeto de que las instituciones que resistían la nacionalización trabajaran a pérdida, se intervino los bancos y no se tomó en cuenta el pensamiento de los trabajadores bancarios.

La campaña publicitaria se desarrolló a través de todo el país y en todos los medios de difusión. Además, se enviaron circulares a todos y cada uno de los accionistas, incluso a aquellos que tenían en su poder menos de cien títulos y que no justificaban ni siquiera el gasto de papel y sobre. ¿Cuánto costó esa campaña efectuada en forma masiva en prensa, radio, televisión, cine y diversos otros sistemas de comunicación? La cifra es desconocida. Pero para hacer un cálculo aproximado basta saber que una página de aviso en un diario, por una sola vez, tiene un valor promedio de 9 mil escudos y que la más modesta de las campañas para ser elegido regidor en Santiago solamente se eleva por sobre los 200 mil escudos; esto es por ahora pues con el accionar del gobierno esto se puede doblar o triplicar al fin del año. Teniendo en cuenta esos valores, la publicidad desplegada para nacionalizar los bancos, alcanzó cifras que se pueden ponderar en torno a los 100 millones de escudos.

La compra misma de las acciones, cuyas cifras y montos no han sido revelados, por el valor pagado por ellas sobrepasa los mil millones de escudos.

Las inversiones hechas en la nacionalización de los bancos, estimando las cifras por debajo de la realidad, habrían sido suficientes para levantar una población de 6.875 casas sólidas, de 80 metros cuadrados cada una —cuyo valor oscila alrededor de 160 mil escudos cada una— y habrían solucionado realmente las necesidades habitacionales de 35.000 personas.

Los apremios indebidos en contra de los tenedores de acciones se materializaron a través de inspectores especialmente destacados para fiscalizar y "encontrar" motivos de multa o intervención en los negocios o actividades que ellos tenían más allá de su calidad de accionistas bancarios. Al mismo tiempo, se rebajó la tasa de interés del 22 al 18 por ciento anual, pretextando que los bancos no estarían

más a beneficio de los capitalistas sino del pueblo. La medida, adoptada como método de presión, reveló su verdadero objetivo cuando un año y medio más tarde, y al estar la banca casi totalmente estatizada la tasa fue elevada al 24 por ciento. Mientras tanto, si bien es cierto la banca privada sufrió pérdidas también las sufrieron los bancos controlados por el gobierno.

A los apremios descritos hay que agregar, todavía, la intervención llevada a efecto por cualquier motivo y las fuertes multas aplicadas a las instituciones que resistían el paso a la dependencia estatal.

El pensamiento y la actitud de los trabajadores bancarios tampoco fueron tomados en cuenta excepto la expresión de las minorías organizadas en CUP —Comités de Unidad Popular— formados por comunistas y socialistas, generalmente instalados en las directivas sindicales de las que fueron eliminados por las bases, en su casi totalidad, a medida que tomaba cuerpo la acción estatal.

Esta política para los bancos costó al país alrededor de 7 mil casas, como ya hemos dicho, y la impopularidad del gobierno entre los trabajadores bancarios. ¿Para qué o por qué? La explicación dada por el marxismo es que se buscaba con ella una mejor distribución del crédito de manera que éste beneficiara directamente las actividades productivas propiamente tales y a la gran masa popular. Sin embargo, si se piensa que ese mismo objetivo se puede, y se pudo, lograr a través de claras disposiciones impartidas a través de la Superintendencia de Bancos o del Banco Central, sin necesidad de invertir un solo centavo en la compra de acciones y sin apoderarse de los bancos, es necesario concluir que las medidas puestas en vigor, a tan alto costo económico y político, indudablemente tenían un fin distinto al señalado por el marxismo gobernante. No se necesita ser muy perspicaz para descubrir que la meta era otra: el control y la disponibilidad total y absolutas del dinero existente en el país.

Aquí cabe preguntarse: ¿para qué? ¿para crear nuevas industrias o fuentes de trabajo? Dos años de gobierno mar-

xista han demostrado claramente, y sin lugar a ningún género de dudas, que no se perseguía la creación de una infraestructura que pusiera al país en la vía del desarrollo. Por el contrario, se advirtió una búsqueda desesperada de la suma del poder político a costa del deterioro económico.

En el plano de la reforma agraria, el marxismo actuó de dos maneras que afectaron profundamente la producción, vulneran el derecho y la justicia y deterioraron seriamente el *status* social no sólo de los campesinos y agricultores sino del país en general. En primer término se intensificó la acción expropiatoria, estirando al máximo posible las facultades legales, sin considerar las consecuencias que ello tendría en las producción agropecuaria. El plan, basado en metas políticas y en un afán revanchista, sólo persiguió cambiar el régimen de propiedad de la tierra sin adoptar los complementos y medidas necesarios, no ya para mejorar la productividad sino para mantener siquiera la existente.

La reforma agraria se intensificó en Chile, torciendo la nariz a la ley que la puso en práctica en 1964, cuando la Democracia Cristiana decidió acelerarla y junto con proponer una nueva legislación y sin esperar a que fuese aprobada comenzó a aplicar la antigua. Más tarde, sobrepasó también, abusivamente, el nuevo texto legal.

Los objetivos y metas de la primitiva ley de reforma agraria buscaban conjugar un plan de mejoramiento social en el stardard de vida campesino con la incorporación de nuevas tierras al proceso productivo y, como consecuencia, obtener un aumento de la producción agropecuaria del país. Ponía especial énfasis en la expropiabilidad de los predios abandonados o manifiestamente mal explotados, convirtiendo en propietarios directos de la tierra a los campesinos que resultaban beneficiados con el sistema.

La ley propuesta y aprobada más tarde por la Democracia Cristiana, en principio mantuvo el espíritu de la expropiabilidad de los predios abandonados, o mal trabajados, pero dejó la puerta abierta, también, para expropiar los que se encontraban en excelentes condiciones de explo-

tación. Al mismo tiempo introdujo cambios en el régimen de propiedad de la tierra mediante la invención del "asentamiento" que permitió desalojar a los trabajadores agrícolas que durante años y, a veces, generaciones habían laborado en un predio para instalar en él a personas ajenas al campo expropiado. Una vez constituido el "asentamiento" con lugareños o afuerinos —o ambos a la vez— se iniciaba la explotación agrícola bajo la tutela de la Corporación de Reforma Agraria —CORA— en una especie de cooperativa, cuyos miembros tendrían derecho a títulos definitivos de propiedad al cabo de cinco o más años.

Al comienzo, la administración democracristiana expropió, efectivamente, los fundos abandonados o mal trabajados, pero, a muy poco andar, descubrió que ponerlos en marcha y convertirlos en entidades productivas, exigía inversiones de gran cuantía en maquinaria agrícola, abonos, semillas e implementos en general, además de una eficiente y seria asistencia técnica. El sistema, tal como lo concibieron los legisladores y a pesar de los "asentamientos", habría comenzado a rendir frutos al cabo de cinco años para ir en aumento, anualmente, a un ritmo cada vez más veloz. Sin embargo, cuando se advirtió la lentitud del proceso —un lustro parece ser demasiado en la vida agitada de nuestro tiempo—, originada esencialmente por la escasez de los recursos económicos, se decidió "acelerar" la reforma agraria en busca de dividendos políticos a corto plazo. Se dejó de lado la expropiación de las tierras abandonadas o mal trabajadas —que iban a aumentar la superficie cultivada del país— para expropiar los predios bien trabajados e, incluso, fundos que constituían verdaderos modelos de explotación agrícola y en muchos de los cuales los trabajadores disponían de viviendas, salarios y condiciones sociales que les permitían satisfacer sus necesidades, y las de sus familias, en un plano de dignidad. Además, el proceso acelerado encerró en muchos años una fuerte dosis de revanchismo político.

El panorama agrario, económico y social campesino inmediatamente comenzó a dar muestras de deterioro. Los

propietarios de la tierra, especialmente los que se habían esforzado por elevar el nivel de sus explotaciones agrícolas, se abstuvieron de hacer nuevas inversiones ante la amenaza de la expropiación. Y, en verdad, no les faltaba razón. Un grupo, es cierto, pagaba mayos salarios, alojaba a los trabajadores en chozas y hasta los había que daban trato subhumano a sus trabajadores, burlando leyes sociales y manteniendo un régimen que respondía perfectamente a la definición de las instituciones feudales europeas anteriores a la Revolución Francesa. Había otro grupo que se resistía a incorporar —por desidia, ignorancia o falta de recursos— los adelantos técnicos en sus explotaciones agrícolas, con resultados negativos que se traducían en malas cosechas y, por lógica, en precarias condiciones de vida para sus trabajadores. Y, por último, existía un tercer grupo para el cual la propiedad agrícola constituía un agradable pasatiempo de fin de semana mientras, en realidad, se dedicaba a otras actividades —comerciales, profesionales, bancarias o industriales— en la capital o en las grandes ciudades.

Los tres grupos, amalgamados y confundidos, fueron exhibidos como prototipo del latifundista y convertidos en imagen culpable y retrógada de toda la agricultura nacional. Empero, ello no correspondía en absoluto a la verdad, pues no pasaron nunca, por lo menos en el último cuarto de siglo o los últimos treinta años, de constituir una minoría que muy poco, o nada, gravitaba en el proceso productivo agropecuario. Sin embargo, toda la campaña publicitaria se efectuó en torno a esos grupos y, por extraña coincidencia, fueron los únicos beneficiados, si es que hubo alguno, en la aplicación de la reforma agraria. Les fueros expropiadas tierras que no trabajaban o que estaban mal explotadas o que no constituían su principal fuente de entradas. Ese fue sólo al comienzo. Pero la campaña montada contra la agricultura continuó para hacer de ella una caricatura con olvido e ingratitud del esfuerzo realizado por los pioneros y colonizadores que entraron en las tierras salvajes y fueron abriendo primero los caminos y más

tarde los surcos, que desmontaron los bosques e hicieron surgir de la naturaleza primitiva una tierra que permitió el autoabastecimiento y hasta la exportación. Luego, en el proceso de reforma agraria, como ya dijimos, por la necesidad de fuertes capitales para convertir los campos baldíos en unidades productivas, el sistema se dejó de lado y se escogió los fundos que estaban en excelentes condiciones, orientando las expropiaciones hacia los propietarios que no comulgaban con los altos o menores funcionarios para degenerar más tarde en el atropello masivo.

Los asentamientos campesinos, por su parte, sobre todo en su etapa de organización —por la burocracia que invadió el proceso productivo campesino, por la falta de equipos, de implementos, de abonos y semillas, por la politización y no pocas veces por desidia o incapacidad— no pudieron igualar la producción que se obtenía en los mismos predios, antes de ser expropiados. Por otra parte, las explotaciones agrícolas fueron tan mal llevadas que, al cabo de seis años de reforma agraria aún no es posible obtener, no un balance sino un simple estado de cuentas para saber si han tenido ganancias o pérdidas.

Las consecuencias de la equivocada aplicación de la reforma agraria no tardó en sentirlas el país y, al cabo de dos años, las importaciones de alimentos aumentaron de 140 a 170 millones de dólares para acercarse, al final de la administración democratacristiana a los 200 millones de dólares. En otros términos, la reforma agraria costó al país, en los primeros tres años, 110 millones de dólares, sin contar las inversiones en expropiaciones y gastos obligados —de "prestigio" se podrían llamar— para mantener los asentamientos. Es comprensible que este precio fuera el alto costo necesario para pagar la necesidad de un cambio.

Al asumir el gobierno el Dr. Salvador Allende, el 3 de noviembre de 1970, el proceso reformista se intensificó y, a la vez, se desordenó para pasar de la tensión que lo caracterizó en sus comienzos a fases de violencia que cobraron vidas humanas. Con el advenimiento del marxismo al

poder la reforma agraria tuvo, prácticamente, dos vías: una oficial y otra tolerada y utilizada por el oficialismo. Al mismo tiempo se cambio su objetivo final.

El Ministro de Agricultura y sus organismos dependientes —CORA e INDAP— masificaron y sistematizaron las expropiaciones, prácticamente, provincia por provincia, expropiando todos los fundos —cualquiera fuese su estado de explotación— de 80 hectáreas de riego básico o más, es decir, dentro de la ley. Pero, al mismo tiempo, grupos políticos formados esencialmente por el Movimiento Campesino Revolucionario —MCR, dependiente del MIR—, apoyados por contingentes socialistas y comunistas, en algunas ocasiones, ocuparon ilegalmente los predios de superficies menores, de pequeños y medianos agricultores, en las llamadas "tomas". Siempre llegaron armados y, en la mayoría de las oportunidades, secuestraron en su interior a los legítimos propietarios y a sus familias ante la inacción de las autoridades que no adoptaron ninguna medida de resguardo para los dueños legales ni tampoco hicieron absolutamente nada para desalojar a los invasores. Su acción se limitó a tomar nota de lo ocurrido, y nada más. Todos esos hechos fueron denunciados oportuna y reiteradamente en el Congreso Nacional, al Ministerio Público, al propio Presidente de la República, y por la prensa oral, escrita y televisiva. Sin embargo, nunca se obtuvo un cambio de actitud del Poder Ejecutivo.

La ocupación ilegal y armada, tolerada por las autoridades, terminó por provocar la autodefensa de los agricultores que, en más de una ocasión, opusieron también resistencia armada a la ocupación, y, en no pocas, recuperaron sus tierras en enfrentamientos que, hasta ahora, han dejado más de una decena de muertos y una treintena de heridos en apenas veinte meses.

El estado de caos en el campo chileno movió a los marxistas, utilizando una situación que ellos mismos habían creado, a proponer enmiendas a la ley de reforma agraria en el sentido de que la superficie no expropiable fuera

reducida a veinte hectáreas de riego básico, en vez de las ochenta existentes.

La búsqueda de la eliminación de la propiedad privada en el agro quedó, además, en evidencia en el trato de la Corporación de Reforma Agraria hacia los agricultores cuyos predios eran expropiados. Si el propietario insistía en mantener la explotación de las ochenta hectáreas de riego básico, a que le daba derecho la ley, al poco tiempo y, muchas veces durante las conversaciones, el campo era "tomado", sin contar que, además, se aplicaba las más míseras condiciones imaginables en la tasación de los implementos, maquinarias, animales y toda aquella parte de la expropiación que debía pagarse al contado. En la práctica, se le obligaba a renunciar a la reserva, los animales eran pesados en ausencia de los dueños y el atropello era la característica de toda acción.

La intervención de los tribunales de justicia para reponer a los propietarios en sus tierras y la detención de los ocupantes ilegales —producidas en muy escasas oportunidades— dieron lugar a enconadas campañas publicitarias en contra de la magistratura, acompañadas en la mayoría de los casos, de declaraciones condenatorias..., para los jueces, utilizando argumentos para combatir al Poder Judicial.

Por otra parte, el marxismo cambió el objetivo final de la reforma agraria. Ya no se trató de convertir a los campesinos en propietarios, después del período de prueba del asentamiento, sino de pasar las tierras a propiedad del Estado. Los trabajadores, en esa forma, sólo cambiaban de patrón. Según la frase ya recordada de: "cambiaban uno malo por otro peor".

El proceso de producción agropecuaria —más allá de las injusticias, arbitrariedas, despojos y violencia a que dio origen la reforma agraria descrita— resentido ya en la administración democratacristiana, en el gobierno marxista sufrió aún más fuertes descensos que obligaron a elevar la importación de alimentos por encima de los 300

millones de dólares al año, es decir, a más del doble de lo que se gastaba, por el mismo concepto, en 1965.

La reforma agraria ha costado al país más de 400 millones de dólares en apenas cinco años. Esa misma cifra habría permitido comprar 40 mil tractores, 10 mil camiones y camionetas, 250 trilladoras y sobrarían, además, 50 millones de dólares para la adquisición de reproductores finos o maquinaria menor o inversiones de otro tipo.

¿Cuánto costó la reforma agraria por concepto de expropiaciones, pagos al contado y publicidad? La cifra real se desconoce, pero ella se puede ponderar en torno a los 3.000 millones de escudos, suficiente para efectuar obras de mejoramiento sanitario en cuatro provincias rurales, o habilitar adecuadamente vastas superficies inexplotadas, o levantar 18.750 casas de 80 metros cuadrados a razón de 160 mil escudos cada una. Cualesquiera de esas inversiones habría mejorado notablemente el standard de vida campesino que, a pesar de la intensa propaganda, sigue en condiciones similares o inferiores a las existentes en 1965.

El error en la aplicación de la reforma agraria, el cambio en los objetivos, las injusticias y arbitrariedades cometidas, además de su enorme costo en divisas y en moneda nacional que pudieron tener un destino mejor, significó un agudo desabastecimiento alimenticio no obstante el incremento de las importaciones. El primer síntoma de la escasez, siempre en aumento, fue la veda para el consumo de vacuno, iniciada en 1967 para convertirse en una situación crónica e insuperable al asumir el poder el Dr. Salvador Allende, en cuyos dos años de gobierno hemos visto desaparecer del mercado las aves, los cerdos y sus derivados, las pastas, etc.

La situación de deterioro en el mercado de carnes tuvo como causa, entre otras, la no adquisición de los animales al expropiar un fundo, de manera que las tierras quedaban sin ganado y los expropiados con ganado pero sin tierras de pastoreo, además del sacrificio indiscriminado de ejemplares, muchos de los cuales, fueron beneficiados por los ocupantes ilegales en un afán de prepotencia e irrespon-

sabilidad sin que, como en otros casos, se adoptaran medidas de ninguna especie para evitar el despilfarro. Las lecherías fueron diezmadas por iguales causas.

¿Por qué y para qué una reforma agraria aplicada en forma tan inútil como lesiva para el país? Ninguna de las explicaciones dadas por la democracia cristiana, primero, y por el marxismo gobernante, después, se compadece con la realidad. ¿Elevar el standard de vida campesino? No se logró. Por el contrario, la discriminación política con que se eligió a los asentados creó una verdadera legión de desplazados y, al mismo tiempo que disminuía la producción, aumentaba la cesantía de los trabajadores de temporada. Además, sólo se tomó en cuenta el pensamiento y el criterio de los campesinos cuando éstos coincidieron con la política oficial de reforma agraria que, generalmente, se produjo en las minorías politizadas. Necesario es concluir, entonces, que la aplicación de la reforma agraria estuvo informada por la búsqueda de objetivos sociales o económicos sino que se actuó primero, en demanda de un dividendo político a corto plazo y los marxistas, después, en la búsqueda desesperada del control directo del Estado sobre la actividad agropecuaria, en general, y sobre los campesinos, en especial.

La política minera puesta en práctica por el marxismo, y que debió constituir la base de la economía nacional por su fuerte incidencia en el presupuesto de divisas —las exportaciones de cobre representan el 76 por ciento del total—, adoleció de tales errores, sectarismo e incapacidad, en su aplicación, que lejos de convertirse en el factor positivo de desarrollo que todos esperaban, el primer año de explotación nacionalizada tuvo un menor rendimiento de más de 110 millones de dólares en relación con el precedente ejercicio de 1970. Es decir, desapareció la utilidad y, encima, hubo una pérdida del orden de los seis millones de dólares.

Fueron varios los factores que intervinieron en tan desastroso resultado, todos imputables, y sin apelación, a la

acción administrativa del equipo marxista de gobierno encabezado por el Dr. Salvador Allende.

La chilenización del cobre, gestionada por la administración democratacristiana, adoleció de serios defectos, especialmente en lo que dice relación con el aspecto financiero y los aportes de capital que hizo el gobierno chileno para adquirir el 51 por ciento del mineral de "El Teniente", explotado por la Braden Copper. Fue desde todo punto de vista excesiva la contribución nacional —80 millones de dólares—, especialmente si se tiene en cuenta que la empresa norteamericana estaba obligada a hacer una inversión de esa cuantía si deseaba continuar la explotación del mineral. Al mismo tiempo se dejaba por un tiempo demasiado largo —once años— la administración de la mina en manos del socio minoritario. Es decir hasta que estuviesen totalmente cancelados los préstamos y obligaciones contraídas por la nueva sociedad minera "El Teniente", con el aval del gobierno chileno.

Por otra parte, la chilenización se aplicó en forma discriminatoria. Los minerales de Chuquicamata y El Salvador sólo fueron obligados a formar sociedades mixtas con el Estado chileno en mayo de 1970, en la proximidad de las elecciones presidenciales del mismo año y en busca de un resultado político en las mismas.

Sin embargo, si la Democracia Cristiana pecó de lentitud y parsimonia en la política cuprera —sin alcanzar las metas de producción que se propuso— el marxismo, en su ambición de poder, se lanzó prácticamente al asalto de las grandes minas de cobre, politizando todo el proceso y, prácticamente, en su sectarismo y atolondramiento, obligando al éxodo de los técnicos especializados —supervisores— que en número superior a 200 abandonaron el país en los primeros diez meses de administración estatal.

Los técnicos cupreros son profesionales de larga y cuidadosa formación. Como mínimo, se estima un período de adiestramiento de cinco años después que egresan con sus títulos de la universidad. Es una especialidad tan escasa que su déficit, en el mundo, se estima en alrededor de cinco

mil. Ninguna de esas circunstancias, sin embargo, fue tomada en cuenta por la administración marxista de los minerales y por la Corporación del Cobre —CODELCO—, organismo que supervigila, dicta normas e interviene en todos los asuntos relacionados con el cobre, especialmente, en los de la mediana y gran minería.

La primera medida adoptada, después de las nacionalización de las minas, fue un cambio de régimen en el sistema de sueldos para los técnicos o supervisores. Se suprimió el pago en dólares, de que habían disfrutado tradicionalmente, para reemplazarlo por su equivalente en escudos, al cambio oficial, y, además, estableciendo un máximo que, en la práctica significó una rebaja en los sueldos hasta del 50%, en algunos casos. Hubo protestas por parte de los supervisores; pero en lo fundamental, más de doscientos de ellos —tanto chilenos como extranjeros— se fueron a otros países cupreros con emolumentos superiores a los que ganaban en Chile, antes que se aplicara el sistema de pago implantado por el marxismo.

Las medidas que provocaron el éxodo de los técnicos y supervisores cupreros constituyeron la base de una serie de errores en el proceso de explotación de las minas que alejaron la producción de las metas que se habían fijado para la misma. La falta de especialistas experimentados trajo improvisación y preponderancia de elementos marxistas que se instalaron en los puestos claves, a pesar de exigir un gran conocimiento, no obstante su incapacidad para desempeñarlos. Por otra parte, la ausencia de técnicos eficaces relajó la disciplina laboral, no atendió a una cuidadosa conservación del equipo y se cayó en el aumento de personal, informado por un doble criterio: compensar la calidad con la cantidad y proporcionar empleos de favor político en busca de una primacía electoral.

Las consecuencias de la acción marxista en la administración de la nacionalización del cobre se tradujo en: ausentismo que, en algunos casos llegó al 40% en los días lunes, según denuncia del propio Presidente de la República, Dr. Salvador Allende; deterioro en equipo vital, como sucedió en los hornos de reverbero; mal funcionamiento en

los minerales por no trabajar todas las secciones con la coordinación necesaria y, finalmente, estancamiento de la producción y tan altos costos que en determinados casos la explotación se tornó antieconómica.

Sin embargo, y sin descender a los detalles, los males y pérjuicios enumerados estuvieron muy lejos de ser los únicos.

Las dificultades producidas con Estados Unidos, a raíz precisamente de la política cuprera, entre otras causas, tuvo efectos dañinos y paradójicos en el desarrollo de las explotaciones mineras y en el contexto internacional.

Mientras el gobierno marxista propiciaba una acción antinorteamericana y, en la práctica, aplicaba medidas de tal drasticidad en el trato económico que imposibilitaban todo entendimiento, el patrón soviético entablaba conversaciones con los aquí "repudiados imperialistas yanquis" en demanda de tecnología cuprera para explotar yacimientos en Siberia. El gobierno marxista, en el intertanto, trajo al país misiones de expertos rusos a los que, por extraña coincidencia, se los relegaba a un segundo término en la Unión Soviética.

Las mismas dificultades en el plano internacional hicieron que el abastecimiento de repuestos para la industria del cobre se tornara precario —en la mayoría de los casos por insolvencia económica y en otros por razones de equilibrio de las grandes potencias—, lo que significó buscar los similares norteamericanos en otras fuentes, con el consecuente encarecimiento e incidencia en los costos y producción.

La misión técnica soviética —y los viajes efectuados a Rusia, con posteriaridad, por funcionarios chilenos dirigentes de la gran minería— convinieron en el suministro de plantas, equipos y maquinarias para las explotaciones mineras nacionales a cambio de mineral.

¿Qué significa este cambio y alteración?

En lo económico se plantea un problema grave. Toda la maquinaria de origen norteamericano debe ser reemplazada, y rápidamente, por maquinaria soviética para

evitar el problema de repuestos. Ahora bien, los rusos no regalan sus plantas, las venden. Ello significa una renovación de equipo, casi total, a un costo tremendamente alto que el país entero debe pagar en 10, 20 ó 30 años, con producción de cobre. En otras palabras, se sale de la dependencia técnica de Estados Unidos y se pasa, pagando un precio oneroso para el país, a la dependencia de la Unión Soviética; y ¿que se hará con la maquinaria existente? ¿Se la llevarán los rusos en parte de pago?

La política seguida en relación con los medianos y pequeños mineros, también condujo a una reducción en la producción cuprera. La técnica, similar a la utilizada en los campos, tuvo dos formas de expresión: precios excesivamente bajos establecidos para los productores por la Empresa Nacional de Minería —ENAMI— con retraso en los pagos por compra de mineral y dificultades de carácter administrativo, por un lado, y ocupaciones ilegales —"tomas"— de las minas medianas y pequeñas, por el otro, dirigidas por elementos extremistas en presencia de las autoridades.

A la quiebra del "sueldo de Chile" —como el Presidente Allende llamó al cobre— y al deterioro del "pan de Chile" —como llamó al campo—, sobrevino la crisis en la industria determinada por la búsqueda de metas políticas, como consecuencia de la política financiera, agrícola y cuprera.

El objetivo fijado por el marxismo chileno para la industria fue similar a las metas trazadas para la banca, la agricultura y la minería: concentrar en manos del Estado la propiedad de las industrias importantes y abastecedoras de establecimientos subsidiarios, más allá de toda consideración social o legal. Los métodos también fueron muy parecidos, tanto en lo económico como en lo jurídico o, más bien, y para ser más exacto, en la utilización leguleya del derecho que rige nuestra convivencia y nuestra democracia. Aprovechamiento de los resquicios legales, como lo calificara el profesor Novoa, el "hombre nuevo", instalado por el marxismo en el Consejo de Defensa Fiscal.

La primera medida que se adoptó fue prácticamente congelar los precios de productores mientras se daba rienda suelta a los factores inflacionistas como: abundancia de dinero, encarecimiento y escasez de materias primas por carencia de divisas para importar, aumentos de salarios, recargos tributarios y, en general, aplicación de una política destinada a crear pérdidas en industrias vitales para el país, con el objeto de obligarlas a ceder ante la presión estatizadora del Gobierno. El resultado de esa política se tradujo en deterioro de los grandes establecimientos y deslizamiento hacia el mercado negro de las mercaderías de las industrias medianas y pequeñas. Dos ejemplos ilustran esa afirmación: las empresas metalúrgicas —línea blanca en especial— acusaron fuertes pérdidas y el hilo de coser desapareció de las tiendas para aparecer a tres y cuatro veces su valor en los canastos de los comerciantes ambulantes.

Otro método utilizado por el marxismo gobernante, en relación con la industria, fue no establecer las reglas del juego político económico y no delimitar la circunscripción o competencia de las tres áreas —estatal, mixta y privada— proclamadas desde que llegó al poder. Incluso, en aquellas industrias en las cuales se estableció de antemano que no serían estatizadas y se regirían por un estatuto especial —en razón de su tecnología o dependencia de piezas y partes elaboradas en el extranjero— se hicieron las cosas sin atenerse a ningún tipo de principios y en forma tan desordenada que el resultado fue desastroso para el país. El ejemplo típico lo constituye la industria automotriz que estuvo prácticamente paralizada durante un año con las siguientes consecuencias: alza desorbitada en el precio de los automóviles, camiones y camionetas de segunda mano —algunos tipos hasta triplicaron y cuadruplicaron su valor a causa de la demanda provocada por la escasez—, desaparecimiento de repuestos con su correspondiente aumento de precio, retiro del país de una empresa automotriz productora de camiones de tipo medio que conforman la necesidad de más del 50% de la existencia de máquinas de esas características, disminución de la flota de trans-

portes de mercancías y de pasajeros, escasez de automóviles de alquiler y una serie de problemas del mismo jaez que, a un año y medio de la puesta en práctica de la política marxista automotriz, van en aumento.

Cuando las medidas de presión, en la industria en general, no dieron los resultados apetecidos, a pesar de las dificultades de todo orden para cumplir un ciclo productivo, comenzaron a actuar los grupos politizados infiltrados en las directivas sindicales y procedieron a la promoción de huelgas y paralización de faenas, sin causa alguna. Muchas veces esos movimientos se originaban en peticiones totalmente imposibles de satisfacer, por parte de los ejecutivos, sin ponerse al margen de la ley, como la exigencia de despido de algunos empleados protegidos por las disposiciones de inamovilidad. La paralización artificial de faenas durante dos o tres días dio pie al Ministerio de Economía para decretar la intervención de la industria paralizada con el pretexto de evitar el desasbatecimiento a futuro. En la práctica no fue una intervención —aunque ella se basó en añejos textos legales— sino una requisición para obligar, después, a los accionistas o propietarios legales a vender en condiciones desmedradas.

Las primeras industrias estatizadas fueron las textiles, a las que siguieron otras como las metalúrgicas, las pesqueras, las conserveras, etc. Pero, a pesar de las reiteradas declaraciones de que, una vez pasadas a manos del Estado, aumentarían su producción, la verdad es que el desabastecimiento ha sido cada vez más dramático.

Ninguna de las explicaciones dadas por los medios oficiales para justificar la carencia de productos de uso indispensable resiste el menor análisis. El primer argumento de que se echó mano fue uno utilizado por Fidel Castro en Cuba y caído, posteriormente, en el descrédito: aumento de consumo. Más tarde se habló de acaparamiento, especialmente, para referirse a la falta de carne y de productos alimenticios. Aceptando que ello hubiese sido posible, para ese tipo de producción, es imposible pensar que la masa consumidora busque llenar sus despensas de productos far-

macéuticos, como insulina, vitaminas o antibióticos, en permanente escasez desde los primeros días de 1971.

Por otra parte, se hizo evidente la existencia de un mercado negro, especialmente en productos textiles que floreció después de la intervención y estatización de las fábricas de telas e hilados. Ahora bien, si el manejo de esas industrias estaba totalmente en manos de personeros marxistas o gubernamentales, forzosamente, los únicos que podían alimentar ese tipo de tráfico eran, única y exclusivamente, los jerarcas designados por el marxismo imperante.

Empero, más allá del daño económico que se infligió al país, tampoco se tomó en cuenta el criterio, el pensamiento o el bienestar de los trabajadores de las industrias estatizadas. No se consideraron las capacidades de cada cual sino su filiación política y fue así como se produjeron numerosos despidos entre los cuales, el más notorio, es el que afectó a 35 empleados de la firma Sumar, despedidos de sus cargos sin que se les cancelaran las indemnizaciones legales a que tenían derecho.

La oposición política y democrática buscó, por todos los medios, establecer las reglas del juego económico con el objeto no sólo de dar tranquilidad a los pequeños y medianos empresarios sino, esencialmente, de asegurar el desarrollo y la producción industrial del país para contar con un abastecimiento esencial para satisfacer las necesidades básicas. Sin embargo, una proposición hecha por intermedio de una reforma constitucional dio motivo a una tramitación increíble que deja al desnudo la inspiración marxista y su forma, inmisericorde, de actuar con la firme actitud del que tiene trazado un plan inmodificable, sin importarle que sus resultados conduzcan derecha e irremediablemente al despeñadero.

los poderes del estado
las tres áreas de la economía

Muchas veces, en el proceso que Chile comenzó a vivir y sufrir el 3 de noviembre de 1970, se tiene la impresión que se empuja deliberadamente al país hacia el desastre para imponer el marxismo sobre los escombros y mediante el hambre, el acoso y la desesperación; y, en esa marcha acelerada hacia el caos, se avanza por dos caminos distintos: por las medidas que se adoptan y por las que se dejan de adoptar. Se procede por acción y por omisión.

A través de todos los resquicios legales imaginables, la violencia ya descrita y el doblez en las declaraciones se busca establecer "de facto" un área estatal de la economía. Se han celebrado acuerdos esporádicos que permiten hablar de empresas mixtas y, finalmente, se proclama de palabra el respeto a la empresa y a la iniciativa privadas. Pero, ¿quién sabe dónde comienza una y termina la otra?, y, sin embargo, es un asunto determinante, básico, para impulsar la confianza generadora del desarrollo y progreso que tanta falta hace para que el país se proyecte hacia el futuro. Pero, nada se ha hecho al respecto y, lo que es más grave todavía, los esfuerzos de los partidos democráticos para delimitar las tres áreas económicas se han estrellado contra el muro de la tozudez que prefiere las sendas retorcidas y la oscuridad de la noche para imponer un sistema económico que las mayorías nacionales rechazan de plano.

El derecho de propiedad establecido y consagrado en el Nº 10 del artículo 10 de la Constitución Política del

Estado fue modificado hace más de seis años para abrir paso a una fórmula nueva que permitiera modificar la vieja estructura agraria. Su objeto era dar lugar al establecimiento del pago diferido, es decir a largo plazo, cuando el Estado, haciendo uso de una ley, que en ese tiempo estaba despachando el Congreso, expropiaron los bienes de los particulares. En esa forma, se crearían primero los asentamientos y más tarde se entregaría en propiedad a los asentados la tierra en que iban a ser radicados.

Ese fue el espíritu de la ley: crear nuevos propietarios. Entregar la tierra a quien la trabaja, es decir hacer realidad el sueño de los campesinos del mundo, desde que el mundo existe.

La reforma agraria, tal como fue estructurada, buscaba esencialmente incorporar a la producción las tierras abandonadas y, al mismo tiempo, entregar a los trabajadores del agro un sistema de vida más justo que, además, abriera mejores posibilidades al desarrollo de las capacidades individuales de cada agricultor.

Cuando el Congreso debatió la ley, a pesar del esfuerzo realizado para que ella emergiera lo mejor posible y junto con impugnar diversos aspectos, en el Senado advertimos que ella se iba a prestar para abusos y, desafortunadamente, el tiempo nos ha dado la razón. La opinión pública conoce, no uno sino centenares de casos en los que se ha consumado, más que el despojo, más que la violencia misma a la que ya nos referimos, el atropello más cruel y bárbaro a las normas elementales de convivencia y respeto a la dignidad de la persona humana.

Algunos de los casos que comentamos se produjeron durante la administración pasada, pero con el advenimiento del marxismo el problema adquirió dimensiones siderales.

¿Cómo se procede en el campo para aplicar la reforma agraria, más allá de la ley y más allá de los derechos inherentes al hombre por su calidad de ser humano?

Los organismos del Estado comienzan con la presión y la extorsión. Con el objeto de lograr que el propietario de un predio bien, regular o mal trabajado lo entregue al

organismo que practica la reforma —la Corporación de Reforma Agraria, CORA—, los personeros del gobierno amenazan con no entregarle al propietario las reservas a que tiene derecho por mandato expreso de la ley, salvo que renuncie a ella voluntariamente. Y eso es lo que hacen, mediante la utilización abusiva del sistema de créditos. Sin embargo, el proceso no se detiene allí. Si el propietario renuncia a su reserva legal tiene derecho a abrigar la esperanza de que sus enseres y animales serán tasados a un relativo mal precio; en cambio, si insiste en mantenerla se le fijarán las peores condiciones posibles.

Después, si el propietario todavía persiste en mantener lo suyo, en la escalada del abuso, la prepotencia y la arbitrariedad, viene la "toma" llevada a efecto generalmente por afuerinos a los que, lógicamente, acompañan tres, cuatro o cinco lugareños, una ínfima minoría reclutada también de mala manera.

Como corolario de todo el proceso, el Estado nombra un "interventor" que, comúnmente, es una persona que no conoce ni entiende nada de los problemas locales, de los problemas agrícolas ni de ningún tipo de problemas, pero se convierte en administrador omnipotente junto con los asaltantes de los bienes. El propietario se ve privado del uso y goce del predio que es de su dominio, por el que sigue pagando tributos, en el que debe mantener no sólo al total de los empleados que había antes de la "toma", sino al número que fija el interventor quien, por otra parte, adquiere compromisos bancarios, vende y compra... por cuenta del propietario. Al corto tiempo, el hombre que se resistió a entregar su reserva legal, que quiso conservarla de acuerdo con el derecho que le concede la ley, es un individuo arruinado, endeudado y escarnecido que debe vender hasta su casa y sus muebles para hacer frente a los compromisos contraídos por el interventor en una administración comúnmente perversa y siempre irresponsable. Lo hemos dicho y lo repetimos para que esto no se olvide nunca, porque queremos decir que por encima del procedimiento descrito, hay un hecho más grave todavía, qui-

zás si el más trascendental de todos en relación con los principios que se pretende establecer: la reforma agraria, el 3 de noviembre de 1970, dejó de buscar la manera de convertir a los campesinos en propietarios de las tierras expropiadas e incorporó el proceso agrícola al área estatal. Los campesinos ya no serán dueños de sus tierras sino empleados del Estado, en cumplimiento de las tesis del marxismo.

Cuando se inició el proceso reformista en el agro señalamos una serie de errores establecidos en la ley y advertimos que, como consecuencia de la falta de solidez en la defensa de los valores esenciales en relación con el derecho de propiedad el fenómeno del abuso y el atropello podía precipitarse, tarde o temprano, a otras actividades.

Lo curioso, en todo esto, es que el Presidente Salvador Allende dice rechazar el sistema de las arbitrariedades, la prepotencia, las tropelías y la violencia, pero lo cierto es que nada hace de efectivo para impedirlo y el programa de estatización ilegal y violento se ha convertido en moneda corriente en la nueva circulación ideológica de Chile, actuando, incluso, contra el interés de los trabajadores quienes han expresado su resistencia a un fenómeno que muchos electores de Salvador Allende ni siquiera imaginaron. Sin embargo, nuestra actitud permanente de advertencia, que incluso motivó una comisión investigadora, porque siempre nuestras palabras fueron interpretadas con ánimo politiquero, fue calificada como campaña de terror, sosteniendo que nuestra finalidad era distorsionar el espíritu de los chilenos para que, por la línea del error, se negaran a entregar el mando supremo a través del voto en las urnas, al representante y encarnación del marxismo chileno, Salvador Allende.

La famosa comisión, conocida como Comisión del Terror, fue formada por el empeño denodado que pusieron en la tarea dos democratacristianos, que arrastraron a su partido a la aventura con el aplauso de la Unidad Popular. Fueron los diputados Luis Maira, cuyo nombre pasó a la historia como "maira-útil", y Osvaldo Giannini. Ambos

abandonaron su partido poco después que Salvador Allende llegara al poder y, ahora, son corifeos del gobierno desde las filas de la Izquierda Cristiana.

El marxismo demostró una vez más, con la "operación terror" que sabe sacar las castañas del fuego con las manos del gato. Otro hombre que se prestó a ese juego, y en él es inexplicable, fue el diputado Bernardo Leighton que, sorprendido en su aureola de buena fe, creyó o quiso creer cuanto le sugerían los "maira-útiles". Si él descendió a ese terreno, estamos seguros, lo hizo por bondad, candor e inocencia.

Empero, más allá de los errores o mala fe de los investigadores de la "campaña del terror", lo que realmente importa es que cuanto dijimos, o se nos atribuyó que dijimos, fue apenas una débil intuición de lo que sucedió en estos dos últimos años. La realidad de las injusticias, atropellos y violencias ha superado con mucho nuestras predicciones.

Y mientras la "campaña del terror" es apenas un balbuceo de niño frente a las *horas chúcaras* y el ogro de la destrucción que enfrenta Chile, los actos de violencia, los atropellos a la ley, a la Constitución toman cada día más impulso, mientras el gobierno, desde el Presidente de la República hasta los jefes de servicios, pasando por ministros de estado, parlamentarios y dirigentes, aseguran y reiteran que todo el proceso de cambios se realizará dentro de la ley, modificando aquellas que no constituyan una herramienta útil para el logro de esos anhelos expresados en las legendarias cuarenta medidas y en el ánimo de hacer la revolución a la chilena, con sabor a empanadas y a vino tinto. En esa forma folklórica se quiso dar la impresión de un deseo, nunca respetado por el marxismo, de mantener nuestras tradiciones democráticas, libertarias y pluralista en la búsqueda de un camino al socialismo distinto del seguido hasta ahora en todo el mundo marxista. Sin embargo, ya ni la expresión folklórica tiene valor porque en los dos años de marxismo las empanadas, como consecuencia del mal gobierno se hacen con: trigo austra-

liano, carne neozelandesa y cebollas españolas. Apenas tienen de chilenas las manos que las amasan. Han perdido el sabor de nuestra tierra y a la harina, igual que para la fabricación de pan, se le agrega harinilla catalogada como alimento para cerdos y aves. El vino, el poco buen vino, que sale de los generosos viñedos chilenos parte rumbo a Cuba y aquí, para hacer la revolución, se deja los caldos intomables, ácidos a veces y de un sabor insoportable, que nunca fueron vinos.

Cuando se hablaba de empanadas y vino tinto, probablemente, en la mente de los creadores de la frase estaban estas versiones de harina para cerdos y vino a base de ladrillo molido que da la dimensión exacta de lo que se insiste en llamar proceso revolucionario chileno.

La característica del gobierno es hacer exactamente lo contrario de lo que afirma o promete. Todo el proceso, como lo hemos examinado, se desata con características de violencia, al margen de la ley y en abierta pugna con el Poder Legislativo que intenta meter en los carriles de la legalidad la acción desorbitada de los que pretenden los cambios por la vía directa sin respeto alguno por la institucionalidad.

Desde hace 40 ó 50 años, en nuestro país, se ha vendo organizando un sistema económico que permite la existencia de las áreas estatal y privada e, incluso, de la mixta; por lo tanto no constituye novedad que se plantee la necesidad de organizar y de dar estatutos a esos tres tipos empresariales para empujar, en forma positiva el desarrollo económico.

El procedimiento para estatizar el agro, a través de los Centros de Reforma Agraria, ha tenido su equivalente en la formación del área estatal de la industria, con el mismo sistema de presión, de abuso, de violencia y de tropelía, y con iguales resultados desastrosos. Cualesquiera sean las explicaciones del gobierno, la realidad señala que inmediatamente de producida la estatización desaparecen del mercado los productos fabricados por las empresas que caen bajo la tuición del Estado. Lo hemos visto en: las telas,

las cocinas, los refrigeradores, las radios, los televisores, las conservas, sin hablar de los productos del agro, cuya falta y escasez agita en el horizonte el fantasma del hambre, cada vez más cercano.

Lo importante, para que el proceso económico pueda desarrollarse, es establecer en textos legales o constitucionales las áreas de la economía, de manera tal que nadie pueda ser llevado a engaño, ni tampoco puedan ser cambiadas las fórmulas de un día para otro para finalmente llegar a un régimen de burla que constituye una estafa al esfuerzo y a la imaginación creadoras. Las áreas de la economía, además, no pueden ni deben ser limitantes y no pueden ni deben convertir al Estado en opresor y esclavizador de la clase trabajadora. Las industrias, generadoras de la riqueza nacional, no pueden ni deben estar limitadas en su crecimiento.

¿Qué significa, en la práctica, que se establezca que una fábrica, para permanecer en el área privada, no puede ocupar sino a un número determinado de obreros y que su capital no debe sobrepasar de determinado monto? La respuesta es muy sencilla: ningún pequeño empresario o artesano aspirará a aumentar la producción de su establecimiento porque sabe que, en cuanto sobrepase los límites del área privada, caerá en el área estatal. Lo evitará cuidadosamente y quien pagará las consecuencias es el país entero que no verá crecer su economía, por lo menos en el sector dirigido por los particulares. Y no porque ellos así lo quieran, sino porque están limitados en su acción por el Estado al acecho esperando que las industrias crescan para arrebatárselas.

Nada puede dañar más, no ya las concepciones morales tan postergadas en su peso y valía en estos últimos tiempos sino el proceso económico en sí, que no tener un juicio claro y definido sobre el mismo, no conocer las reglas en cuya aplicación nadie pueda equivocarse en relación con las iniciativas que adopte o ponga en práctica. La vaguedad de conceptos sólo espanta el proceso creador y las inver-

siones, dañando con ello a toda la comunidad, más allá del respeto que se debe a cada ciudadano en particular.

La unanimidad del Congreso Nacional comprende plenamente la existencia de un área económica reservada exclusivamente al Estado, circunscrita a los sectores de gran concentración del poder, de materiales estratégicos y de utilidad pública, como son: el acero, los yacimientos de cobre de determinada capacidad de producción hacia arriba, la explotación petrolera, la energía eléctrica, las comunicaciones telefónicas, las grandes empresas de aeronavegación, los transportes ferroviarios, la captación y distribución de agua potable y, en general, todas aquellas que caigan dentro del rubro de la seguridad nacional, claramente delimitada y establecida por ley de la República.

En el Congreso Nacional nadie niega, tampoco, la posibilidad de organizar sociedades mixtas, en las que el estado participe, especialmente, asociándose con el carácter de mayoritario a industrias extranjeras con el objeto de atraer tecnología, procedimientos especializados y capitales que permitan un gran desarrollo interno y, al mismo tiempo, evitar que las empresas multinacionales, o transnacionales como se las llama ahora, lleguen a convertirse en Chile en un estado dentro de otro estado. Las empresas mixtas, también, señalado y delimitado por ley su rubro de actividades, tienen especial cabida en las industrias: automotriz, electrónica, de neumáticos, de máquinas herramientas, química y farmacéutica de apartos e instrumental quirúrgico y dental y, en general, en toda aquella de alta tecnología que no es posible crear de la noche a la mañana y que es necesario importar como lo han comprendido, incluso, la Unión Soviética y la República de China Popular.

Un país, por mal entendido orgullo nacionalista, no puede sustraerse al desarrollo y progreso mundiales y quedarse atrás en la revolución tecnológica, que es la verdadera revolución de nuestro tiempo. Chile, como ya lo hemos señalado, cometió el grave error de dejar pasar por su lado la revolución industrial, sin incorporarse a ella. No puede,

ahora, por segunda vez, cometer la misma falta que, en esta oportunidad, tendría caracteres de delito en contra de la comunidad.

Para evitar suspicacias, es necesario decirlo muy claramente. Se trata de importar tecnología desde donde esté, sin prejuicios políticos de ninguna naturaleza: de Alemania, Estados Unidos, Francia, Unión Soviética, Checoslovaquia, China e Italia. De oriente o de occidente, de los países democráticos o de los países socialistas. Lo que debe interesarnos, fundamentalmente, es que esa tecnología represente lo mejor en su especial ideal y sirva realmente, al desarrollo del país.

Esta posición clara, menos para quien tenga la mente obnubilada por el marxismo o proceda de total y absoluta mala fe, ha llevado a los "hombres nuevos" a distorsionar los hechos y faltan a la verdad, a sabiendas, para acusarnos de que estamos al servicio de oscuros y tenebrosos intereses particulares, o somos agentes de fuerzas económicas foráneas, o pretendemos entorpecer la labor de "progreso" planteada en el lenguaje de los revolucionarios a la chilena.

Los marxistas se tornan más violentos, todavía, cuando planteamos nuestro pensamiento en lo que dice relación con el área privada. La queremos grande, amplia, creadora, productiva y de real beneficio para los trabajadores y por eso señalamos que ella puede ser tanto la propiedad de un particular, como de los trabajadores que laboran en ella, sin dependencia alguna del Estado, para su manejo, y sin limitaciones de ninguna naturaleza. Y, en este rubro de actividades, también precisado y claramente señalado por la ley, entran todas las industrias y empresas que no tienen cabida en las determinaciones estatal o mixta: manufactureras, alimenticias, textiles, etc.

Es conveniente señalar un ejemplo para ilustrar nuestro pensamiento en relación con la industria privada, especialmente en aquellas cuya propiedad pasa a manos de los trabajadores. Es una sociedad cooperativa, cuyo dueño efectivo y administrador real es el propio personal, desde el modesto operario o principiante hasta el más alto ingeniero

o dirigente, con la obligación del Estado de prestarle asistencia técnica y facilitar la obtención de capitales, cuando les sean solicitados.

Queremos que nuestro pensamiento quede establecido en forma muy clara para evitar todo tipo de interpretaciones y distorsiones, a las que son tan afectos los marxistas y por eso, a continuación, lo precisamos en orden:

1. Deseamos fijar las normas del desarrollo de las áreas de la economía a través de fórmulas constitucionales y legales para obtener que los particulares, cualquiera sea su condición —obrero, empleado, técnico calificado, ingeniero, artesano o industrial— tengan plenamente garantizados sus derechos sociales y económicos y no sean víctimas del despojo inhumano, como ha ocurrido en los últimos dos años, que se arrebata, sin mayor miramiento, el esfuerzo, a veces de varias generaciones, o de toda una vida, o se cierran las puertas a obreros de alta especialización, técnicos calificados y profesionales de vasta preparación;

2. Deseamos que se establezcan normas para que el país no se detenga y, como consecuencia de ello, se produzcan el desempleo, el estancamiento de la economía y el retroceso, en vez del avance por la senda del progreso; situaciones, todas ellas, que no hacen sino retrasar el tan ansiado y buscado despegue, y

3. Deseamos que no caiga en las manos monopólicas, de un solo gigantesco patrón, todo el desarrollo de nuestra economía porque ello significa cambiar centenares y miles de patrones buenos, regulares o malos contra los que siempre se puede apelar, por otro —único y omnipotente— siempre peor, con finalidades políticas y ambiciones despóticas que busca tener en su mano todo el proceso productor de Chile para presionar, esclavizar y coartar las libres resoluciones del alma de cada ciudadano al que buscan anular o liquidar.

Al precisar las áreas de la economía no defendemos, simplemente, los valores particulares sino que nos preocupamos por la defensa integral de un régimen de convivencia que anhelamos se mantenga en las líneas del pluralismo,

del respeto del derecho a todos y cada uno de los seres humanos, de elecciones libres, de respeto a las libertades para expresar opiniones y juicios políticos, religiosos, técnicos, artísticos, del derecho a que se entienda por todos que la actividad del Estado debe estar encaminada al resguardo de los valores inherentes al hombre y no a transformar a éste en una pieza más de la gigantesca trituradora totalitaria.

La búsqueda tenaz y casi desesperada, de la mayoría democrática, para concretar las reglas del proceder económico —las reglas del juego, como se las ha llamado— se enfrentó durante más de un año con la evasiva, igualmente tenaz y casi desesperada, del marxismo para evitar un pronunciamiento que estableciera claramente las tres áreas de la economía, tan importantes y decisivas para restablecer la confianza perdida y, en definitiva, para impulsar al país por la senda del desarrollo.

El gobierno marxista que preside Salvador Allende, hizo declaraciones públicas, apaciguó y trámitó con promesas a los diversos sectores del país que pedían un pronunciamiento sobre la materia, estableció normas de palabra y jugó al envío del proyecto de las tres áreas económicas, mientras el aparato opresor y violentista, ya descrito, continuaba incorporando empresas al área estatal en forma desordenada, revanchista y arbitraria y, lo que es más grave, sin preocuparse, poco ni mucho, por la suerte de sus trabajadores.

En medio de ese bregar desesperado por lograr un pronunciamiento legal, situado más allá de las interpretaciones antojadizas de funcionarios de paso en la administración pública esperamos durante largo tiempo que el proceso entrara en una etapa de maduración y permitiera a los partidos de oposición actuar de consumo entregando la iniciativa a la Democracia Cristiana, porque en materias tan trascendentes e importantes para el país resulta negativo descutir cuál es el partido que debe tomar la responsabilidad y la paternidad de los proyectos a discutirse. Final y afortunadamente, cuando parecía que todo estaba próximo a

derrumbarse a causa de discusiones estériles, se logró llegar a un entendimiento y dos senadores demócrata cristianos dieron forma y presentaron un proyecto de reforma constitucional que clarificaba las tres áreas económicas, y el Congreso lo aprobó y lo envió al Ejecutivo para que lo promulgara y publicara o, en su defecto, enviara las observaciones y vetos correspondientes.

La mayoría democrática, a la que interesa fundamentalmente el desarrollo y progreso de la economía chilena, esperó pacientemente los resultados de las conversaciones que mantuvo la Democracia Cristiana con el gobierno marxista, con el objeto de llegar a auna fórmula de entendimiento que permitiera la aprobación de los vetos del Ejecutivo y, al mismo tiempo, se conservara el espíritu de la reforma.

Las negociaciones entre Democracia y gobierno fueron largas y, al término de ellas, cuando todo parecía augurar un éxito feliz, el Partido de Izquierda Radical, al que pertenecía el Ministro Sanhueza, en la cartera de Justicia, abandonó su participación en las tareas gubernativas. Y hubo de hacerlo porque todo el camino recorrido para llegar a un entendimiento, con la autorización expresa del Presidente de la República, Salvador Allende, fue borrado de golpe por la decisión de los marxistas que son quienes, en realidad, imponen las decisiones, o indecisiones, con que el gobierno debe proceder.

Más tarde la Democracia Cristiana fue requerida para un nuevo intento de acuerdo con el gobierno, en torno a los vetos. Esta vez el mediador fue el nuevo ministro de Justicia, Jorge Tapia, personero del partido radical marxista, quien más tarde solidarizó ampliamente con la tesis gubernativa.

Los conversaciones, en ambas oportunidades, fueron estériles y estuvieron condenadas al fracaso, desde el comienzo, a pesar de las declaraciones de buena voluntad. Los partidos marxistas gobernantes anhelan un proceso de reforma que cree un estatismo avasallador y absorbente mientras que la mayoría democrática del país busca fórmulas de propiedad

privada, de corte clásico para la pequeña industria y empresas de trabajadores para administrarlas en cooperativas que representan una forma de propiedad privada. Siendo tan profundas las discrepancias la posibilidad de un entendimiento se transformó en un diálogo de sordos.

Las conversaciones, en ambas oportunidades, llegaron a un punto muerto sin que sea razonable afirmar que si se hubiera ampliado el plazo para seguir negociando habría existido la posibilidad de llegar a un entendimiento; pretenderlo era soñar con la transformación del marxismo en una fuerza creadora al servicio del ser humano, o que el pensamiento democrático se entregaba, engañándose y traicionándose, en los brazos del marxismo-leninismo.

Para atacar la reforma constitucional aprobada por el Congreso se empleó el mismo sistema, clásico ya en el proceder marxista, utilizando en la estatización del campo y de la industria: la más virulenta, soez y agresiva campaña verbal en contra de los poderes legislativo y judicial. En medio de ese clima violentista llegaron las observaciones del Ejecutivo al Congreso y es útil destacar el primer considerando porque, al leerlo, no se sabe si los marxistas del gobierno hablan en serio o pretenden tomarle el pelo al país. Dice:

"Considerando: 1º. Que nuestra Constitución Política asegura a todos los habitantes de la República, "el derecho de propiedad en sus diversas especies", "sin que nadie pueda ser privado de su propiedad, sino en virtud de ley general o especial que autorice la expropiación por causa de utilidad pública o interés social calificado por el legislador"; que el actual Gobierno ha respetado en forma irrestricta la recordada garantía constitucional ciñéndose en todos sus aspectos a las normas de la legislación que se encontraba vigente a la fecha de la asunción del mando...".

¡O se ha perdido la vergüenza o se tiene un sentido muy negro del humor para hacer tamaña y tan temeraria afirmación, después de todo lo obrado en los dos años de gobierno marxista!

Pero, no fue todo. El Gobierno, en su afán de imponer

su voluntad minoritaria, interpretó a su manera la forma en que deben operar los *quórum* y mayorías para aprobar o rechazar las observaciones del Ejecutivo a los proyectos de reforma constitucional. Y no es que existan lagunas en los textos de la Constitución. Por el contrario, todo aparece con la suficiente claridad como para no inducir a error a nadie, a menos que no se quiera atacar, democráticamente, la decisión de la mayoría del país.

Es interesante e ilustrador recorrer el articulado de nuestra Constitución para ver hasta dónde llega la testarudez y el doblez del marxismo para tratar de imponer por cualquier medio, sus puntos de vista.

El artículo 108 establece que el Presidente de la República no puede rechazar totalmente un proyecto de Reforma Constitucional, y agrega que el Gobierno puede replantear, en el veto, cuestiones que ya hubiera conocido el Congreso Nacional, sea porque la idea iba incluida en el mensaje o porque en algunos de los trámites se formuló la indicación correspondiente por parte del Presidente de la República. De la misma manera, el Ejecutivo, está constreñido a plantear en el veto sólo correcciones y modificaciones.

El mismo artículo 108 establece que, para ser aprobadas las observaciones formuladas por el Presidente de la República, necesita la mayoría absoluta de los miembros en ejercicio de cada Cámara, en consecuencia, si no tiene ese *quórum*, esas observaciones naturalmente deben entenderse rechazadas.

El artículo 109 de nuestra Constitución establece: "el Presidente de la República podrá consultar a los ciudadanos mediante un plebiscito cuando un proyecto de reforma constitucional sea rechazado totalmente por el Congreso en cualquier estado de su tramitación. Igual convocatoria podrá efectuar cuando el Congreso haya rechazado total o parcialmente las observaciones que hubiese formulado, sea que el proyecto haya sido iniciado por mensaje o por moción".

En consecuencia, si el Ejecutivo no logra la mitad más uno de los Senadores en ejercicio, no tiene más camino

que proceder a promulgar el texto constitucional aprobado por el Congreso, o si lo prefiere, llamar a plebiscito consultando directamente la opinión de la ciudadanía.

Resulta curioso, para decir lo menos, que quienes reiteradamente afirman de su anhelo de tener un permanente contacto con las mayorías nacionales y conocer, a través del sistema del plebiscito, el pensamiento de la mayoría ciudadana, se nieguen sin embargo, a aceptar la realidad que establece nuestra Carta Fundamental y eviten hacer una consulta de la que permanentemente han hablado.

Todo un conjunto de argumentaciones especiosas con que se pretende desorientar a la opinión pública, no lograron ni logran, sin embargo, penetrar la conciencia honesta de los demócratas. Los hombres de Gobierno, en su interpretación muy personal de los textos constitucionales de acuerdo con lo dispuesto en el artículo 108, tantas veces citado, la reforma de la Constitución se someterá a las tramitaciones de un proyecto de ley, salvo las excepciones correspondientes y de allí se desprenden para sostener que, como para las insistencias en los proyectos de ley se requieren dos tercios para lograr imponer el criterio del poder Legislativo sobre el Ejecutivo, la misma norma regirá para la Reforma Constitucional. Pero olvidan que cuando el sentido de la ley es claro, no se puede desentender su tenor literario a pretexto de consultar su espíritu y, además, la insistencia con dos tercios por parte del Congreso para imponer su voluntad sobre el poder Ejecutivo es lógica en el caso de las leyes, porque no hay plebiscito.

Empero, tratándose de una reforma constitucional, y teniendo presente además el ánimo del constituyente de abrir las puertas a la consulta al pueblo en materias tan trascendentales no parece aceptable, de acuerdo con la más elemental lógica, una teoría que se aleja absolutamente de los textos legales y que además viola el espíritu del poder constituyente, que es el mismo que aprueba la Reforma Constitucional que aquí comentamos.

El otro argumento hecho valer por el Ejecutivo para justificar su opinión anticipada de que en el evento de

producirse el conflicto, que artificialmente el Gobierno buscó crear, es que recurriría al Tribunal Constitucional. Es otra evasión, sin fundamento legal alguno, para evitar la consulta al pueblo. El Tribunal Constitucional no tiene facultades para conocer de esta materia, ya que es sabido que en el derecho público las autoridades no tienen otros derechos u obligaciones que aquellos que expresamente les señalan las leyes. Su competencia, consecuencialmente, debe ser analizada con criterio restrictivo y por lo mismo hay que atenerse al texto claro del artículo 78 b, que en su letra a, llama a este Tribunal a "resolver las cuestiones sobre constitucionalidad que se susciten durante la tramitación de los proyectos de ley o de los tratados sometidos a la aprobación del Congreso". Como puede observarse en parte alguna se otorga competencia a este Tribunal Constitucional para conocer de los conflictos o cuestiones que se planteen con relación a las reformas constitucionales. A mayor abundamiento debe también con sentido común recordarse que no puede un Tribunal Constitucional estar por sobre el Poder Constituyente, toda vez que hasta su vida emana de ese Poder Público.

Hemos debido tratar esta materia sin hacer enfoques jurídicos sino en la parte que nos ha parecido más esencial, porque la crisis que pretende crear el Gobierno, es otro eslabón más que se une al conjunto de hechos cuya finalidad es precipitar al país en un conflicto que, analizado con apariencia de Constitucionalidad en los aspectos jurídicos, completa el cuadro que ha deseado presentar ante los ojos de nuestro pueblo y del mundo. Así va deformando con estulticia los hechos que, desgraciadamente, vienen encajonando la vida de Chile entre el lenguaje de violencia, la incitación a las masas a cometer mayores excesos sin que un mínimun de cordura aflore en un rostro que adusto pretende quebrar la Organización Jurídica del Estado y precipitar conflictos que amenazan la continuidad del desarrollo de nuestro pueblo, en libertad, en democracia y especialmente en paz.

Es necesario insistir que, el procedimiento ideado por

las fuerzas marxistas-leninistas no puede ser más dañino a la convivencia democrática porque claramente, tiene como objetivo final ahogar la vida libre de Chile, con toda la apariencia del respeto a las normas legales, precipitándonos en fórmulas de convivencia repudiadas por la mayoría pero que se busca imponer bajo la careta de la legalidad induciendo a pensar, a muchos ciudadanos, que el Gobierno transita por un camino que puede seguir impunemente.

La fijación de las áreas de la economía son como el nervio que moviliza el músculo de la producción. Sin haberlas precisado, sin embargo, el país vivió horas de desarrollo y de progreso porque se entendió y se interpretó la ley con buena fe, acorde con su espíritu y su inspiración, pero cuando el llamado a aplicarla busca en los "resquicios legales" la posibilidad de violar ese espíritu y esa inspiración, se abre paso al atropello, se desata la desconfianza, falta la fe, se detiene el desarrollo y se entra en una crisis que, por las consecuencias sufridas hasta ahora, se insinúa agobiadora para nuestro pueblo.

el gran paro nacional de la clase media.
la respuesta de un pueblo

¿A qué nos han conducido dos años de gobierno marxista? Los resultados están a la vista. Nos han permitido vislumbrar qué sería de Chile si el comunismo lograra aplastar a la oposición e instalarse definitivamente.

A través de todo este tiempo hemos visto cómo, sin respeto alguno, no ya por el pensamiento ajeno sino por las leyes y la Constitución Política del Estado, el marxismo-leninismo busca la dictadura mediante la arbitrariedad, el terror, la violencia, la represalia y toda clase de medios y sistemas coercitivos. En su accionar utiliza el engaño y la mentira, la presión y el halago, la dureza y la apariencia de democracia. Lo importante para él es imponer sus sistema, sin importarle las consecuencias ni la voluntad de las mayorías. Las protestas resbalan sobre su piel endurecida culpando de su fracaso a las causas más extrañas y totalmente ajenas a las materias en discusión. El ejemplo más claro lo tuvo el país a raíz del paro iniciado el 9 de octubre de 1972 por la Confederación de Sindicatos de Dueños de Camiones.

En Aisén, el Gobierno marxista pretendió crear una empresa estatal de transportes para reemplazar a los pequeños propietarios privados de la zona. Los dueños de camiones, en su gran mayoría, son dueños de una máquina manejada por ellos mismos. Al instalarse un organismo del Estado para atender las necesidades de transporte de la región, ellos habrían quedado sin trabajo. La posibilidad

de competencia no tenía la más remota posibilidad de éxito porque los transportistas privados no habrían dispuesto, como no disponen ya, de facilidades para adquirir repuestos y neumáticos, cada vez más escasos, más caros en el mercado y algunos prácticamente desaparecidos; Tampoco tendrían, como no la tienen ya, la perspectiva de renovar sus máquinas, porque los pocos repuestos, los pocos neumáticos y las pocas máquinas nuevas disponibles irían todas al organismo estatal de transportes. Además, a las empresas estatales no les importa trabajar en forma antieconómica y mientras subsistiese la competencia cobrarían tarifas ridículamente bajas porque reponen las pérdidas con subsidios fiscales que paga todo el país a través de los impuestos, o con emisiones inorgánicas que han desatado la mayor inflación en la historia de Chile. Los dueños de camiones habrían terminado, inevitablemente, por perder su fuente de trabajo, producto de una vida, en la misma forma en que ya les ocurrió a muchos propietarios agrícolas, grandes, medianos y hasta pequeños, o a pequeños y medianos industriales.

Ahora no se trataba de expropiar un fundo, o de eliminar a un terrateniente; no se trataba, tampoco, de expropiar una industria de gran envergadura. La instalación del marxismo, en sus sucesivas etapas, buscó primera la destrucción de la gran propiedad agrícola, para luego a la pequeña y a la mediana. En la industria operó en igual forma, lo mismo que en las finanzas, apoderándose primero de las grandes empresas y de los bancos para extender luego su dominio a fábricas medianas y aun pequeñas. En el mes de octubre de 1972, en el plan marxista de destrucción de la iniciativa y actividad privadas correspondía hincarle el diente a los dueños de camiones. Arrebatarles su medio de vida y convertirlos en un engranaje más de la trituradora estatal. Pero, lo que no habían hecho los propietarios de tierras, ni los empresarios industriales, ni los accionistas de los bancos, lo hicieron los dueños de camiones: declararon una huelga nacional en defensa de su propiedad privada, de su derecho a ganarse la vida manejando su propio camión,

de su libertad para trabajar en lo que mejor les pareciera, de su dignidad de hombres libres. Y el país los comprendió.

Los comerciantes, un gremio, y dicho sea sin sentido despectivo, humilde y hasta timorato, los pequeños tenderos de provincias, enemigos de todo escándalo y prudentes hasta la exageración, esta vez no tuvieron miedo y cerraron sus puertas de norte a sur del país, en cada ciudad, en cada pueblo, en cada rincón apartado del territorio nacional, en apoyo de los dueños de camiones y porque entendieron que, después de estatizado el transporte, se estatizarían los negocios contra los que se estaba usando, y se usa todavía, la presión a través de los inspectores de impuestos, o de DIRINCO, el suministro de abastecimientos, las Juntas de Abastecimiento Popular —JAP—, que no son sino organizaciones marxistas que tratan de imponer el racionamiento de alimentos, y por toda clase de medios.

El movimiento iniciado por los dueños de camiones no sólo tuvo la virtud de alertar a los comerciantes, también comprendieron los médicos, los dentistas, los ingenieros, los abogados, las enfermeras, los estudiantes, los empleados, los trabajadores de la salud, los campesinos, los obreros... comprendió todo el país que, a pesar de las amenazas, la violencia y las represalias, paralizó en más de un 70 por ciento.

¿Cuál fue la respuesta del gobierno marxista?

Todos la oyeron y la vieron a través de la radio y la televisión. En primer término le negó reiteradamente la importancia y las dimensiones al paro de actividades; simultáneamente fue calificado como político y no gremial para adoptar toda clase de medidas coercitivas en contra de los huelguistas, negándose porfiada y reiteradamente a escuchar las razones que habían determinado el movimiento.

Se encarceló a los dirigentes gremiales, utilizando los mismos argumentos y actitudes que los marxistas reprocharon mil veces a los gobiernos anteriores en situaciones similares. Pero, el gobierno social comunista no se detuvo allí. Llegó más lejos: silenció, arbitrariamente todas las radio emisoras del país, puso bajo estado de sona de emer-

gencia 23 provincias e impuso el toque de queda en cuatro de ellas, negándose durante más de diez días a dar un solo paso para buscar una solución y tratando de llegar a un quiebre del paro mediante el terror de las requisiciones y descerrajamiento de los negocios que permanecían cerrados a pesar de las intimidaciones, secuestrando camiones —muchos de los cuales fueron dañados por inexperiencia o por maldad de quienes los tuvieron a su cargo—, despidiendo de los servicios a los funcionarios que adherían a la huelga, instalando brigadas de choque para imponer el terror en los centros de trabajo para atemorizar a los huelguistas como ocurrió, para citar sólo dos ejemplos, en las industrias de Arica y en el Banco del Estado de la capital, inventando actos de sabotaje que no pudieron ser comprobados y diseminando "miguelitos" en los caminos para culpar de la malvada acción a los gremios en huelga.

¿Es ése el proceder de un Gobierno que busca el diálogo y la armonía entre los chilenos? Decididamente no; ése es el proceder de los marxistas que buscan dividir la familia chilena, exacerbar los odios, ahondar diferencias y finalmente imponer por la fuerza sus puntos de vista contra la voluntad de la mayoría.

Esa manera de accionar, sin embargo, no puede extrañar a nadie. Ella ha sido norma donde quiera que el marxismo tuvo acceso al poder, por cualquier medio: golpe de estado, aprovechamiento de circunstancias difíciles, ayuda foránea, guerrilla o a través de las elecciones, como es el caso de Chile. El medio empleado para adueñarse del mando, para ellos, es secundario y cualquiera estrategia es buena. La finalidad, la meta esencial, es llegar primero, aunque sea utilizando la proverbial piel de cordero para esconder al lobo. Una vez arriba, todo cambia.

Es conveniente recordar que Fidel Castro bajó de la Sierra Maestra con el escapulario de la Virgen del Cobre colgado al cuello y que ponía especial empeño en mantener su camisa desabrochada para que todo el mundo lo viera. Durante el primer año que siguió a su aventura puso en la presidencia de la República al Dr. Manuel Urrutia Lle-

do —hoy olvidado— quien quiso gobernar de acuerdo con la constitución cubana de 1940, pero los marxistas no han querido oír hablar nunca de constituciones y leyes. Urrutia fue destituido por Castro, quien se proclamó marxista-leninista y puso en la jefatura del Estado a Osvaldo Dorticós, que desde hace diez años secunda los planes del dictador de La Habana.

Chile, en estos dos últimos años, vivió en carne propia el proceso cubano, de marxistización del país.

Todos lo hemos visto. Se esfumaron las reservas de divisas que eran del orden de quinientos millones de dólares; los abastecimientos comenzaron a escasear hasta que la carne, los pollos y el pescado —Chile es un país con más de cuatro mil kilómetros de costas— desaparecieron casi completamente; los productos elaborados de cualquier tipo, tanto alimenticios como para el hogar, y muy especialmente los provenientes de las fábricas estatizadas, se hicieron cada vez más difíciles de encontrar en el mercado; la fabricación de automóviles descendió de tal manera que un vehículo es entregado seis o nueve meses y hasta un año después de haber sido cancelado.

El diario vivir se convirtió en un drama en sus mil diversos aspectos: drama para comer, drama para movilizarse, drama para trabajar, drama que se materializa en las colas que el chileno debe hacer para subsistir y en los dramas de la vida cotidiana. La larga acumulación de problemas a través de dos años de "vía chilena hacia el socialismo", el despilfarro de los caudales públicos malgastados en beneficio directo del proselitismo marxista, la inflación desatada con un ritmo jamás visto, la violencia galopante en el campo y la ciudad, el continuado caminar al borde —y también más allá— de la Constitución y la ley, el engaño y la mentira como métodos de gobierno y el panorama desolador para el mañana chileno, hicieron que la paralización de actividades del sindicato de dueños de camiones, iniciada como protesta al zarpazo a su pequeña propiedad privada, se transformara en causa nacional.

Adhirieron los comerciantes, en primer término, por-

que sus fuentes de trabajo venían siendo socavadas desde hacía tiempo no entregándoles mercaderías y distribuyendo, las pocas existentes, a través de las Juntas de Abastecimento Popular —JAP— creadas por el marxismo a imagen de los comités de manzanas, cubanos, con el objeto de imponer las tarjetas de racionamiento alimenticio y eliminar la actividad privada en el comercio.

Los ingenieros, los médicos, los dentistas, las enfermeras y los profesionales en general se plegaron a la huelga en apoyo de los dueños de camiones porque sus funciones en las fábricas, en los centros de creación, en los hospitales eran reemplazadas por aventureros políticos, muchas veces sin títulos universitarios y, lo que es más grave, sin conocimientos y capacidad de ninguna naturaleza, sin otro mérito que el "carnet del partido". El desprecio por los ingenieros hizo que la construcción y las comunicaciones aéreas y ferroviarias ofreciesen cada día menos seguridad. Los hospitales, en el caso de los médicos y dentistas, dejaron de ser organismos de recuperación de salud para transformarse en lugares de contienda política, donde importaba más dar poder a los activistas del marxismo que sanar enfermos.

Los campesinos que habían librado una larga lucha para convertirse, alguna vez en dueño de la tierra, advirtieron con dolor que la prédica de un cuarto de siglo hecha por el marxismo en Chile, basada en "la tierra para los que la trabajan", había sido una mentira de 25 años. El marxismo una vez llegado al poder cambió las reglas del juego y, en los dos años que rige los destinos de Chlie, buscó, y busca, que la tierra sea para el Estado y el campesino un esclavo de la tierra. Por esa causa también adhirieron a la huelga.

Los estudiantes vieron que durante el gobierno marxista las escuelas se transformaban en centros de adoctrinamiento comunista o socialista, pasando a segundo término la entrega de conocimientos, base de la formación de los hombres de mañana. Adhirieron a la huelga de los dueños de camiones y, junto con ellos, los profesores que se negaron a comulgar con el tortuoso accionar de los dirigentes marxistas.

Cada uno de los hombres y mujeres que participó en la huelga de octubre de 1972 tenía una razón para hacerlo y, por sobre todas las cosas, estaban conscientes de que no se podía esperar a brazos cruzados que el marxismo continuara destruyendo el país a la vista y paciencia de 10 millones de chilenos.

El país en más de un 70 por ciento, no quiso esperar que el ciclón marxista destruyera total y definitivamente lo poco que tenemos y que tanto ha costado levantar, no sólo en bienes materiales sino, lo que es más importante, en democracia, en derechos, en libertad, en convivencia. Mantuvo la huelga con estoicismo durante 25 días, sin importarle que al hambre desatada por el marxismo, se agregara el hambre de la protesta y advertencia pacíficas. Los gremios, los hombres, las mujeres de Chile, no buscaban, con su movimiento, derrocar al Presidente Allende sino que hacerle ver en toda su vasta extensión el trágico camino seguido en estos dos años por la "vía chilena hacia el socialismo", en la esperanza de que enmendara rumbo.

Pero, el marxismo no enmienda rumbos jamás. Una vez fijada su meta se dirige a ella ciegamente sin importarle sembrar el camino de destrucción y muerte.

Después de 25 días de huelgas, el país logró que el Presidente Allende cediera aparentemente en su posición y se buscase una salida a la situación mediante la designación de un gabinete ministerial en el que estuvieran representadas las Fuerzas Armadas, en las que siempre Chile ha depositado su confianza. Y con el concurso de ellas se llegó a una solución: los huelguistas volverían al trabajo, el gobierno desistiría de instalar una empresa estatal de transporte en camiones, saldría al aire, otra vez, la Radio Sociedad Nacional de Agricultura, se dejaría de ahogar económicamente a la Compañía Manufacturera de Papeles y Cartones —cuyo control el gobierno marxista ha buscado durante dos años para apoderarse total y definitivamente de la prensa escrita— y, finalmente, no habría represalias en contra de ninguno de los participantes en la huelga.

Ha transcurrido muy poco tiempo y es prematuro todavía

emitir un juicio sobre el desempeño del Ministro del Interior, General Carlos Prats González, llegado al gabinete por imposición de los huelguistas y con el objeto de buscar la pacificación del país. Sin embargo, es indispensable dejar establecido que los errores, debilidades y falta de carácter del general Prats para evitar las represalias que han impuesto los comunistas y socialistas, no son imputables a las Fuerzas Armadas sino al ciudadano Carlos Prats González, quien al asumir la delicada tarea que se le encomendó señaló que si tenía éxito en su misión, indudablemente, redundaría en favor del Ejército, pero que, si fracasaba, no podía tratarse de otra cosa sino de su fracaso personal.

nuestra responsabilidad es *amansar* estas horas chilenas

Hemos dado un vistazo fugaz al acontecer de estos dos últimos años, pero más importante que lo que se deja atrás es el futuro, el porvenir, la vida y el Chile que legaremos a nuestros hijos. Esa es nuestra responsabilidad. No podemos decirle a las generaciones que nos siguen: nosotros no tenemos la culpa; el marxismo lo quiso así.

El Chile de mañana será lo que los chilenos de hoy queramos que sea. Debemos luchar por la oportunidad de decidir nuestro propio futuro por los medios que nos franquean nuestra tradición democrática, las leyes que nos hemos dado, la dignidad que nos es inherente por nuestra condición de seres humanos, por nuestro espíritu libertario, por lo que somos y por lo que siempre hemos demostrado ser.

Seamos firmes en nuestras decisiones. Es la única manera de amansar estas horas chúcaras que vive el país; mantenerse sobre la montura sin permitir que nada nos haga flaquear ni nos derribe. Cada paso que demos hacia adelante en la recuperación de la democracia y en la reconstitución del país debe considerarse como una posición que hay que defender a toda costa.

Será difícil borrar las asperezas y los odios sembrados por el marxismo, pero los chilenos estamos acostumbrados a dominar las dificultades y, unidos y entre todos, pode-

mos y sabremos hacerlo. Es el imperativo de hoy para entregar a la generación que nos sigue un Chile más justo, más eficaz, más placentero, más desarrollado, más próspero, más digno de nuestros hijos.

Y ese porvenir debemos decidirlo entre todos y libremente.

Indice

Umbral 7

Los valores del hombre 13

Marxismo-Capitalismo 23

Egoicidad 39

Tomas, robos, despojos, crimen: Odio 65

La ley: De la selva; del garrote 79

"La vía chilena". El costo social 101

Los poderes del Estado. Las tres áreas de la economía . 121

El gran paro nacional de la clase media. La respuesta de un pueblo 139

Nuestra responsabilidad es *amansar* estas horas chilenas 147

0 Mil Nuevos Inscritos
Para Próximas Elecciones
"Rey de Colas"...

SEPA

MILLAS SIGUE TRAPEANDO CON LIBERTAD DE TRABAJO

Belgrado: Cárcel

EGISLAN PARA

OS PARIENTES

EN MARZO

Votantes serán más de cuatro millones

Aguda Escasez Agua

3ra

ESTAMOS MENDIGANDO

11.000 TONELADAS DIARIAS PARA PODER COMER

30 MIL KILOS DE ORO SALEN DE CHILE MISTERIOSAMENTE

Tarifas Taxis

Ministerio de Educación: EL MERCURIO

GUERRA SOCIALISTA CONTRA LOS PROFESORES PARISIALES

EDMUNDO PEREZ ASESINADO POR EN SUPERIOR

¿UD. LE CREE A ALLENDE?